


Bianca

LYNNE GRAHAM

# UNA NOVIA INSOLENTE

HOMBRES de PODER




Lynne Graham

# Una novia insolente



Editado por Harlequin Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


Una novia insolente, n.º 97 —octubre 2014
Título original: Ravelli's Defiant Bride Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.



I.S.B.N.: 978-84-687-4870-2
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

# Capítulo 1

Cristo Ravelli miraba al abogado de la familia con incredulidad.
—¿Esto es una inocentada fuera de temporada? —preguntó frunciendo el ceño.

Robert Ludlow, socio de Ludlow y Ludlow, no reaccionó con gesto de diversión. Cristo, un destacado banquero de inversiones especializado en capital de riesgo, y que nadaba en la abundancia, no era un hombre con el que se debiera bromear. Es más, si tenía una pizca de sentido del humor, Robert aún no la había visto. Cristo, a diferencia de Gaetano Ravelli, su difunto y probablemente no llorado padre, se tomaba la vida muy en serio.

—Me temo que no es broma —confirmó Robert—. Tu padre tuvo cinco hijos con una mujer de Irlanda…

Cristo se quedó atónito ante la noticia.

—¿Quieres decir que todos estos años cuando iba a pescar a su casa de Irlanda…?

—Eso me temo. Creo que el hijo mayor tiene quince años…

—¿Quince? Pero eso significa… —Cristo apretó su sensual boca y sus ojos se encendieron de ira antes de que pudiera llegar a hacer un comentario indiscreto e inapropiado para alguien que no fueran sus hermanos. Se preguntó por qué se sorprendía por una revelación sobre el mujeriego de su padre. Después de todo, a lo largo de su irresponsable vida Gaetano había dejado una estela de ex esposas consternadas y furiosas y tres hijos legítimos, así que ¿por qué no iba a haber tenido una relación menos estable pero también complementada con hijos?

Cristo, por supuesto, no podía responder a esa pregunta porque jamás se habría arriesgado a tener un hijo ilegítimo y por eso le afectaba mucho que su padre hubiera podido hacerlo cinco veces, sobre todo cuando nunca se había molestado en mostrar el más mínimo interés por los hijos que había tenido antes. Los hermanos de Cristo, Nik y Zarif, se quedarían igual de asombrados y espantados, pero él sabía que el problema recaería con fuerza sobre sus hombros. La ruptura del matrimonio de Nik había hundido a su hermano y esa debacle a la que se había visto arrastrado él aún le quitaba el sueño por las noches. En cuanto a su hermano pequeño, Zarif, como nuevo gobernante de un país de Oriente Medio, lo último que merecía era el

gran escándalo público que despertarían los actos inmorales de Gaetano y que se desataría con seguridad si los medios de comunicación se hacían con la historia.

—Quince años —repitió Cristo pensativo; con eso quedaba claro que la madre de Zarif había sido una mujer engañada durante todo su matrimonio con su padre sin ni siquiera saberlo y esa no era una realidad que a Zarif le gustaría que saliera a la luz—. Te pido disculpas por mi reacción, Robert. Ha sido un gran impacto para mí. La madre de los niños… ¿qué sabes de ella?

Robert enarcó una ceja cana.

—He contactado con Daniel Petrie, el agente inmobiliario de la propiedad irlandesa, y he averiguado algunas cosas. Me ha dicho que desde hace tiempo en la aldea ven a Mary Brophy como una mujer indecente e inmoral —dijo casi con gesto de disculpa.

—Pero si era la ramera del pueblo, Gaetano debía de saberlo y estar encantado con la idea —dijo Cristo antes de poder contener esa imprudente opinión; su hermoso y moreno rostro arrastraba una expresión adusta; no era ningún secreto para la familia de Gaetano que, sin ninguna duda, había preferido a mujeres descaradas y promiscuas antes que a mujeres de vida decente—. ¿Y qué les ha dejado mi padre a esa horda de hijos?

—Por eso he decidido hacerte partícipe del asunto —respondió Robert aclarándose la voz claramente incómodo con la conversación —. Como podrás imaginar, Gaetano no ha hecho mención en el testamento ni a la mujer ni a los hijos.

—¿Estás diciéndome que mi padre no ha tenido en cuenta a esos niños? —preguntó Cristo, incrédulo—. ¿Tuvo cinco hijos con esa… esa mujer, y aun así no les ha dejado nada de dinero?

—Nada… —confirmó Robert avergonzado—. Pensé que habría hecho algún tipo de arreglo privado para ocuparse de ellos, pero parece que no ha sido así, ya que he recibido una consulta de la mujer sobre las cuotas de los colegios. Como sabes, tu padre siempre pensó en el presente, nunca en el futuro, e imagino que daba por hecho que viviría hasta bien entrados los ochenta.

—Pero en lugar de eso murió a los sesenta y dos y me ha metido en este lío —farfulló Cristo perdiendo la paciencia según se iba enterando de más cosas—. Tendré que ocuparme de este asunto personalmente. No quiero que los periódicos se apropien de la historia…

—Por supuesto que no —respondió Robert—. Es un hecho que a los medios les encanta contar historias de hombres con montones de mujeres y amantes.

Bien consciente de ello, Cristo apretó sus dientes blancos y perfectos y sus oscuros ojos se encendieron de furia con un brillo dorado. Su padre había sido una vergüenza toda su vida y le enfurecía que fuera a

generar más vergüenza todavía incluso después de muerto.

—Espero que se pueda poner a los niños en adopción y que podamos enterrar discretamente este desagradable asunto —señaló Cristo.

Se fijó en que Robert parecía algo desconcertado con la idea y después el hombre rápidamente recompuso su gesto hasta dejarlo totalmente inexpresivo.

—¿Y crees que la madre estará de acuerdo?

—Si es la típica mujer que le gustaba a mi padre, estará encantada de hacer lo que digo a cambio de una buena… compensación —dijo eligiendo la palabra con frialdad.

Robert entendió su significado e intentó, sin éxito, imaginar un escenario en el que una mujer renunciara a sus hijos a cambio de una buena cantidad de dinero. No tenía duda de que Cristo tenía motivos para saber muy bien de qué hablaba y de pronto dio gracias por no estar viviendo una vida que lo hubiera convertido en alguien tan suspicaz en lo que respectaba a la naturaleza humana y la avaricia. Pero claro, después de llevar años ocupándose de los asuntos económicos de Gaetano sabía que Cristo venía de una familia disfuncional y que pondría en duda el amor y la lealtad que muchos adultos les proporcionaban a sus hijos.

Cristo, ya estresado por su reciente viaje de negocios a Suiza, se puso recto y le pasó el teléfono a su secretaria personal, Emily, que le reservó un vuelo a Dublín. Solucionaría ese repugnante asunto y volvería directamente al trabajo.

—¡Los odio! —estalló Belle con impotencia y su precioso rostro lleno de iracunda pasión—. ¡Odio a todos los Ravelli!

—Pues entonces también vas a tener que odiar a tus hermanos —le recordó su abuela con ironía—… y sabes que no es lo que sientes de verdad…

Con dificultad, Belle controló su ira y miró a su abuela con gesto de disculpa. Isa Kelly era una mujer pequeña y ágil con el pelo canoso y los ojos del mismo verde que Belle.

—Ese condenado abogado ni siquiera ha respondido a la carta de mamá sobre las cuotas del colegio. ¡Los odio a todos por hacernos suplicar algo que debería ser de los niños por derecho!

—Es un asunto desagradable —apuntó Isa con pesar—. Pero lo que tenemos que recordar es que la persona responsable de esta terrible situación es Gaetano Ravelli…

—¡Eso nunca lo voy a olvidar! —juró su nieta con vehemencia y levantándose de un salto y con frustración para ir hasta la ventana con vistas al diminuto jardín trasero.

Y era la verdad. Belle había sufrido acoso escolar por la relación de su madre con Gaetano Ravelli y los hijos que había tenido con él; mucha gente había censurado el espectáculo protagonizado por una mujer que había tenido una relación larga y fértil con un hombre casado. A su madre, Mary, le habían puesto la etiqueta de «zorra» y Belle se había visto obligada a cargar con la sombra de esa humillante etiqueta junto con su madre.

—Ya no está —le recordó Isa innecesariamente—. Y tu madre tampoco, lo cual es más triste todavía.

Un familiar dolor se removió bajo su pecho por la pérdida de esa cálida y cariñosa presencia en su casa, y su expresión de furia se suavizó. Solo había pasado un mes desde el fallecimiento de su madre por un infarto y Belle aún no había superado el trauma de una muerte tan repentina. Mary había sido una mujer sonriente y alegre de cuarenta y pocos años que nunca había estado enferma. Sin embargo había tenido un corazón débil y, al parecer, el médico le había advertido que no se arriesgara a tener un embarazo más tras dar a luz a los mellizos. ¿Pero cuándo había escuchado al sentido común Mary Brophy?, se preguntó Belle con pesar. Mary había hecho lo que había querido a pesar de lo que ello le supusiera, había elegido la pasión por encima del compromiso y el nacimiento de un sexto hijo por encima de lo que habrían sido unos años de vida tranquilos y prudentes.

A pesar de todo lo que habían dicho sobre Mary Brophy, y es que había habido demasiada gente en el pueblo que había juzgado su relación con Gaetano, Mary había sido una mujer trabajadora y amable que jamás le había dirigido una mala palabra a nadie y que siempre había sido la primera en ofrecer su ayuda cuando algún vecino había tenido problemas. A lo largo de los años algunos de los críticos más vehementes de su madre habían terminado convirtiéndose en sus amigos cuando finalmente habían apreciado y valorado su gentil forma de ser. Pero Belle nunca se había parecido a su madre; a ella la había querido, pero a Gaetano Ravelli le había odiado por sus mentiras, su manipulador egoísmo y su tacañería.

Como si percibiera la tensión en el aire, Tag empezó a gimotear a sus pies y lo acarició; era un pequeño Jack Russell blanco y negro que ahora tenía sus ojos marrones y cariñosos clavados en ella. Se puso recta y su colorida melena cayó sobre sus esbeltos hombros; se apartó de los ojos un mechón ondulado de su melena caoba y se preguntó cuándo encontraría el momento de ir a cortárselo y cómo demonios podría pagarlo cuando necesitaba el dinero para necesidades más básicas.

Al menos la casita del guardés situada al inicio del camino que serpenteaba hasta la casa Mayhill era suya; Gaetano se la había cedido a su madre hacía unos años para ofrecerle una falsa sensación de

seguridad. ¿Pero de qué les servía tener un techo sobre sus cabezas cuando Belle seguía sin poder pagar las facturas? Aun así, verse en la calle habría sido mucho peor, tuvo que reconocer con pesar y suavizando la expresión de su carnosa boca. En cualquier caso, lo más probable era que tuviera que venderla y buscar un lugar más barato y pequeño donde vivir. Por desgracia tendría que luchar sin cesar para que los niños recibieran lo que era suyo por derecho. Fueran o no ilegítimos, sus hermanos tenían derecho a parte de los bienes de su difunto padre y era su deber librar esa batalla por ellos.

—Tienes que dejar que me ocupe de los niños ya —le dijo Isa firmemente a su nieta—. Mary era mi hija y cometió errores. No quiero quedarme de brazos cruzados mientras os veo pagando el precio por…

—Los niños serían demasiado para ti —protestó Belle ya que, por mucho que su abuela fuera una mujer fuerte y sana, tenía setenta años, y le parecía que estaría muy mal dejar que soportara semejante carga.

—Has ido a una universidad que estaba a kilómetros de aquí para escapar de la situación que había originado tu madre y tenías pensado marcharte a trabajar a Londres en cuanto te licenciaras —le recordó Isa con terquedad.

—Así es la vida… cambia sin avisarte —dijo Belle con ironía—. Los niños han perdido a sus padres en el espacio de dos meses y se sienten muy inseguros. Lo último que necesitan ahora mismo es que también desaparezca yo.

—Bruno y Donetta van a un internado, así que ellos solo están aquí en vacaciones —dijo la mujer, reticente a ceder ante su nieta—. Los mellizos están en primaria. Franco es el único que está en casa y tiene dos años y pronto irá también al colegio…

Poco después de la muerte de su madre, Belle había pensado básicamente lo mismo y se había sentido terriblemente culpable por tener que admitir, aunque fuera para sí misma, que se sentía atrapada por la existencia de sus hermanos pequeños y su necesidad de cariño y cuidado constantes. Su abuela le había hecho una generosa oferta y Belle se la había guardado en lo más profundo de su mente con la idea de que pudiera convertirse en una realidad. Pero eso había sido antes de que viera diariamente las necesidades de sus hermanos y por fin valorara el enorme esfuerzo y trabajo que suponía ocuparse de ellos; por eso entendía que el hecho de que su abuela tuviera que ocuparse sola era una egoísta fantasía. Para Isa sería demasiada carga cuando había días en los que a Belle, con sus veintitrés años, se le hacía una carga demasiado pesada.

Alguien aporreó la puerta trasera haciendo que las dos mujeres se sobresaltaran. Frunciendo el ceño Belle abrió y se relajó en cuanto vio

allí a un viejo amigo. Mark Petrie y Belle habían ido juntos al colegio y él había sido uno de sus pocos amigos de verdad.

—Pasa —dijo invitando al esbelto chico moreno ataviado con vaqueros—. Siéntate. ¿Te apetece un café?

—Gracias.

—¿Qué tal te va, Mark? —le preguntó Isa con una agradable sonrisa.

—Genial. Es Belle la que me preocupa —admitió lanzándole a la nieta de Isa una mirada de clara admiración masculina—. A ver, lo voy a soltar directamente. Esta mañana he oído a mi padre hablar por teléfono y debía de estar hablando con alguien de la familia de Gaetano Ravelli. Creo que era con el mayor, Cristo…

Tensándose ante el sonido de ese nombre que le resultaba tan familiar, Belle dejó sobre la mesa la taza para Mark.

—¿Y por qué lo crees?

—Cristo es el albacea del patrimonio de Gaetano y le estaba preguntando por tu madre aunque, por supuesto, mi padre aún no sabe que Mary ha muerto. Nadie se ha molestado en decirle que murió mientras mi madre y él estaban con mi tío en Australia…

—Bueno, no es que tu padre y mi madre fueran exactamente amigos del alma —le recordó a Mark claramente. Había habido mucha tensión a lo largo de los años entre el agente inmobiliario Daniel Petrie y el ama de llaves de Mayhill, Mary Brophy—. Así que, ¿por qué iba a contárselo nadie?

Cristo Ravelli, pensó al momento con resentimiento. El banquero elegante y escandalosamente guapo hijo mayor que, además, jamás sonreía. A lo largo de los años había investigado en Internet la enmarañada vida amorosa de Gaetano, en un principio movida por la curiosidad y después para ir dándoles respuesta a las preguntas que su pobre y confiada madre jamás se había atrevido a preguntar. Sabía lo de las otras esposas, los hijos y las escandalosas aventuras y enseguida había podido ver que Gaetano era un hombre embustero y controlador con las mujeres que no dejaba más que ruina y pesar a su paso. Y por si eso fuera poco, como Gaetano solo se había casado con mujeres ricas, su pobre y desafortunada madre nunca había tenido la más mínima oportunidad de poder llevarlo al altar.

—Está claro que la cuestión es que la familia Ravelli ha decidido que quiere dar en adopción a los hijos que Gaetano tuvo con Mary…

—¿Adopción? —lo interrumpió Belle claramente atónita ante esa propuesta que había surgido de la nada.

—Está claro que la familia de ese hombre quiere tapar esta relación —apuntó Mark con una mueca de disgusto—. ¿Y qué mejor modo de hacerlo? Así la historia no llegaría a la prensa y no quedaría ningún cabo suelto…

—Pero ellos no son cabos sueltos, ¡son unos niños con una familia y un hogar! —contestó consternada—. ¡Por el amor de Dios, tienen que estar juntos!

Incómodo por ser el destinatario de ese estallido emocional, Mark se aclaró la voz y dijo:

—¿Eres la tutora legal de los niños?

—Bueno, ¿quién más hay? —preguntó Belle a la defensiva.

—Pero no está puesto por escrito en ningún documento legal que seas la tutora, ¿verdad? —señaló Mark con pesar mientras ella lo miraba con sus ojos verdes cargados de consternación—. Eso me temía. Deberías ir a ver a un abogado que se ocupe de esto en cuanto puedas y hacer todo el papeleo posible para reclamar la custodia de los niños… De lo contrario, puede que acabes descubriendo que la familia de Gaetano tiene más derechos sobre los niños que tú.

—¡Pero eso sería ridículo! —objetó Belle—. Gaetano no tenía apenas relación con los niños ni siquiera cuando estaba aquí.

—La ley no dice lo mismo. Pagó el colegio de los mayores y le cedió la casita del guardés a tu madre —le recordó Mark con esa devoción por el detalle inherente en sus estudios de Derecho—. Tal vez fuera un padre horrible en el trato, pero sí que se ocupó de sus necesidades, y es posible que eso haga que su hijo tenga mucho que decir sobre el futuro de los niños.

—Pero Gaetano los quitó a todos de su testamento —apuntó Belle ladeando la barbilla con gesto desafiante.

—Eso no importa. La ley es la ley. Nadie puede arrebatarles sus derechos de nacimiento.

—Adopción… —aún atónita ante la propuesta, Belle se dejó caer en la silla—. Es una locura. ¡No habrían podido hacer esto si mi madre siguiera viva! —exclamó con amargura—. Nadie podría haber dicho que su madre no tenía derecho a decir qué les debería pasar.

—Ojalá Mary hubiera vivido lo suficiente para ocuparse de este asunto —suspiró Isa con pesar—. Pero puede que yo tenga algo que decir como cuidadora de los niños.

—Lo dudo —intervino Mark—. Los niños no habían vivido con usted nunca hasta después de que se mudara aquí tras la muerte de Mary.

—Yo podría hacerme pasar por mi madre… —dijo Belle, suspirando abruptamente.

—¿Hacerte pasar? —Isa miró a su nieta con incredulidad—. No seas tonta, Belle.

—¿Por qué dices que soy tonta? Cristo Ravelli no sabe que mamá ha muerto y, si cree que sigue viva, no creo que intente interferir en la vida de los niños —alzó la cabeza convencida de que tenía razón al afirmar eso.

—¡Es imposible que pudieras fingir ser una mujer de más de cuarenta años! —protestó Mark riéndose de la idea.

Pero Belle seguía dándole vueltas.

—No hace falta que parezca que tengo cuarenta… Solo tengo que aparentar ser lo suficientemente mayor como para tener un hijo de quince años y, a juzgar por la edad a la que las mujeres tienen hijos últimamente, fácilmente podría tener treinta y pocos.

—Sería una locura llevar a cabo una farsa como esa —le dijo su abuela, intentando apaciguarla—. Seguro que Cristo Ravelli descubriría la verdad.

—¿Cómo? ¿Quién se lo va a contar? Es un Ravelli, no va a venir hasta aquí a fisgonear preguntando a los vecinos. No tendría ningún motivo para cuestionar mi identidad. Me recogeré el pelo, me pondré mucho maquillaje… eso me ayudará…

—Belle… sé que estás dispuesta a hacer cualquier cosa, pero hacer algo así sería un gran engaño —dijo Mark con seriedad—. Piensa en lo que estás diciendo.

La puerta de la cocina se abrió y tras ella apareció un niño con una ondulada melena oscura chupándose el dedo. Se apoyó contra el muslo enfundado en tela vaquera de Belle y subió hasta el regazo de su hermana.

—*Teno* sueño… —balbuceó—. Abrazo…

Belle abrazó con cariño a su hermano pequeño. Franco era muy mimoso y al instante acurrucó su pequeño y cálido cuerpo contra el suyo.

—Lo voy a llevar arriba para que duerma la siesta —susurró levantándose con dificultad porque el niño pesaba bastante.

Belle lo metió en la cuna situada junto a su cama y se quedó un instante mirando por la ventana las pintorescas vistas de Mayhill, una bonita mansión georgiana instalada en acres de zonas verdes contra el telón de fondo del antiquísimo robledal. Su madre era viuda y ella una pequeña de ocho años cuando Mary había empezado a trabajar como ama de llaves de Gaetano Ravelli.

Su padre había sido un alcohólico violento, famoso por sus injuriosas arengas y por su propensión a meterse en peleas. Una noche, muy afectado por el alcohol, se había plantado delante de un coche y muy pocos habían lamentado su fallecimiento, y menos Belle, a la que siempre la habían aterrado el temperamento y los brutales puños de su padre. Madre e hija habían creído que iban a embarcarse en una nueva y prometedora vida cuando Mary se convirtió en el ama de llaves de Mayhill. Sin embargo, su madre se había enamorado perdidamente de su nuevo jefe y su reputación había quedado destruida desde el momento en que había nacido Bruno.

Alguien como Cristo Ravelli, pensó Belle con amargura, no podría

tener ni idea de cómo vivían otros mortales menos afortunados. Cristo era guapo, brillante y obscenamente triunfador. Su madre era una princesa italiana muy rica y famosa entre la alta sociedad. Su padrastro era un banquero húngaro, su casa, un palacio veneciano, y había ido a una escuela exclusiva de la que había salido literalmente cargado de honores académicos y atléticos. Resultaba bastante sorprendente que Cristo triunfara en cada aspecto de su vida, aunque, claro, él no sabía lo que era que te humillaran, te ignoraran o se burlaran de ti, y seguro que nunca había tenido que disculparse por los orígenes de su familia.

Por otro lado, Bruno solo tenía trece años cuando Gaetano lo había acusado de ser gay porque ese era el único modo en que su padre podía interpretar su ardiente deseo de ser artista. El hermano de Belle había quedado devastado por aquel comentario destructivo por parte de un padre al que había estado desesperado por impresionar. El acoso que sufría en el colegio había hecho que intentara suicidarse. A ella aún le daban escalofríos de recordarlo, ya que había estado terriblemente cerca de perder a su hermano para siempre. Bruno necesitaba el apoyo de su familia. Bruno, al igual que sus hermanos, necesitaba amor y compromiso para crecer y convertirse en un adulto satisfecho y equilibrado. No había nada que Belle no hubiera hecho para asegurarse de que sus hermanos permanecieran juntos y fueran felices.

Cuando bajaba por las escaleras Mark estaba a punto de marcharse.

—Voy a preparar la cena —dijo la abuela de Belle.

—No va en serio lo de intentar fingir ser Mary, ¿verdad? —insistió Mark en la puerta.

Belle puso rectos sus delgados hombros.

—Si es lo que hace falta para mantener a la familia unida, lo haría sin pensármelo.

La luz de la tarde se estaba disipando cuando el coche de Cristo subía por el camino que conducía a Mayhill.

Nunca antes había visitado la propiedad irlandesa de Gaetano porque su padre nunca había invitado a ninguno de sus parientes a visitarlo ni allí ni en ningún otro sitio. Su padre nunca se había molestado en mantener la relación con su familia y en cuanto se había aburrido había salido en busca de nuevos horizontes olvidándose de todo lo demás.

Una mujer seguida por un perrito estaba cruzando el césped del jardín delantero. Cristo frunció el ceño; no le gustaban los intrusos… y sin embargo, al segundo estaba contemplando esas ondas de intenso color que se movían alrededor de un impresionante rostro con forma

de corazón y fijándose en cómo la camiseta suelta que llevaba enmarcaba sus exuberantes pechos y un vientre plano de piel clara, y en cómo esos vaqueros cortos se abrazaban a su trasero y acentuaban sus largas y torneadas piernas. Esa imagen le arrebató el aliento e hizo que le palpitara la entrepierna. Apretó los dientes intentando recordar cuándo había sido la última vez que había estado con una mujer. En realidad, siempre prefería el trabajo al sexo porque el trabajo lo retaba y lo llenaba de energía mientras que el sexo lo veía como un ejercicio para liberarse del estrés.

Abrió la enorme puerta de madera y se acercó a una montaña de cartas sin abrir posada sobre un vestíbulo de baldosas negras y blancas. Su equipo de seguridad, compuesto por Rafe y John, pasó delante de él.

—Registraremos la casa.

Una fina capa de polvo cubría los muebles y a Cristo no le sorprendió que Rafe confirmara que allí no había nadie. Aunque, claro, ¿quién iba a haber allí? ¿Mary Brophy y sus cinco hijos ocupando la propiedad? Sí, eso era exactamente lo que se había esperado y la razón por la que había utilizado las llaves para entrar; para dejar claro que tenía derecho a acceder a ese lugar. Cruzó las silenciosas habitaciones y terminó en la cocina, con su nevera vacía abierta de par en par y el goteo del grifo. Su bonita boca se curvó al ver el teléfono en la pared. Uno de los botones tenía la etiqueta «ama de llaves». Levantó el auricular y lo marcó con exasperada fuerza.

—¿Sí? —una sutil voz femenina respondió cuando casi había perdido esperanza de que respondieran a su llamada.

—Soy Cristo Ravelli. Estoy en la casa. ¿Por qué no la han preparado para mi llegada? —preguntó con altivez.

Al otro lado de la línea, Belle se puso alerta al oír el vibrante tono de impaciencia en ese acento oscuro e intenso y, de pronto, sus ojos verdes se encendieron y resplandecieron tan peligrosamente como esmeraldas bajo el fuego.

—¿Y no cree que puede ser porque el ama de llaves dejó de percibir su sueldo en cuanto el señor Ravelli se estrelló con su helicóptero?

Cristo no estaba acostumbrado a esa clase de respuestas y el gesto de su sensual boca se endureció de inmediato.

—Yo no he dado órdenes para que eso suceda.

—Bueno, ahora ya no importa, ¿no? Pero, por desgracia, nadie trabaja gratis —le dijo Belle secamente.

Cristo contuvo un improperio. Se encontraba cansado, tenía hambre y no estaba de humor para una guerra de palabras.

—Imagino que usted es el ama de llaves.

Había llegado el momento de la verdad y por un segundo Belle vaciló. Una imagen de sus hermanos en un orfanato a la espera de ser

trasladados a una casa de adopción hizo que se le hiciera un nudo en el estómago y tuviera náuseas.

—Eh… sí… —pronunció con tirantez.

—Entonces venga a la casa a hacer su trabajo. Puedo asegurarle que será bien recompensada por su tiempo —la informó Cristo enérgicamente—. Necesito comida y la cama lista…

—Hay varias tiendas en el pueblo. Ha debido de pasar por delante de ellas de camino a la casa —protestó Belle.

—Con mucho gusto le pagaré para que se ocupe de esas tareas por mí —contestó Cristo con suavidad antes de colgar y preguntarse si había sido acertado llamar a un ama de llaves insolente para que retomara su trabajo. Recordándose que solo tenía pensado estar allí un par de días antes de poner la casa en venta, decidió olvidarse del tema. Además, le vendría muy bien tener a mano la información que el ama de llaves podía darle.

Tras la llamada Belle estaba mucho más nerviosa. Después de todo, era o ahora o nunca. No podía presentarse como la hija de Mary y después cambiar de idea. O fingía ser su madre o subía a Mayhill y le contaba a Cristo Ravelli que la que fuera ama de llaves y amante de su padre había muerto. Pero, cuando pensó en que sus hermanos podían salir beneficiados si se hacía pasar por su madre, sus dudas se disiparon y subió corriendo a la habitación preguntándose desesperadamente qué hacer para parecer más madura.

Lo primero que hizo fue quitarse los vaqueros cortos y la camiseta y, tras rebuscar entre su armario, encontró una falda ajustada y una camiseta de manga larga. Su madre nunca había llevado ni zapatos planos ni vaqueros y esa era la única falda que Belle tenía. Además, ciñéndose a los hábitos de Mary como si fueran a ser un talismán, sacó un par de zapatos de tacón y se vistió a toda prisa. A continuación, entró en el cuarto de baño, se apartó el pelo de cara y se estremeció al ver su piel de porcelana, ya que sospechaba que la hacía parecer más joven de lo que era en realidad. ¿Si se recogía el pelo y se ponía un montón de maquillaje parecería más mayor? Frunciendo las cejas recordó la técnica de ojos ahumados que una amiga la había convencido para utilizar una noche que salieron de fiesta y buscó los utensilios necesarios en su bolsa de maquillaje.

Aplicó las distintas sombras con generosidad, difuminó los bordes con dedos nerviosos y añadió lápiz de ojos. Bueno, sí que estaba distinta, admitió con cierta inquietud mientras se aplicaba máscara de pestañas antes de darle un toque de rubor a sus mejillas y cubrir sus labios con un brillo rosa.

—Iba a llamarte para cenar… —dijo Isa Kelly quedándose paralizada en el diminuto vestíbulo al ver a su nieta bajando las escaleras—. ¿Adónde demonios vas así?

Belle se tensó.

—¿Por qué? ¿Es que me ves rara?

—Bueno, si te agachas un poco podría ver tu ropa interior —comentó Isa con desaprobación.

Se hizo un incómodo silencio interrumpido durante unos segundos por el ruido de la puerta trasera abriéndose y cerrándose. Se oyeron las voces de unos críos y al momento un niño y una niña morenos de ocho años entraron en el vestíbulo prodigándose insultos.

—Si no dejáis de discutir, hoy os iréis pronto a la cama —advirtió Belle a los mellizos, Pietro y Lucia.

Los mellizos cerraron la boca, agacharon sus despeinadas cabezas y subieron corriendo las escaleras pasando por delante de su hermana.

—Ahora ya puedes decirme por qué llevas esa falda —insistió Isa.

—Ha llamado Cristo Ravelli… buscando un ama de llaves —rápidamente Belle le explicó lo que habían hablado por teléfono—. Tengo que parecer, al menos, diez años mayor.

Mientras Belle hablaba Isa la miraba con consternación.

—No puedes hacerte pasar por Mary… es una locura. Jamás lo lograrás.

Belle alzó la barbilla.

—Pero merece la pena intentarlo si eso supone que Cristo Ravelli escuche lo que tengo que decir. Está claro que no sabe lo de mamá. Ni siquiera creo que sepa que era el ama de llaves de su padre.

—Dudo que sea tan ignorante —apuntó Isa con gesto pensativo—. Podría ser una treta. Está claro que querrá conocer a la madre de los niños lo antes posible, pero no quiero que subas ahí para hacerle la compra, cocinar para él y hacerle la cama ¡y, mucho menos, vestida así!

—¿Qué le pasa a la forma en que voy vestida?

—Podría darle una idea equivocada a ese hombre.

—Lo dudo —respondió Belle estirándose la falda elástica sobre sus redondeadas caderas—. Por lo que sé, no es un obseso sexual como su padre.

Isa apretó los labios.

—Ese comentario es muy irrespetuoso, Belle.

—Es la verdad, no es un rumor desagradable.

—Gaetano era el padre de los niños. Puede que no haya ejercido como tal, pero no deberías hablar así de él cuando alguien podría oírte —la reprendió firmemente su abuela.

Consciente de que la mujer tenía razón, Belle se ruborizó y se quedó algo desconcertada.

—¿Me prestas tu coche, abuela?

—Sí, por supuesto —dándose cuenta algo tarde de que Belle no le había dado importancia a su preocupación por la farsa que iba a

presentarle a Cristo Ravelli, Isa puso una mano sobre la puerta antes de que su nieta pudiera abrirla—. Piensa en lo que estás a punto de hacer, Belle. Una vez intentes engañar a este hombre no habrá vuelta atrás y entonces tendrá todo el derecho del mundo a enfadarse con nosotros cuando descubra la verdad… porque al final acabará haciéndolo —añadió nerviosa.

—Cristo es un Ravelli, abuela… astuto, ladino y sin escrúpulos. Necesito llevar cierta ventaja a la hora de tratar con él y el único modo de hacerlo es fingiendo ser mamá.

# Capítulo 2

Belle condujo hasta la tienda del pueblo para comprar lo básico con lo que llenar la cocina de Mayhill y se quedó atónita al ver el precio.

Cristo Ravelli esperaba que cocinara para él, pero ella no sabia cocinar, al menos no nada que requiriera más que un microondas y un abrelatas. Sopesó el dilema en el que se encontraba y decidió preparar una tortilla, una ensalada y pan de ajo. Seguro que hasta ella podía preparar algo tan básico. Había visto a su madre y a su abuela preparar tortillas muchas veces y Bruno también era muy bueno en la cocina; siempre que él estaba en casa los fines de semana comían muy bien.

Tensa como una viga de acero, condujo hasta la parte trasera de la casa fijándose en que las luces no estaban encendidas. La puerta de atrás seguía cerrada con llave y con un gruñido cargó con las bolsas hasta la parte delantera, subió los escalones y tocó el timbre.

Cristo estaba al teléfono cuando la campana sonó por el pasillo. Con el ceño fruncido fue a abrir y dio un paso atrás sorprendido al ver ante él una esbelta pelirroja subida a unos tacones de vértigo. ¿El ama de llaves? Sin duda no era lo que se había esperado, tuvo que admitir mientras sus brillantes ojos oscuros se deslizaban por uno de los cuerpos más curvilíneos y las mejores piernas que había visto en su vida. Unas piernas que le recordaban a la chica que había visto cruzando el jardín. Miró el rostro de la mujer y se fijó en esos enormes ojos verdes cargados de inquietud y perdidos en el fuerte maquillaje y en esa voluptuosa boca. No era su tipo, de ninguna manera. Era demasiado obvia, demasiado poco discreta y demasiado pelirroja. De hecho, Cristo sabía muy a su pesar que solía verse atraído por rubias frías y menudas de grandes ojos azules. Se recordó que esa imagen en particular estaba prohibida por muy buenas razones. Su adusta mirada escudada por unas densas pestañas negras se clavó deliberadamente en los contundentes pechos de la pelirroja. ¡Eso y sus piernas sí que eran una obra de arte!, tuvo que admitir.

Acostumbrada, por desgracia, al efecto que sus pechos solían provocar en los hombres, Belle se tomó su tiempo para observar a Cristo Ravelli. No había duda de que era guapísimo. Tenía el pelo negro y muy corto, rasgos duros y unos impactantes ojos negros como el carbón realzados por unas pestañas ridículamente largas. Una

pequeña sombra de barba le daba un aspecto áspero a su mandíbula de piel aceitunada, lo cual acentuaba más todavía una presencia poderosamente masculina.

Se le dilataron las pupilas, el corazón le comenzó a latir con un martilleo y su estómago se puso a hacer acrobacias. Eran nervios, se dijo, nervios y adrenalina reaccionando ante el desafío del engaño en el que se estaba embarcando… aunque tampoco la estaba ayudando nada que Cristo fuera también extremadamente alto, lo suficiente para hacerla sentirse pequeña a pesar de su más de metro setenta y el añadido de los tacones. Los hombros de Cristo se veían anchos bajo la chaqueta sastre de su carísimo traje, tenía un amplio torso, unas caderas esbeltas y unas piernas largas y poderosas.

—Llevaré esto a la cocina y me pondré con la cena —le dijo Belle levantando los brazos para enseñarle las abultadas bolsas de la compra.

Sus redondeados pechos temblaban bajo la fina camisa y a Cristo se le secó la boca.

—¿Es usted el ama de llaves de mi padre? —preguntó porque no era, en absoluto, lo que se había esperado; lo que se había imaginado encontrar más bien era una mujer de pueblo jovial, aunque sensata, y de edad indeterminada.

Abandonando su intento de marcharse a la cocina, Belle dejó las bolsas en el suelo y levantó la cabeza bien alta para decir:

—Soy Mary Brophy —anunció sacando la barbilla con gesto desafiante.

Desconcierto e incredulidad invadieron a Cristo y la intensidad de sus oscuros ojos fue en aumento mientras la escudriñaba.

—¿Usted era la… amante… de mi padre?

Una náusea le revolvió el estómago al oír esa etiqueta, aunque tampoco se le ocurrió ninguna descripción más precisa para el puesto que su difunta madre había ocupado en la vida de Gaetano. Se le encendieron las mejillas.

—Sí.

Un segundo antes Cristo había estado desnudándola mentalmente y ahora la idea le repugnó al parecerle un acto de lo más inapropiado. Esa era la mujer que había ocupado la cama de su padre durante al menos quince años ganándose así una permanencia que ninguna otra mujer había logrado en la aburrida existencia de Gaetano. Y, mirándola de pronto, a Cristo no le sorprendió porque estaba claro que esa mujer era impresionante. Incluso después de haber dado a luz a cinco hijos aún conservaba la fina cintura de una jovencita y bajo toda esa pastosa capa de maquillaje su piel se veía lisa y tersa. Sin embargo, era demasiado joven, tenía un aspecto demasiado joven para ser la mujer que se había esperado encontrar, decidió frunciendo de

perplejidad sus cejas de color ébano.

—¿Y también era el ama de llaves de Gaetano? —le preguntó.

—Sí —respondió Belle y, con determinación, se agachó para recoger las bolsas—. ¿Le parece bien tortilla y ensalada? —preguntó yendo a la cocina deprisa.

«Un ama de llaves muy bonita», pensó Cristo aturdido y aún incapaz de imaginarla como la madre de cinco hijos. ¡Cinco!

—Debió de ser muy joven cuando conoció a mi padre —comentó Cristo desde la puerta de la cocina.

Belle se tensó mientras guardaba la comida en la nevera.

—No tanto —respondió queriendo decirle en realidad que se metiera en sus asuntos aunque sin querer ofender por otro lado. Después de todo necesitaba su ayuda para asegurarles un futuro decente a sus hermanos. Aunque, ¿qué oportunidad tenía de conseguirlo? En el peor de los casos, Cristo Ravelli podía rechazar y detestar a los hijos ilegítimos de su padre y en el mejor podían causarle indiferencia sin más. Adopción… «¡Por el amor de Dios!», pensó con incredulidad. ¿Cuánta gente se atrevería a sugerir semejante opción?

—Daba por hecho que vivirían en esta casa —comentó Cristo fijándose en el esbelto muslo que quedó a la vista cuando ella se agachó para seguir llenando la nevera.

—Yo… eh… solo he vivido aquí cuando estaba Gaetano —respondió incómoda.

—¿Y el resto del tiempo? —preguntó Cristo porque, por lo que él sabía, su padre solo iba a Irlanda tres o cuatro veces al año y nunca se había quedado allí más de dos semanas.

—Vivo en la casita que hay junto al portón de entrada —admitió a regañadientes y poniéndose recta para poner la lechuga y los huevos sobre la encimera de granito.

Cristo apretó los dientes ante la noticia porque sus hijos y ella tendrían que dejar la casa antes de que él pudiera poner Mayhill a la venta aunque, por supuesto, tendría que pagarles por las molestias de tener que encontrar otra casa. El pelo de la mujer resplandecía como un faro bajo las luces mostrando distintas tonalidades de oro, cobre y caoba y unos diminutos rizos adornaban la nuca de su largo y elegante cuello. Tenía el pelo muy rizado, como el de una muñeca de trapo, pensó distraídamente e irritado por la naturaleza de ese pensamiento. Con una persistente sensación de incredulidad observó la suave línea de su mandíbula y la exuberante suavidad de su atrevida boca pintada de rojo. Tenía que ser mucho mayor de lo que aparentaba para ser madre de un adolescente, aunque tal vez estaba siendo un ingenuo. Era perfectamente posible que Mary Brophy pareciera tan increíblemente joven porque su padre le hubiera pagado una

operación de cirugía estética.

Belle abrió el paquete de pan de ajo y lo colocó sobre una bandeja de horno para cocinarlo. Ojalá ese hombre se marchara. Ahí de pie, con su metro noventa o más, la hacía sentirse nerviosa y torpe. Tuvo que buscar entre los armarios para encontrar los utensilios que quería porque rara vez había visitado Mayhill desde que era pequeña. Es más, lo había evitado siempre que Gaetano estaba allí. Sus ojos verdes se oscurecieron al recordar cómo sus cada vez más numerosos hermanos y ella se habían quedado con su abuela en la aldea para dejar a su madre tranquila mientras lo preparaba todo para la llegada de Gaetano. Mary siempre, siempre, lo había antepuesto a él.

Recordaba la emoción de su madre cuando Gaetano estaba a punto de llegar, cómo se ponía a hacer gimnasia como una loca, iba a la peluquería y salía de compras para asegurarse de tener el mejor aspecto posible para su amor. Desde hacía mucho tiempo Belle había decidido que preferiría morir antes que querer complacer a un hombre hasta ese extremo, ya que estaba claro que la devoción y la patética lealtad de Mary no le habían servido de nada al final.

Preparó rápidamente la ensalada, la metió en un cuenco y la aliñó lo mejor que pudo para recrear la ensalada favorita de su madre a pesar de no recordar las proporciones de cada ingrediente. Una vez hecho eso, se puso manos a la obra con la tortilla. Cristo se había esfumado para entonces y suspiró aliviada mientras se disponía a poner la mesa en el espacioso comedor al otro lado del pasillo.

Él había aceptado sin protestar que era Mary Brophy y, ¿por qué no había de hacerlo? Para él no significaba nada que su pobre madre hubiera muerto. El padre de Mark, el agente inmobiliario Daniel Petrie, al final acabaría enterándose del cotilleo y se enteraría de que la mujer a la que había detestado durante tanto tiempo estaba muerta y enterrada, pero Belle pensaba que no era muy probable que Daniel se molestara en comentárselo a Cristo Ravelli, ya que no solo se sentiría como un imbécil por no haber tenido bien informado a su cliente, sino que además daría por hecho que Cristo ya se había enterado de la noticia. Calmándose con esos pensamientos, Belle volvió a la cocina e intentó hacerse con los quemadores de gas porque estaba acostumbrada a la cocina eléctrica.

Cristo miró su comida con un apetito que se desvaneció enseguida. Tocó la tortilla con el tenedor; tenía la sólida consistencia de un colchón de goma. La ensalada flotaba en un montón de aceite y hasta el pan de ajo estaba carbonizado a pesar de varios intentos de cortar y retirar los trozos más quemados. Tragó saliva con dificultad y apartó el plato. No sabía cocinar, así que suponía que su padre y ella siempre

habían salido a comer fuera. De pronto asqueado se levantó en un ágil movimiento; su delgado rostro tenía una expresión dura y tensa. No quería estar en Irlanda. No quería tener que tratar con la horrible mujer y las consecuencias de su sórdido y prolongado romance con su padre. Pero sabía que no tenía elección. Mary Brophy y sus hijos no eran un problema que pudiera permitirse ignorar y no había nadie más que pudiera encargarse de la situación.

Belle estaba trajinando en el armario de la ropa de cama situado en el rellano de las escaleras de arriba cuando oyó un ruido tras ella y, al girarse, se topó consternada con el alto y fuerte hombre que se apoyaba contra la barandilla. Parecía un muro de ladrillo.

—Así que ahí está la ropa de cama —comentó.

—¿Quién es usted? —preguntó Belle nerviosa.

—Rafe es uno de mis dos guardaespaldas —intervino Cristo acercándose—. Rafe y John van a quedarse aquí conmigo.

—John y yo necesitamos ropa de cama, aunque podemos prepararlas nosotros solos —dijo Rafe pasando ante ella para ojear las ordenadas y etiquetadas baldas justo cuando Belle se apartó con las sábanas necesarias para la cama del dormitorio principal.

Consciente de la mirada de Cristo Ravelli y sintiéndose presionada en cierto modo, recorrió el pasillo nerviosa. ¡Maldito hombre! ¿Por qué la estaba mirando así? ¿Es que de pronto le había crecido otra cabeza? ¿Y por qué no le había dicho que había ido acompañado? No había comprado comida suficiente… lo cual, por cierto, le recordaba que tenía que decirle que le pagara la compra que le había hecho. Tras dejar las sábanas sobre la cama, buscó el ticket en su bolsillo y se giró para dárselo.

—Esto es lo que me debe.

Cristo sacó la cartera y le dio un billete mientras miraba con gesto extraño los muebles, los espejos y la enorme cama.

—¿Esta es la habitación de mi padre?

—Sí.

—Dormiré en otro sitio. El diseño de burdel victoriano no me atrae nada —le informó con brusquedad.

La decoración era oscura, recargada y horrible, y Belle tuvo ganas de admitirlo. Recogió las sábanas y recorrió el pasillo hasta una de las pocas habitaciones de invitados que tenían baño dentro. Mayhill necesitaba una reforma urgentemente.

—Cuando he dicho lo de la decoración, no pretendía insultarla —comentó Cristo situándose junto a la ventana y pensando que en ese momento lo menos apropiado era ofenderla. Se juró que no haría comentarios baratos respecto a su papel como amante de su padre, sobre todo porque le estaba quedando claro que con ello no había gozado de una posición beneficiosa, lo cual tampoco era de extrañar

cuando Gaetano había sido conocido por su tacañería. Es más, en cada uno de sus tres divorcios, les había sacado dinero a sus ex mujeres a pesar de que en todos los casos ellas habían resultado las partes perjudicadas. Así que que la amante secreta de su padre hubiera seguido trabajando como su ama de llaves y vistiera ropa barata y vulgar no debería resultarle una sorpresa. Y, por esa misma razón, le costaba creer que Gaetano hubiera pagado una circuía plástica para que su amante pareciera joven aunque, claro, también tenía que recordar que era perfectamente posible que no hubiera habido ninguna mejora estética. Mary Brophy podía ser una mujer muy afortunada que parecía mucho más joven de lo que era.

—No me ofende. No tuve nada que ver con la elección de los muebles. Hace unos diez años Gaetano contrató a un decorador de interiores —explicó Belle recordando lo mucho que le había dolido a su madre que no le hubiera confiado esa responsabilidad. Pero, claro, el buen gusto no había sido el punto fuerte de su madre: el rosa había sido su color favorito y la casita en la que vivían estaba inundada de todas las tonalidades de rosa que existían.

Cristo vio a Belle meter las almohadas en las fundas mientras su esbelta figura se movía de un lado para otro permitiéndole fijarse en sus seductoras curvas del pecho y de la cadera desde todos los ángulos. La sensual boca de Cristo fue adoptando lentamente una línea cada vez más dura mientras observaba su delicado perfil sonrojado, sus finas cejas, su pequeña nariz y esa carnosa boca rosa, y su cuerpo reaccionó alterándose por dentro hasta que, furioso, le dio la espalda castigándose por haber mirado a la amante de su padre como si fuera el objeto de su deseo. Pero entonces se recordó que ella se había vestido para atraer a los demás con un atuendo y unos zapatos que acentuaban sus largas piernas y su curvilínea figura. Al fin y al cabo, él era un hombre con todo lo que ello implicaba y no podía evitar mirarla.

Belle lo miró de soslayo. Su indiferencia y su aire de superioridad le recordaron a su padre, que apenas se había percatado de su existencia en las escasas ocasiones en que la había visto. De pronto lamentó haberse decidido a hacerse pasar por el ama de llaves porque no había duda de que la hacía sentirse inferior. Su suave boca se tensó al sacudir el edredón con innecesaria violencia y después llevó las toallas al cuarto de baño. Pero, por desgracia, se llevó con ella la imagen de Cristo Ravelli, esos penetrantes ojos oscuros, esa sensualidad innata que le aportaba un atractivo tan carismático. Profundamente perturbada por su reacción, pudo sentir sus pezones endurecerse contra la tela del sujetador de encaje y una tirante calidez entre sus muslos. No había forma de negarlo: se sentía atraída por él. ¿Significaba eso que, en el fondo, era tan tonta como lo había su

madre con Gaetano?

—Le agradecería que me diera la oportunidad de mantener una conversación privada con usted mañana por la mañana —murmuró Cristo suavemente cuando ella volvió a salir—. ¿A las diez por ejemplo?

Belle asintió.

—¿Cuándo quiere conocer a los niños?

Cristo se quedó paralizado y su gesto se tensó.

—No me gustaría… verlos —respondió sin inmutarse y con unos ojos tan negros como el carbón.

Belle palideció, no muy segura de cómo tomarse la respuesta. ¿Su falta de interés era una buena o una mala noticia para sus hermanos? ¿Significaba eso que la idea de la adopción no era más que un estúpido rumor? Observó sus esbeltos y hermosos rasgos, enervada por su frialdad y su falta de humanidad. ¿Es que no le importaban los lazos de sangre? Mucha gente habría accedido a conocer a los niños por muy poco que hubieran estado interesados en hacerlo, pero Cristo Ravelli había preferido obviar ese mínimo gesto de educación.

Belle sintió verdadero odio y hostilidad hacia ese hombre por la indiferencia que había mostrado hacia sus hermanos. ¿Estaba negándose a aceptar que los niños eran parte de la familia Ravelli? Obviamente. Estaba claro que los niños de Mary Brophy no eran lo suficientemente buenos para estar a la altura de esa familia, al igual que Mary nunca había sido lo suficientemente buena para casarse con Gaetano. La garganta se le llenó de bilis mientras bajaba las escaleras corriendo para recoger la cocina y marcharse a casa. Justo estaba pensando que sería el colmo que Cristo esperara que fuera a ir a prepararle el desayuno cuando se encontró con la cena en la basura. Al verla la cara le ardió de rabia, aunque alzó la barbilla muy digna. Sí, no le había salido muy bien, pero ¡era lo máximo que él se había merecido!

Unos veinte años atrás y, después de pasar la mitad del verano con Mary, Gaetano le había confiado que el suyo no era un matrimonio bien avenido haciendo que aumentaran las esperanzas de su madre de que su romance terminara con un final feliz. Pero Gaetano no le había pedido el divorcio a su mujer de origen árabe y, ni siquiera, la separación. Con el paso de los años los medios de comunicación habían publicado varios artículos sobre sus aventuras extramatrimoniales que su madre se había negado a creer, incluso después de que ella le hubiera mostrado fotos más que reveladoras por Internet. Mary siempre había sido muy rápida encontrando excusas en defensa de Gaetano.

—Se siente atrapado y solo en su matrimonio. No es más que un acuerdo de negocios. Fueron amigos durante unos años antes de

casarse y no la ama. Necesitaba una anfitriona que recibiera a sus colegas de negocios en casa y ella es de un país muy chapado a la antigua en el que las mujeres necesitan un marido si quieren algo de libertad —había explicado Mary—. No puedo pedirle que se separe, Belle. Ni siquiera tengo estudios. No podría hacer lo que su princesa hace por él.

Mary Brophy se había quedado embobada con Gaetano Ravelli desde el momento en que lo había conocido y no había permitido que nada interfiriera con la bonita percepción que tenía de su relación. Por todo ello, el dolor que la había invadido tras el accidente de helicóptero que se había llevado la vida de Gaetano había terminado por consumirla.

—Sé que no lo entiendes —le había dicho a su hija—, pero Gaetano era el amor de mi vida. Sé que no estaba interesado en casarse conmigo, pero no hay nada perfecto. Yo no podía igualarme a él ni en dinero ni en educación y no puedo culparlo por ello. Cuando amas a alguien, Belle, aceptas sus defectos y él era demasiado presuntuoso para querer casarse con una mujer corriente como yo.

«Una mujer corriente como yo», recordó Belle con dolor. No le extrañaba que Mary hubiera tenido problemas de autoestima. Había pasado de un matrimonio de penalti a los diecisiete años que se había convertido en uno lleno de abusos para terminar siendo la amante de un hombre casado. La vida siempre había sido dura para su madre aunque, tal como Isa solía recordarle, Mary siempre había tomado las decisiones equivocadas en lo concerniente a los hombres con los que había tenido relaciones.

Cuando volvió a su casa, Isa estaba esperándola.

—¿Y bien? —le preguntó su abuela—. ¿De verdad se ha creído que eres una mujer de cuarenta años?

—No, ha supuesto que debí de empezar a salir con su padre cuando era muy joven —respondió Belle sacudiendo la cabeza con gesto de desdén—. Aunque sí que me ha mirado mucho. Me ha invitado a ir mañana por la mañana para hablar con él, así que supongo que entonces hablaremos del futuro de los niños.

Su abuela soltó un apesadumbrado suspiro.

—No me gusta cómo estás tratando este asunto, Belle. La sinceridad siempre ha sido la mejor opción.

—Pero es que no estoy tratando con un hombre agradable y sincero.

—Odiabas a Gaetano, no la tomes ahora con su hijo.

Belle arrugó los labios ante ese consejo nada bien recibido.

—Ni siquiera quiere conocer a los niños.

Su abuela sacudió su canosa cabeza con palpable tristeza ante la noticia.

—Ojalá tu madre hubiera pensado en lo que hacía y en lo mucho

que la familia de Gaetano ofendería a los niños.

Cristo pasó una noche algo inquieta. Soñó que perseguía a una mujer con las piernas más largas del mundo por un jardín lleno de niebla y que cada vez que se acercaba, la mujer se apartaba y se reía y la resistencia que oponía hacía que él la deseara aún más y que la lujuria le recorriera las venas como una carga explosiva. Pero, cuando por fin la alcanzó, era una mujer distinta con una melena rubia clara que hacía destacar unos grandes ojos azules. Se apartó instantáneamente de ella y en ese momento se despertó. Estaba cubierto de un sudor frío y lo invadían una furiosa frustración y un sentimiento de culpabilidad por la única mujer a la que ni siquiera podía tener en sueños… Betsy, la esposa de su hermano Nik. Apretando la mandíbula, salió de la cama y fue a darse una ducha.

Con los ojos bien cerrados bajo el refrescante chorro de agua pensó en cómo no había pretendido arruinar el matrimonio de su hermano. No había habido intención por su parte de hacer ningún daño, recordó con dolor. Betsy había acudido a él en busca de apoyo, hundida por lo que había descubierto a través de Zarif, pero por desgracia había sido Cristo quien le había comunicado a Zarif la destructiva noticia que había arruinado la relación de Nik con su mujer. Había quebrantado la confianza de su hermano, pero en ningún momento había pretendido hacerle daño a Nik ni arrebatarle a Betsy.

Elaboró una lista con los pecados que había cometido. Había creído que Nik no se merecía una mujer como Betsy y se había quedado observando mientras su hermano subestimaba a su esposa sin ni siquiera advertirle sobre lo que estaba haciendo. Y de un modo totalmente desleal había albergado sentimientos por su mujer. Y precisamente por eso, pensó adustamente, era él el que tenía que arreglar todo el escándalo que Gaetano había montado en Irlanda. Nik ya tenía suficiente de lo que ocuparse y Zarif aún sufría las secuelas de la confesión que había arruinado el matrimonio de Nik porque desde entonces los tres hermanos apenas se habían dirigido la palabra.

—Pareces una señora —dijo Isa a la mañana siguiente con una ceja enarcada al ver lo que se había puesto Belle—. ¿Esa falda era de tu madre?

Belle palideció.

—Sí. Me guardé algunas cosas como recuerdo de mamá. Me viene un poco grande, pero con el cinturón queda bien.

—Que es más de lo que puedes decir sobre esa chaquetilla y el collar que te has puesto con esa blusa tan recargada —gruñó Isa con

desaprobación—. Pareces una chiquilla intentando parecer mayor.

—Sí, pero eso lo dices porque sabes la verdad. Ahora estamos a plena luz del día y tengo que causar mejor impresión que anoche —señaló nerviosa.

—Ni siquiera la luz del día podría atravesar la cantidad de maquillaje que te has puesto —le dijo secamente su abuela—. Pero tienes razón, sí que te envejece.

—Mira, acepto que Cristo acabará descubriendo la verdad, pero primero quiero poner sobre la mesa el tema de la adopción.

—¿Incluso a costa de hacerlo enfurecer? —preguntó Isa—. Hacía falta muy poco para provocar a Gaetano.

—Pase lo que pase, me ocuparé de ello.

—Pues no sé cómo —contestó secamente Isa—. No tienes mucho poder frente a su riqueza y su intelecto.

Belle ascendió fatigosamente por el camino subida a los tacones e intentando no sentirse como si fuera disfrazada. No tenía tan poco poder frente a él. El dinero no lo era todo, y tampoco la inteligencia. Ella no era estúpida. Tenía un título en Empresariales y la ventaja del factor sorpresa de su lado. Él se creía que era quien le había dicho que era y eso significaba que Cristo estaría luchando con desventaja. Y a diferencia de su madre, que habría hecho lo que fuera que le hubiera dicho un Ravelli y encima le habría dado las gracias, ella tenía pensado jugar sucio.

Cristo la vio acercarse desde la ventana del salón. Hoy no había minifalda, pero unos tacones adornaban esas piernas dignas de un premio. Apretó con fuerza sus blancos y perfectos dientes y dejó escapar ese pensamiento de lo más inapropiado. Sí, era una mujer atractiva, pero así había sido siempre: las amantes de su padre habían sido auténticas bellezas mientras que sus esposas habían tenido un físico más corriente. Gaetano siempre había antepuesto la riqueza y la clase al aspecto, y ahora Cristo se preguntaba cuánto dinero haría falta para que esa mujer acabara pensando igual que él. Era un negociador diestro y no contaba con que fuera a tener muchos problemas, ya que Mary Brophy no se había beneficiado económicamente de la relación con su padre y estaba sin blanca. Además, no podía ser la mujer más lista y espabilada del mundo cuando le había dado a un hombre astuto y mucho mayor cinco hijos que él no podía haber querido jamás y había seguido trabajando para él y dejándose la piel como una humilde ama de llaves.

Por sorprendente que pareciera, un extraño sentimiento de lástima asaltó a Cristo ante la idea y supo que, en lo que concernía a Mary Brophy, no quería abusar de ella. No quería ni amenazarla ni intimidarla para que hiciera lo que él quisiera, simplemente quería una solución para un problema potencialmente vergonzoso por el bien



de todos.

# Capítulo 3

El señor Ravelli está en el salón —la informó Rafe.

Respirando hondo y despacio para mantener la calma, Belle entró en la recargadamente amueblada habitación en la que unas ornamentadas cortinas y persianas impedían el paso de la luz. Cristo se giró para mirarla e, instantáneamente, todos los sentidos de Belle se pusieron alerta; su espalda y sus esbeltas piernas se tensaron y sus suaves labios rosados se separaron para tomar una bocanada más de aire.

Cristo la observó con repentina impaciencia. Llevaba una falda anticuada y una chaquetilla que le habría tejido una tía solterona y, de manera inexplicable, había acompañado esa vestimenta con un maquillaje de lo más atrevido y digno de una prostituta. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que había algo que no estaba viendo, algo que se le escapaba de esa mujer, porque hasta el momento no le había encontrado sentido al hecho de que su padre y ella hubieran podido tener un romance tan duradero. Independientemente de lo que hubiera podido pensar sobre Gaetano, había sido un gran conocedor de las mujeres y un hombre sofisticado, y era imposible que su padre hubiera vuelto a Irlanda una y otra vez para aprovecharse de los encantos de la mujer que tenía delante ahora mismo.

—Señor Ravelli… —dijo ella con la respiración entrecortada y girando la cabeza para mirar por la ventana con su melena salpicada de color, su delicado perfil delineado contra la luz, sus suaves y brillantes labios cubiertos de un tono rosado melocotón y unas largas pestañas batiendo contra unos grandes ojos tan verdes como la hierba irlandesa.

Y Cristo apretó sus perfectos dientes blancos en un intento de contener la atracción sexual que despertó en él y reconociendo que esa mujer poseía esa indescriptible virtud que lograba hacer puré la mente de un hombre y excitarlo al instante. Durante un segundo quiso tomarla en sus brazos y estrujar cada curva de ese impresionante cuerpo oculto bajo un atuendo nada atractivo mientras descubría si esa carnosa boca sabía tan bien como parecía. Apretó los puños conteniendo la erección e intentando pensar en algo, en lo que fuera, que le hiciera olvidarse de su boca, de sus pechos, de sus piernas y,

aún peor, de lo que se ocultaba entre ellas. El hecho de que lo estuviera afectando tanto le indignaba en todos los sentidos.

Intentando evitar contacto directo con esos espectaculares ojos negros, Belle podía sentir cómo se iba ruborizando de manera incontrolada. Lo miró sin respiración, paralizada como alguien acorralado por un animal salvaje, y en todo momento fijándose en el modo en que sus negras cejas definían sus ojos, el modo en que el duro y masculino ángulo de sus altos pómulos quedaba acentuado, el modo en que esos hoyuelos resaltaban su ancha y sensual boca. Guapo, ¡guapísimo!, pero de eso ya se había dado cuenta antes, así que no hacía falta que siguiera fijándose en lo mismo. La atmósfera se recargó y el silencio la enervó a la vez que todos los músculos de su cuerpo se tensaban como poniéndola a la defensiva. Era como si en el mundo no hubiera nadie más que ellos y lo que estaba sintiendo: una insidiosa calidez floreciendo en su pelvis y la repentina e incómoda tirantez de sus pezones.

Con el rostro tenso, Cristo suspiró y dio un medido paso atrás apartándose de ella y de esos traicioneros pensamientos que le hacían preguntarse a qué sabría, cómo olería y qué tacto tendría su piel. Le horrorizaba que esa mujer pudiera despertar semejante reacción física en él en contra de su voluntad, pero más aún lo enfurecía el hecho de que pudiera nublarle el pensamiento cuando, por lo general, tenía las ideas muy claras.

—Señorita Brophy.

—Señora.

Cristo frunció el ceño.

—¿Es que está casada?

—Hace años que soy viuda —le respondió con tirantez acercándose a la ventana y girándose parcialmente hacia él mientras luchaba por centrarse. El engaño en el que se había embarcado requería absoluta concentración. Era Mary Brophy, antigua amante de Gaetano y la madre de cinco de sus hijos, se recordó obstinadamente.

—La he invitado a venir hoy para hablar de su futuro y del de sus hijos —dijo Cristo con tono suave.

De pronto algo más segura de sí misma, Belle tuvo una inyección de moral.

—Sí… Gaetano nos ha dejado en una situación bastante complicada.

—Imagino que estará refiriéndose a su situación económica. Mi padre fue muy negligente al no pensar en ustedes en caso de fallecer.

—Sí…, pero sí que me cedió la casa —señaló Belle intentando parecer una mujer leal en defensa de Gaetano porque no podía permitir que el odio que sentía hacia ese hombre revelara su verdadera identidad en presencia de su hijo.

Cristo se quedó muy quieto permitiéndole a ella apreciar la

perfección del traje oscuro que llevaba a juego con una camisa blanca y una corbata azul de seda. Frunció el ceño al preguntar:

—¿Qué casa?

—La casa del guarda… Me la cedió hace años para asegurarse de que siempre tendríamos un hogar —le tembló la voz ligeramente al verlo quedarse atónito ante la noticia cuando en realidad suponía que, como albacea del patrimonio de su padre, debería haberlo sabido—. Aunque teniendo en cuenta los costes del mantenimiento y las necesidades actuales de los niños puede que la venda.

—Discúlpeme un momento —dijo apresuradamente Cristo saliendo de la habitación para entrar en la sala contigua y llamar por teléfono a Robert Ludlow, el abogado de su padre. Si era propietaria de parte de la propiedad, él debería haberlo sabido.

El inicial desconcierto de Robert ante la pregunta de Cristo se prolongó mientras buscaba entre los archivos de Gaetano y encontraba un acuerdo legal redactado hacía unos quince años del que, al parecer, el hermano mayor de Robert se había ocupado poco antes de jubilarse. El hombre se disculpó prolijamente por el descuido aunque finalmente Cristo se mostró triunfante por saber algo que Mary Brophy parecía desconocer: no podría vender la casa del guarda bajo ninguna circunstancia.

Consciente de que Cristo Ravelli no había estado al corriente del tema de la propiedad de la casita, Belle caminó nerviosa de un lado a otro preguntándose el porqué. Estaba intentando no recordar el hecho de que el abogado que se había ocupado de las propiedades de su madre no hubiera encontrado la documentación que confirmara su legítima posesión de la propiedad y cómo el hombre le había quitado importancia al asunto y había dicho que ya se ocuparía de ello más adelante. Por aquel momento Belle había tenido tantas cosas de las que ocuparse que no había ahondado más en el asunto.

Cristo volvió a entrar en el salón con la elegancia y la pose de un hombre que estaba muy seguro de encontrarse en la posición más fuerte.

—Me temo que no es la propietaria de la casa del guarda —dijo suavemente recalcando los sonidos vocálicos con su acento italiano.

—Eso no es posible —contestó Belle alzando la barbilla con gesto desafiante—. Su padre me dijo que era mía…

—Pero solo mientras viviera; después, vuelve al patrimonio Mayhill —aclaró.

De pronto Belle sintió como si el suelo se abriera bajo sus pies para tragársela.

—Eso no es lo que Gaetano me hizo creer.

—Mi padre sabía muy bien cómo hablar y le hizo creer que era la propietaria de la casa cuando en realidad solo tenía el usufructo.

Un golpe de ira la atravesó como un rayo. ¡Ese odioso y manipulador hombre al que su espantosa madre había amado! ¿Cómo podía haberla engañado con algo tan importante? Un intenso rubor salpicó sus mejillas cuando separó sus secos labios para decir:

—Y ese derecho para vivir ahí mientras… eh… mientras viva… ¿se transfiere a mis hijos después de mi… muerte? —preguntó débilmente.

—Me temo que no —respondió Cristo Ravelli con una compasiva sonrisa con la que no la habría podido engañar—. Pero a todos los efectos la casa le pertenece en el presente, aunque, por supuesto, no puede venderla ni utilizarla como aval bancario ni modificarla demasiado. Sin embargo, sí que tiene derecho a vivir en ella todo el tiempo que desee.

Belle había palidecido por completo para cuando terminó de hablar. Eran unas noticias espantosas, las peores que podía haber oído. Su madre estaba muerta y el derecho a vivir en la casa del guarda había muerto con ella, lo cual significaba que sus hermanos y ella estaban ocupando la casa ilegalmente. Y lo que era peor, su intención de hacerse pasar por su madre podía interpretarse como un intento de fraude. Había dado por hecho que podían vivir allí y ahora la castigarían por ello porque, en realidad, estaba a punto de ver cómo su familia quedaba en la más absoluta indigencia.

—Mi padre era muy… astuto en lo que respectaba al dinero y las propiedades —murmuró Cristo viéndola ahí de pie, impactada y pálida bajo ese estridente maquillaje y con los ojos de par en par tras lo que había revelado—. Pero estoy dispuesto a buscarle otra propiedad y ponerla a su nombre.

Con dificultad, Belle intentó concentrarse.

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

—Será más sencillo vender esta casa sin lo que sería… un inquilino titular en la casa del guarda —admitió Cristo.

—Ese… —Belle hizo un gran esfuerzo por tragarse la furia que la estaba haciendo bullir por dentro, pero fracasó por completo—: ¡Ese… canalla! ¿Cómo ha podido hacerles algo así a sus propios hijos?

—Mi padre no era un hombre sentimental —dijo secamente— y ha dejado muchos problemas tras de sí. Pero tengo una proposición que puede solucionar todos sus problemas…

Belle se sentía furiosa por haber insultado a Gaetano en la cara de su hijo, pero era incapaz de superar el amargo rencor que amenazaba con consumirla como una llama. Él estaba tan calmado, tan seguro de sí mismo, tan en control de la situación que lo odiaba con cada fibra de su cuerpo.

Cristo la oyó tomar aire de nuevo con unos ojos verdes como la esmeralda y literalmente encendidos de furia. Era muy

temperamental, una mujer con emociones fuertes que no podía ocultar y todo lo que él siempre había evitado en el sexo opuesto. Pero estaba espléndida y la seductora vibración de sus exuberantes y redondeados pechos bajo la blusa de seda cada vez que se movía resultaba impactantemente atrayente.

—¿Pro… proposición? —preguntó Belle temblorosa y luchando por controlar su ira ya que, por muy malas noticias que le hubieran dado, ahora tenía que intentar resolverlo. Se quedó mirando a Cristo, que la atravesaba con una impresionante mirada oscura de inquietante intensidad. En el silencio que se había hecho se le cerró la garganta y se le secó la boca.

—Quiero que considere la idea de entregar a sus hijos en adopción —sugirió Cristo con voz suave—. Sería lo mejor para ellos dejar atrás sus cuestionables orígenes y tener la oportunidad de llevar una vida normal.

—No me puedo creer que me esté diciendo eso a la cara —dijo Belle con los dientes apretados.

—Haría ese sacrificio por su bien —continuó Cristo como si lo que estaba sugiriendo fuera perfectamente normal y aceptable—. Mi padre debería haberse asegurado de que tuviera un hogar y unos ingresos, pero, ya que no lo hizo, yo mismo me ocuparé de ello.

—Ninguna madre decente entregaría a sus hijos a cambio de un beneficio económico —declaró Belle lanzándole una mirada de desdén por el hecho de que hubiera sugerido eso—. ¿Con qué clase de mujeres está usted acostumbrado a tratar?

—Eso no es asunto suyo. Ni soy mi padre ni tengo hijos —respondió con fría dignidad.

—¡Y tampoco se los merece! —le contestó—. ¡Por el amor de Dios! ¡Esos niños de los que está hablando son sus hermanos!

—Ni los reconozco como tal ni lo haré nunca —le respondió con gélida altanería.

—¿Por qué? ¿Es que no son lo suficientemente buenos para ser Ravelli? —espetó con resentimiento—. Los hijos del ama de llaves… eso no tiene mucha clase, ¿verdad? No tienen los orígenes adecuados, ¿me equivoco? Bueno, pues deje que le diga algo…

—No. No quiero que me diga nada mientras está así de furiosa —la interrumpió Cristo cortándola como el filo de un escalpelo.

—Y usted se enorgullece de ser un iceberg, ¿verdad? —le contestó sin ningún miedo y con su carnosa boca fruncida de desdén—. ¡Pues a mí no me avergüenza ser una persona con sentimientos y dispuesta a hacer lo que está bien por muy difícil o inconveniente que sea!

—¿A veces llega a la cuestión importante de un asunto despotricando tanto? —le preguntó Cristo desdeñosamente.

Belle cerró en puños sus esbeltas manos. Nunca había querido

golpear a otra persona hasta ese momento y la impactó el hecho de haber podido hacerlo sin ningún problema. ¿Cómo se atrevía ese hombre a tratarlos a sus hermanos y a ella como si fuera superior a ellos? ¿Cómo se atrevía a sugerir que se separara a sus hermanos de las personas que los querían y los llevaran a otra casa con unos padres adoptivos? ¿Es que no podía ver que los niños eran unas personas con sentimientos y vínculos emocionales y necesitados de una seguridad después de las pérdidas que ya habían sufrido? ¿Y no podía aceptar que, aunque Mary Brophy podía haber tenido sus defectos en lo que respectaba a elegir a un buen hombre, también había sido una madre maravillosa cada día de las vidas de Belle y sus hermanos?

—La cuestión es… —dijo Belle con una voz que literalmente tembló con la fuerza de sus sentimientos—. Puede que mi madre solo fuera un ama de llaves y la amante de su padre durante años, pero además era una persona muy especial, buena y cariñosa y, después de haberla perdido, sus hijos se merecen lo mejor que yo pueda darles.

—¿Su… madre? —repitió Cristo atónito—. ¿Mary Brophy era su madre?

Y en ese momento Belle se quedó petrificada y helada al darse cuenta de lo que había revelado en su apasionado intento de que Cristo la comprendiera. Por un momento, y desesperada por defender su memoria, había olvidado por completo que estaba fingiendo ser su madre.

—Entonces, si usted no es Mary Brophy… ¿dónde está ella? ¿Y quién es usted? —preguntó con tenacidad y furioso por el hecho de que se hubiera atrevido a engañarlo.

—Soy Belle Brophy. Mi madre murió hace aproximadamente un mes, después que su padre. Sufrió un infarto —admitió Belle con una mirada llena de dolor y aceptando que ya no podía continuar con la farsa y que su indómito carácter la había traicionado cuando menos se lo podía permitir. Por desgracia, la indiferencia de Cristo y su aire de superioridad fueron como vinagre vertido sobre una herida abierta.

—No tenía ninguna intención de decirme que su madre estaba muerta… Me ha mentido para conservar la casa —la condenó Cristo sin vacilar.

Belle se sintió consternada por la rapidez con la que había sacado esa desagradable conclusión y por el hecho de que hubiera asumido que tras su farsa se ocultaba una motivación delictiva.

—No tenía nada que ver con la casa. Hasta que he llegado aquí esta mañana creía que le pertenecía a mi madre y que como hijos suyos pasaba a nosotros tras su muerte, pero dudaba que fuera a escucharme sobre lo que quiero para los niños si sabía que solo era su hermana y no su madre.

Cristo tenía muy poco margen de tolerancia hacia las personas que

mentían e intentaban engañarlo. Ahora estaba recordando a la pelirroja de largas piernas que estaba cruzando el jardín la noche antes y supo que había sido Belle Brophy desde el principio. La indignación sacudió su poderoso cuerpo y encendió su ira obligándolo a dar un paso hacia ella.

—¿Ha fingido ser su madre? ¿Es que está loca o simplemente es tonta de remate?

El corazón de Belle comenzó a golpetear muy deprisa ante esa oscura furia masculina que se reflejaba en su rostro y se echó a un lado para echar a correr hacia la puerta. Nunca se quedaba cerca de un hombre que enfurecía; su infancia le había enseñado que esa ira solía rozar la violencia física.

Cristo agarró su esbelto brazo justo cuando ella abrió la puerta.

—No va a ir a ningún sitio todavía.

—¡Suélteme el brazo! —le gritó Belle furiosa sintiéndose intimidada por el tamaño de ese hombre que tenía tan cerca—. ¡He cometido un error, pero eso no le da derecho a maltratarme!

—¡No la estoy maltratando! —respondió Cristo disgustado—. ¡Pero me debe una explicación por su peculiar comportamiento!

Los ojos verdes de Belle brillaron de ira y apartó el brazo violentamente para soltarse.

—¡Usted es un Ravelli! ¡El día que le deba algo en el cielo saldrán dos lunas!

Por un segundo, Cristo se la quedó mirando mientras avanzaba por el pasillo con los tacones resonando, su esbelta espalda rígida y sus rizos pelirrojos soltándose de ese moño recogido con inexperiencia.

—¡Vuelva aquí! —bramó tras perder la paciencia.

Belle se dio la vuelta furiosa y lo vio moverse hacia ella; después agarró un pesado jarrón de la mesa que tenía al lado y lo alzó como si fuera un arma.

—¡No se atreva a acercarse! —le advirtió.

—¿Es normal en usted actuar como una loca? —le preguntó Cristo controlando su rabia y su exasperación con gran dificultad.

—¡Voy a llevarlo a los tribunales, le obligaré a reconocer a los niños! —le contestó con actitud desafiante—. Tienen derecho legal al patrimonio de su padre y no puede impedir que reciban lo que les corresponde. Y, además, no soy ninguna loca.

Un escalofrío recorrió a Cristo ante la amenaza de una denuncia que haría que el sucio linaje de Gaetano saliera a la luz y fuera aireado por unos medios felices de publicar los sórdidos detalles.

—Cálmese —le aconsejó secamente—. Y hablaremos.

—¡No me fío de usted! —le gritó Belle—. ¡Deje que me vaya o le tiro esto!

Un instante después, Cristo no podía comprender que hubiera

echado a andar tras esa advertencia en lugar de dejarla marchar, sobre todo cuando estaba claro que no podría sacarle una sola palabra hasta que se calmara. Belle le arrojó el jarrón estremeciéndose ante el sonido de la porcelana rota al caer al suelo mientras abría la puerta principal y bajaba los escalones corriendo.

—Técnicamente ha sido un intento de asaltarlo —le dijo su guardaespaldas, Rafe, desde las escaleras mientras Cristo se limpiaba trozos de porcelana del traje con los labios apretados y el rostro cubierto por una oscura y adusta máscara.

—Su puntería dejar mucho que desear. La próxima vez ni me apartaré —dijo desde los escalones mientras la veía alejarse por el camino con la cabeza bien alta como una reina ofendida. Estaba loca, completa y absolutamente loca, como una cabra. ¿Cómo iba a poder negociar con una mujer así? Pero, o lo hacía, o tendría que enfrentarse a una denuncia pública y embarazosa.

—¿Es que habrá una próxima vez? —preguntó Rafe sorprendido.

La sonrisa de Cristo fue tan fría y amenazante como la de un oso polar hambriento.

—Y tanto que la habrá.

# Capítulo 4

Ahora lo sabe todo y es mucho mejor así —le dijo Isa a Belle intentando reconfortarla—. Ahora todos sabemos en qué posición nos encontramos.

Belle se apartó un mechón de la frente con el brazo, terminó de limpiar la encimera y se secó las manos. Desde que había vuelto a la casa se había puesto a limpiar desesperadamente necesitando una válvula de escape, algo con lo que poder quemar su exceso de energía. Su abuela siempre reaccionaba ante las situaciones estresantes con calma y aceptación y, cuando Belle le había mencionado el peor de los escenarios y cómo podían terminar todos en la calle, Isa le había recordado que aún faltaban semanas para que Bruno y Donetta volvieran a casa a pasar las vacaciones de verano y que tenían tiempo suficiente para encontrar un lugar de alquiler. Belle había tenido que tragarse la espinosa pregunta de cómo iban a pagar un alquiler porque ni Isa ni ella tenían dinero.

Tag empezó a ladrar escandalosamente un segundo antes de que sonara el timbre y Belle salió al vestíbulo seguida por el perro, que iba saltando nervioso.

Cristo Ravelli estaba en la puerta con su más de metro noventa de estatura, quedando muy por encima de ella e irradiando su energía y su poder. Su delgado y oscuramente hermoso rostro resultaba duro y amenazador.

—¿Señorita Brophy?

—Belle —le corrigió secamente.

Cristo se demoró mirándola, desde la melena de coloridos rizos que le caían alrededor de los hombros hasta los delicados rasgos de porcelana que enmarcaban a la perfección unos ojos intensamente verdes y una carnosa boca rosada. Así, sin disfraces ni ese ordinario maquillaje, resultaba absolutamente impresionante.

Belle se sonrojó y separó los labios para preguntarle qué quería y soltó la puerta, dejando que Tag aprovechara y saliera a atacar al visitante.

Cristo bajó del escalón cuando el perro la tomó con sus tobillos. Belle se agachó diciendo sin mucha intención:

—¡No, Tag, no!

A Cristo le dio la impresión de que al perro le permitirían comérselo

vivo si quería.

—¡Para, Tag! —dijo bruscamente una mujer mayor desde el vestíbulo.

Belle agarró al pequeño perro.

—Lo siento. Desconfía de los hombres.

—Pase, señor Ravelli —lo invitó Isa Kelly educadamente.

Belle, que seguía agachada junto al perro, alzó la cabeza con la mirada cargada de furia.

—No iba a pedirle que…

—El señor Ravelli es un invitado —dijo su abuela—. Pasará a casa y hablaréis como personas civilizadas.

Tag gruñó a Cristo desde la seguridad de los brazos de su dueña.

—Tu padre le daba patadas… y el mío también —añadió ella a regañadientes.

—Por eso no le gustan los hombres. Ahora es demasiado viejo para cambiar de actitud.

La mujer observó a Cristo y, a pesar de sus palabras civilizadas, un tono hostil se coló en su voz.

Cristo entró en un salón espantoso con paredes rosas, sofás rosas, volantes rosas y ostentosos jarrones de flores de plástico. Fue como si su peor pesadilla se hubiera hecho realidad.

—Nunca me han gustado los perros.

Un niño de pelo rizado enganchó los brazos alrededor de su pierna antes de que pudiera sentarse.

—No, Franco —le regañó Belle.

—Ni los niños —añadió sin lamentarlo lo más mínimo.

Franco lo miró; tenía los ojos de Gaetano y a Cristo le resultó tan inquietante ver el parecido que se sentó con el niño aún enganchado a su pierna.

—Hombre —dijo Franco con satisfacción, como si hubiera hecho un gran descubrimiento.

—Está algo necesitado de atención masculina —dijo Belle soltando al perro para agarrar al niño en su lugar y llevárselo a la cocina entre protestas.

—Cristo tomará café solo —le dijo su abuela desde la puerta.

Belle apretó los dientes aunque sabía que la mujer tenía razón; tenía que hablar con él.

Cristo ignoró al perro, que le ladraba desde debajo de la mesa de café. Era pequeño y con el hocico gris y debería haber sabido que no le convenía embarcarse en una batalla que no podría ganar nunca. Cristo nunca malgastaba su tiempo en causas perdidas o desafíos que no valían la pena, pero sin duda Belle habría estado encantada de saber que la amenaza que le había lanzado había activado su poderoso intelecto más que cualquier otra cosa.

En cuanto llegó la bandeja de café y galletas, se levantó sintiéndose asfixiado entre tanto rosa.

—No quiero que lleves a los tribunales el asunto de los niños.

—Pues va a ser complicado —respondió Belle sucintamente—. Se ha ignorado a mis hermanos demasiadas veces y quiero que tengan lo que les corresponde.

—Hace unos años Gaetano vendió la mayoría de sus bienes y guardó las ganancias en fideicomisos en el extranjero a los que no podrá tener acceso ningún tribunal irlandés. Exceptuando la venta de Mayhill, hay poco dinero en efectivo del que puedas reclamar una parte para tus hermanos.

—No estoy buscando una fortuna para ellos.

—Tengo una idea mejor —le dijo Cristo.

—Imagino que siempre tienes una idea mejor —contestó con impotencia, apoyándose en la puerta de la cocina con los brazos cruzados a la defensiva mientras se preguntaba cómo un hombre podía parecer tan vital y enérgico ataviado con un traje sastre propio de una monótona sala de juntas.

Ella parecía delgada como una fusta con sus vaqueros desteñidos y ceñidos y una camiseta negra con una manga caída que dejaba ver un fino hombro blanco dividido por una tira negra que Cristo pudo contemplar mientras observaba libremente su resplandeciente belleza a la vez que especulaba si sería tan pálida en el resto del cuerpo y si su piel contrastaría con el brillante tono de su melena y de sus ojos. Pero entonces, en cuanto notó su erección, lamentó ese evocador pensamiento.

—Les daré una compensación a tus hermanos a cambio de que no reclames sus derechos yendo a los tribunales —le dijo girándose para mirar por la ventana.

—No queremos la caridad de los Ravelli —contestó Belle alzando la barbilla.

—Pero no sería caridad. Como has dicho, son los hijos de mi padre y deberían salir beneficiados por el bien de todos. Para mi familia sería muy embarazoso ver su vida expuesta en los tribunales —admitió apretando los labios.

Belle ni se inmutó.

—¿Y por qué iba a importarme a mí eso?

—La publicidad es un arma de doble filo —la advirtió Cristo—. A los medios les encantan los temas sórdidos y tu madre no saldrá bien parada. Al menos tres de sus hijos nacieron mientras Gaetano seguía casado.

Ante ese contundente recordatorio, Belle se ruborizó.

—Eso es inevitable y, de todos modos, a mi madre ya no puede hacerle daño. Tengo que pensar en el futuro de los niños. Quiero que

tengan derecho a usar el apellido Ravelli.

—Ningún tribunal que conozca tiene la capacidad de concederle ese derecho a nadie cuando no se ha celebrado un matrimonio entre los padres —contestó Cristo, exasperado por su terquedad—. No estás siendo razonable. Si mantienes esto al margen de los tribunales y me permites llevar las cosas con discreción, seré generoso. Es la mejor oferta que vas a recibir.

—Discúlpame por mi falta de confianza, pero, como he visto hoy mismo al enterarme del asunto de la propiedad de esta casa, tu padre fue un buen maestro.

—No permitiré que lleves un asunto tan sórdido a los tribunales —dijo con dureza Cristo—. Si lo haces, me enfrentaré a ti a cada paso que des y te advierto… no me querrás tener de enemigo.

—Enfréntate a mí todo lo que quieras… pero iré a los tribunales —le respondió sin más—. No tenemos nada que perder y sí todo que ganar.

—¿Qué haría falta para que renunciaras a esa idea? —bramó Cristo casi temblando ante la amenaza del inmenso daño que una campaña difamatoria le causaría a su hermano. La posición de Zarif en Vashir era delicada ahora que acababa de ascender al trono y lo último que su hermano necesitaba era un enorme escándalo que le daría a demasiada gente la impresión de que provenía de una familia de mala muerte y que estaba muy lejos de ser el gobernante apropiado para un país tan conservador. Tal como se recordó con pesar, ya se había llevado un buen disgusto por haberle revelado el gran secreto de Nik a Betsy cuando el primero en desvelarlo por un descuido había sido el propio Cristo.

—Probablemente esté pidiendo algo imposible —admitió Belle con pesar—, pero quiero que mis hermanos tengan la vida que habrían disfrutado si Gaetano se hubiera casado con mi madre. Es muy injusto que tengan que pagar el precio de que no se casara con ella.

—No estás siendo racional —la censuró Cristo impaciente y saliendo de la habitación—. No puedes cambiar el pasado.

—No quiero cambiar el pasado. Simplemente quiero corregir el mal que se les ha hecho a mis hermanos.

—Deja el pasado atrás y sigue adelante con tu vida.

—Para ti es fácil decirlo, pero no es tan fácil en la práctica. Y no estoy siendo irracional…

En el vestíbulo Cristo se giró con una soltura sorprendente para lo alto y fuerte que era.

—Eres la mujer más irracional que he conocido en mi vida.

Belle se topó con sus impactantes ojos oscuros y por un momento que pareció interminable el mundo dejó de girar y ella dejó de respirar.

—Y por alguna razón eso me resulta increíblemente sexy —admitió él con un marcado acento mientras le subía la manga de la camiseta para taparle el hombro con un largo y nada delicado dedo.

—A mí no podrás engatusarme. No soy tan ingenua como lo fue mi madre —le contestó Belle ásperamente.

—Despierta y espabila, *cara*. Eres una niña intentando jugar a los mayores —le respondió Cristo con una entonación que resultó tan íntima que se deslizó vibrando por la espalda de Belle.

De pronto ella se quedó sin aliento y mirándolo con los ojos abiertos de par en par y gesto de desdén.

—¿Una niña? ¿Es el mejor insulto que me puedes lanzar?

—No pretendía insultarte —así de cerca sus oscuros ojos tenían unas diminutas motas doradas que parecían estrellas. La mano curvada sobre su hombro y el aroma a limpio y a calidez masculina con un toque de colonia encendió una chispa en el interior de Belle. Al momento notó su mirada fija en la suya y fue como si sus pies se hubieran hundido en el cemento y no pudiera moverse. Él agachó la cabeza y la besó con un deseo tan abrasador que hizo que algo sobrecogedor la recorriera como una carga explosiva. Fue un beso apasionado como ninguno que hubiera experimentado nunca. En cuanto su lengua se hundió en el interior de su boca, a Belle la impactó una violenta sacudida de deseo y entonces se vio perdida. Sus manos pasaron de sus amplios hombros a su espeso cabello negro mientras se recreaba en su sabor, en el único y sexual sabor de un hombre dominante y sorprendentemente apasionado. Sus brazos se tensaron a su alrededor y unos dedos largos se deslizaron por su espalda para llevarla contra su erección. Ella contuvo un grito ahogado al notar su lengua y su mente voló hasta recrear una imagen mucho más sexual que terminó anhelando con una fuerza tal que provoco una intensa sensación entre sus muslos.

Pero la intensidad de lo que estaba sintiendo la aterró y lo apartó de su lado.

—¡No! ¡No vamos a hacer esto! —le dijo furiosa.

Con sus oscuros ojos velados por el deseo, Cristo dio un paso atrás y respiró hondo. *Maledizione!* Estaba demasiado excitado como para sentirse cómodo con la sensación o con la mujer que lo había puesto en esa situación.

—Creo recordar que estaba intentando convencerte de que no llevaras un asunto familiar y privado a los tribunales —murmuró él con rotundidad.

Belle le lanzó una mirada de desconcierto, incapaz de creer que pudiera mostrarse así de frío tras ese apasionado beso. Parecía que la pasión hacía que Cristo Ravelli perdiera el control. Y entonces, en un instante, se sintió molesta por esa seguridad que tenía en sí mismo, se

sintió insultada por su fría indiferencia y furiosa por no haberse resistido a él. Pero ¡cómo besaba! Ese humillante pensamiento la recorrió por mucho que intentó eliminarlo.

Mientras estudiaba había dado muchos besos y no había hecho mucho de lo demás con la esperanza de experimentar una reacción volcánica que le indicara esa chispa de verdadera y sobrecogedora atracción física. Ahora el destino se estaba riendo de ella al servirle por fin ese beso tan anhelado y milagrosamente especial con el hombre menos apropiado. No tenía ninguna duda de que Cristo Ravelli era un hombre poco apropiado en todos los aspectos. Era frío, estirado e insensible mientras que ella era cálida, sensible e impulsiva.

—Lo siento. Voy a hacer lo mejor por mis hermanos y llevaré este asunto a los tribunales para solucionarlo —le dijo Belle secamente.

—No puedes —contestó Cristo con frialdad—. Le harás daño a otra gente. Tus hermanos y tú no sois los únicos que podríais veros afectados por esto.

—No me importa nadie más —reconoció Belle—. Quiero que mis hermanos puedan llevar la cabeza bien alta y sepan quiénes son sin sentir ninguna vergüenza.

—Pues entonces quieres lo imposible —dijo Cristo burlándose y dándose la vuelta.

—No, quiero justicia.

«¡Justicia!», pensó Cristo con desdén e invadido por una frustrante sensación porque él nunca se echaba atrás y siempre encontraba solución a los problemas. Limitar los posibles daños era su especialidad. ¿En qué sentido podía ser justo que Zarif perdiera el trono por las infidelidades de Gaetano y por la revelación de su familia secreta? Los oponentes de Zarif se burlarían de él con comentarios del tipo «de tal palo tal astilla». Mary Brophy había tomado sus propias decisiones al elegir tener una relación con un hombre casado y tener hijos con él, y su hija Belle era demasiado orgullosa. El rencor hacia la familia Ravelli, o hacia su padre más específicamente, la había convencido de que podía reescribir la historia. Pero lavar en público los trapos sucios de la familia no haría que esos niños pudieran ir con la cabeza bien alta. No, lo más probable sería que los avergonzara ver a sus padres descritos de formas que jamás olvidarían. Ningún hijo de Gaetano se había sentido nunca orgulloso de él o de su apellido. Gaetano había sido un padre cruelmente egoísta.

Irónicamente, Cristo siempre había creído que al crecer sería un hombre mejor que su padre, pero ahora se preguntaba qué había pasado con ese sueño y en qué momento el cinismo había matado ese honorable objetivo. Sabía que en ningún momento se había planteado la situación de los hijos de Mary Brophy desde un punto de vista que

no fuera el suyo. Era un hombre pragmático y sabía que era egoísta, pero incluso él reconocía que Belle Brophy era demasiado joven y su abuela demasiado mayor para cargar con toda la responsabilidad de los hijos de Gaetano. De pronto entendió que esos chicos, desde el mayor hasta el pequeño, eran de su misma sangre por mucho que no quisiera reconocerlo.

Y entonces la respuesta al problema llegó de pronto. En un principio intentó ignorarla, pero al filtrar el listado de desafíos a los que se estaba enfrentando y ver que esa solución podía resolverlos todos, comenzó a darle vueltas al asunto. No era muy probable que volviera a enamorarse. Es más, era sorprendente que hubiera sucedido una vez tratándose de un hombre tan despegado e insensible como él. La aventura de Gaetano y Mary podía enterrarse decentemente y ocultar las raíces de los críos de los medios de comunicación. Y en cuanto a Belle, estaría perfecta en el papel en el que la había imaginado: tendida en su cama de Londres ataviada únicamente con una sonrisa. Así estaría perfecta, pensó mientras sentía entusiasmo por primera vez ante el desafío que supondría sacrificar su libertad por un bien mayor.

Belle pasó una noche agitada. Revivió el beso una y otra vez y, turbada, dio vueltas en un constante desconcierto de culpabilidad. Cristo era un Ravelli igual que Gaetano y el último hombre al que querer besar.

Por la mañana preparó el desayuno para los niños con el piloto automático puesto porque su cerebro aún funcionaba demasiado lento y confuso. Había sido un sufrimiento sopesar si ir o no a los tribunales sería lo correcto para los niños, pero no tenía elección. Nunca la había tenido y bajo ningún concepto confiaría en ninguna promesa que Cristo Ravelli le hiciera porque, sin duda, sería tan tramposo en negociaciones así de delicadas como su padre había demostrado ser. Exasperada por el constante desfile de pensamientos inquietantes, despidió a los mellizos cuando se fueron al colegio y después informó a su abuela de que iba a llevarse a Franco a la playa.

Cuando llegó a la playa, Cristo tuvo el placer de ver a Belle relajada por primera vez. La brisa apartaba de su cara su salvaje melena de rizos y hacía que sus vaqueros y su camiseta azul se pegaran a su ligero y curvilíneo cuerpo. Estaba a punto de lanzar una piedra al mar mientras el niño que tenía costumbre de engancharse a las piernas de los demás saltaba emocionado y el perro ladraba trazando círculos a su alrededor. Una vez lo vio, el pequeño Jack Russell salió corriendo por la arena para atacarlo.

—¡No! —bramó Cristo mientras caminaba por la arena.

Tag se estremeció, se tiró al suelo boca arriba y alzó sus patitas al aire con los ojos cargados de miedo.

—No hacía falta que le gritaras —le criticó Belle corriendo a agacharse junto al pequeño animal—. ¡Mira lo asustado que está! Es muy sensible.

—Y yo también soy un poco sensible a las mordeduras —murmuró Cristo secamente.

—¡Hombre! —exclamó el pequeño e inmediatamente se le enganchó a la pierna izquierda. Cristo se quedó paralizado, preguntándose si podía hacerlo… si podía hacerse cargo de todos ellos y sobrevivir con su dignidad y su cordura intactas. No era un hombre familiar, no sabía cómo funcionaba una familia normal y tampoco quería averiguarlo.

Belle estaba mirándolo con su hermoso rostro sonrojado y cohibido; esos ojos verdes claros bien abiertos sobre su pecosa nariz y su vibrante belleza vaciaron su cabeza de cualquier otro pensamiento. Le hacía pensar en sexo, mucho, mucho, mucho sexo, y a un nivel que lo inquietaba por un lado y lo excitaba tanto por el otro que literalmente le dolía.

Belle se levantó. Tag, el perro asustadizo, estaba acurrucado en su regazo y ahora miraba a Cristo con petulancia.

—¿Te ha dicho Isa dónde estaba?

—Puede ser que simplemente haya venido aquí a dar un paseo.

Belle enarcó una fina ceja caoba y observó su esbelto y poderoso cuerpo. Le asombraba que un hombre vestido de traje pudiera estar tan bien formado, pero ahí estaba: hombros y torso anchos, caderas esbeltas, piernas largas y ni rastro de papada o barriga. Estaba claro que se mantenía en forma. Y aunque siempre había pensado que los trajes eran aburridos, los de Cristo, oscuros y perfectamente confeccionados, hablaban a gritos de clase y sofisticación y caían con soltura sobre sus caderas y sus poderosos muslos dirigiendo su mirada a zonas en las que normalmente no se fijaba en un hombre. Cada vez más ruborizada, desvió la atención del prominente bulto de su entrepierna y la bajó hasta sus brillantes zapatos cubiertos de arena, preguntándose por qué no podía admitir que había ido a buscarla.

—No has venido a dar un paseo hasta aquí así vestido.

—La arena se quita sacudiéndola con la mano —dijo con indiferencia mientras ella dejaba el perro sobre la arena y este se marchaba dando brincos.

En silencio, Belle estudió los esbeltos y exageradamente hermosos rasgos de Cristo mientras un calor florecía en su pelvis y unas mariposas revoloteaban por su estómago. Se sentía tan torpe y boba como una colegiala en presencia de su ídolo, pero claro, ¿acaso era de extrañar que estuviera avergonzada? Había mirado su cuerpo y se

había deleitado con su impactantemente fuerte musculatura inherente en su complexión. No podía recordar haber mirado nunca así a un hombre, pero la necesidad de mirar a Cristo se le hacía tan necesaria como respirar. En reacción a esa humillante verdad, se sonrojó hasta la raíz del pelo, abochornada por haber sido incapaz de controlar su reacción ante su físico y su oscuro y carismático atractivo.

Cristo se agachó para apartar al pequeño de su pierna. «Necesitado de atención masculina», recordó pensando que verdaderamente podía entenderlo. Ni durante su infancia ni siendo adulto Gaetano se había acercado a él ni una sola vez ni le había preguntado siquiera cómo se encontraba.

—Tenemos que hablar —dijo sucintamente.

—No hay nada más de qué hablar. Anoche ya lo dijimos todo —le respondió por encima de su delgado hombro al echar a andar por la playa con la mano extendida—. Franco, ¡ven aquí!

—¡No! —contestó el pequeño con terquedad agarrándose a la tela de los pantalones de Cristo y haciendo que a este le resultara complicado caminar.

Cristo resopló intentando controlarse.

—Esta mañana he puesto a la venta Mayhill —soltó después del maleducado gesto de Belle al darle la espalda.

Ella se detuvo en seco y su espalda de pronto se quedó rígida; una sensación de pánico la asaltó ante la idea de perder el techo bajo el que vivían porque estaba claro que todos no cabían en el pequeño apartamento de una habitación que Isa tenía en la aldea. Se quedó mirando al mar, pero el relajante sonido de las olas rozando la arena ni siquiera logró obrar su magia en ese momento. Giró su pelirroja cabeza y mirándolo con esos ojos verdes resplandecientes dijo:

—¿No podrías haber esperado unas cuantas semanas?

Cristo se tomó su tiempo para cruzar la arena hasta llegar a ella mientras su pequeño hermano se aferraba a él como podía hasta finalmente engancharse a un extremo de su chaqueta con las manitas llenas de arena.

—No. Quiero vender la propiedad lo antes posible. Quiero que la vida de Gaetano se mantenga en secreto.

—¿Y qué pasa con nosotros? ¿Adónde vamos a ir? —le preguntó acalorada y cada vez más furiosa—. Mudarse lleva tiempo.

—Tendréis al menos un mes para encontrar otro sitio —contestó sin compasión mientras veía cómo la brisa ceñía el algodón de su camiseta a sus pechos definiendo su voluptuosidad y sus pezones erectos. El pulso se le disparó en la entrepierna y apretó los dientes intentando controlar su excitación.

—Eso no es mucho tiempo. Bruno y Donetta pronto volverán del colegio para pasar aquí el verano. Cinco niños ocupan mucho

espacio… También son tus hermanos, así que ¡debería importarte lo que les pase! —le gritó condenando su actitud furiosamente.

—Y por eso he venido aquí, para proponerte que nos casemos y formemos un hogar donde puedan estar juntos —contestó con énfasis mientras se preguntaba, posiblemente por primera vez en su vida, si sabía lo que estaba haciendo.

—¿Casarnos? —repitió Belle horrorizada y preguntándose si se le había escapado algo de la conversación—. ¿De qué demonios estás hablando?

—Dijiste que querías que tus hermanos disfrutaran del apellido Ravelli y de su estilo de vida y eso solo puedo hacerlo si me caso contigo y los adopto.

Frunciendo el ceño confundida, Belle dio un paso atrás demasiado impactada para responder.

—¿Es una broma? —preguntó cuando, por fin, sacó voz para hablar.

—¿Por qué iba a bromear con algo tan serio?

Belle se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé? Te parecía aceptable proponerle a su madre que los entregara en adopción —le recordó sin poder contenerse.

—No estoy bromeando —respondió Cristo con ecuanimidad justo cuando un rayo de sol se abrió paso entre las nubes e iluminó su delgado y duro rostro.

De nuevo Belle lo observó maravillada porque tenía la oscura belleza de un ángel caído. Sus brillantes ojos negros resultaban impactantes bajo la tupida pantalla de sus pestañas y de pronto se sintió sin respiración, como si alguien le estuviera aplastando los pulmones.

—Soy un hombre práctico y solo propongo un matrimonio práctico que satisfaga todas nuestras necesidades —continuó Cristo con tono suave—. Sabes que no quiero juicios y que quiero evitar que la historia de Gaetano y su ama de llaves sea de dominio público. Tendrías que acceder a no hablar del origen de los niños con nadie ni a contar ninguna mentira. Para todo el mundo, los niños serán tus hermanos huérfanos.

Belle respiró hondo y lentamente, aunque seguía sin lograr despejar su cabeza.

—No me puedo creer que me estés proponiendo esto.

—No me has dado elección, ¿no? La amenaza de un juicio me ha presionado. ¿Estás decidida a solucionar esto al margen de los tribunales?

Belle no vaciló.

—No.

Cristo enarcó una ceja negra como el ébano.

—¿Entonces cuál es tu respuesta?

—No es tan sencillo —protestó Belle.

—¿Ah, no? Te estoy ofreciendo todo lo que me dijiste que querías.

Ella batió las pestañas. Se sentía acorralada y atrapada.

—Bueno, sí, pero… ¿matrimonio? ¡Eso era algo que no me podía esperar!

Cristo enfureció. Era su primera proposición de matrimonio; nunca antes se había planteado siquiera proponérselo a ninguna mujer. Vanidades aparte, sabía que era rico, guapo y un buen partido y aun así ella estaba dudando e irritándolo al hacerlo… lo cual Cristo encontraba extrañamente gracioso.

—Mira, me lo pensaré durante la noche —murmuró Belle incómoda.

—*Di niente*… no hay problema —respondió Cristo apretando su sensual boca—. Por cierto… me refiero a un matrimonio de verdad.

—¿De verdad…? —farfulló Belle antes de humedecerse los labios. La intensa mirada de Cristo se posó en ese diminuto movimiento y ella se sonrojó al captar el significado de sus palabras con creciente incredulidad—. ¿Es que esperas que me acueste contigo?

—Por supuesto —murmuró Cristo con indolente seguridad y sugiriendo que era una idea absolutamente normal y aceptable—. No tengo ninguna intención de emular a mi padre y tener amantes mientras estoy casado, y tampoco quiero una mujer que vaya jugando con otros a mis espaldas. Esa clase de vida no les proporcionará un hogar a los niños.

Belle lo entendía, de verdad que sí, pero de pronto muy consciente de su falta de experiencia en el terreno sexual, se sonrojó intensamente ante la idea de compartir cama con él. De adolescente había tenido que luchar contra las expectativas de los chicos del pueblo que veían a su madre como una mujer libre y fácil y había tenido que demostrar una y otra vez que era distinta. Decir «no» había sido una cuestión de orgullo, un instinto de protección, pero, según había ido creciendo, eso junto a otras necesidades e inseguridades la habían influenciado y el hecho de confiar en un hombre lo suficiente como para bajar la guardia y hacer el amor con él le había supuesto más que un desafío.

Cristo le puso una tarjeta de visita en su lánguida mano y ella se la quedó mirando aturdida.

—Mi número privado. Llámame a las siete de esta tarde, *bellezza mia* —le indicó con total frialdad—. Así podré ponerme de inmediato con los preparativos.

# Capítulo 5

No lo hagas… no lo hagas…». La constante cantinela de Isa seguía resonando en sus oídos como un tañido fúnebre mientras bajaba del coche que Cristo había enviado para recogerla y subía los escalones que conducían a la capilla de St. Jude. Llevaba un elegante pero sencillo vestido de estilo vintage con cuello barco de encaje. Era el vestido de novia de su madre.

La había atraído la idea de llevarlo como gesto simbólico y en las tres semanas que había tenido desde la última vez que había visto a Cristo había hecho que se lo alargaran para adaptarlo a su altura. Mary nunca había logrado llevar al altar a su Ravelli, pero ahora su hija estaba triunfando ahí donde ella había fracasado, pensó Belle con una satisfacción salpicada de culpa. Sabía que no estaba bien sentirse así porque Cristo no era Gaetano y no había cometido los pecados de su padre, pero no podía evitarlo. Se había convertido en el tema de conversación de los vecinos, ya que nadie entendía cómo había podido cazar a un hombre que había pisado Irlanda por primera vez hacía solo un mes, y hasta en la puerta de la vieja iglesia se había congregado un grupo de personas esperando a darles la enhorabuena a pesar de que Cristo había solicitado que fuera un evento privado.

Por supuesto, Cristo había sabido cómo ganarse el apoyo y el respeto de los locales, tuvo que reconocer Belle. Había decidido no vender Mayhill y, en su lugar, ceder la histórica casa a la aldea para convertirla en centro social. El dinero importaba; sin duda importaba mucho en una zona donde los ingresos eran bajos y el trabajo escaseaba. Mayhill pondría a la aldea en el mapa convirtiéndola en una atracción para turistas y su mantenimiento y las perspectivas de negocio ofrecerían muchas oportunidades de trabajo. Y además así, por supuesto, los receptores de la extraordinaria magnanimidad de Cristo entendían que la aventura de su padre con Mary Brophy y el nacimiento de sus hijos eran cuestiones que quedarían enterradas en el rincón más oscuro y profundo y que nunca volverían a ver la luz del día.

Sus hermanas, Donetta de trece años y Lucia de ocho, estaban sonriéndole desde el banco delantero. Sus hermanos Bruno, Pietro y el pequeño Franco estaban a su lado. Bruno fruncía el ceño, era demasiado inteligente como para dejarse engañar y seguía

desconfiando de lo que le estaba pasando a su familia.

—¿De verdad quieres casarte con el hijo de Gaetano? —le había preguntado la noche antes cuando había vuelto del colegio con Donetta con un permiso especial para poder asistir a la boda.

—Ha sido amor a primera vista —había mentido Belle decidida a borrar del gesto de su hermano esas arrugas de preocupación y esa mirada de inquietud—. ¿Y cómo puedes preguntarme eso?

—No estoy diciendo que no te crea… pero me parece que todo es muy oportuno dadas las circunstancias. Quiero decir, estamos arruinados, prácticamente en la indigencia y hundiéndonos cada vez más deprisa y entonces llega Cristo Ravelli al rescate y de pronto nuestro sueño se hace realidad. No me parece real, es demasiado bueno para ser verdad. ¿Cómo es que al final has enterrado el hacha de guerra?

—¿Qué hacha?

—¿Siempre has odiado a la familia Ravelli y ahora de pronto te vas a casar con uno de ellos?

—Es tu hermano —le había recordado al adolescente.

—Es un banquero muy rico y más astuto que un zorro. Me preocupas. ¿Qué sabes tú cómo puede ser un matrimonio con un tipo como ese? —le había preguntado preocupado—. Vive en un mundo distinto.

Pero ahora mismo Cristo estaba en el mundo de Belle, pensó ella permitiéndose por fin mirar al alto y musculoso hombre que la esperaba en el altar. En sus esbeltos y oscuramente hermosos rasgos no se captaba ni un ápice de la tradicional tensión del novio. Es más, a juzgar por su gesto, perfectamente podría haber pasado por un simple invitado en la boda de otro. Inconscientemente Belle alzó la barbilla como si la hubiera desafiado; el corazón le martilleaba bajo las costillas y tenía la espalda recta y cargada de la tensión que le faltaba a él. Después de todo, apenas había dormido desde que le había enviado un mensaje con una única palabra, «sí», el mismo día que le había propuesto matrimonio en la playa.

Aceptar le había supuesto una impresionante cantidad de valor y lo había reunido solo pensando en las ventajas que le granjearía su matrimonio con Cristo y obviando los inconvenientes. Por fin su familia estaría segura, totalmente segura y a salvo, y eso era lo único que importaba, lo único en lo que se centraría. Lo que le supusiera a ella personalmente carecía de importancia y no valía nada comparado con todo lo demás.

Al fin y al cabo, nunca había estado enamorada y ahora estaba más segura que nunca de que no quería enamorarse de nadie. Sus recuerdos de la desdicha de su madre durante las largas ausencias de Gaetano seguían frescas en su memoria. Mary solo se había sentido

viva de verdad cuando él había estado cerca. Cada vez que se había marchado le había roto el corazón y la había dejado sin vida y esperando alguna que otra breve llamada mientras ella contaba las semanas y los días que faltaban para su próxima visita. Belle se había guardado uno de aquellos calendarios laboriosamente marcados y numerados como recordatorio de lo que un amor tan entregado, leal y devoto podía hacerle a la vida de una mujer. Mary había vivido para Gaetano. Ella solo quería vivir para su familia y asegurarse de que disfrutaban de una infancia mucho más feliz y más estable que la que ella había tenido.

Isa estaba pasando el verano en la casita del guarda y había insistido en que Bruno, Donetta y los mellizos se quedaran allí con ella y que Franco fuera el único que se marchara con Belle, ya que estaba demasiado apegado a ella como para estar separado.

—Aclara muy bien tu situación antes de que te lleves a los niños a Londres y tengan que cambiar de colegio y todo lo que ello conlleva —le había dicho su abuela claramente—. Sabes que no apruebo lo que vas a hacer y, si existe algún riesgo de que este matrimonio solo dure hasta que entres en razón, no deberías arrastrar a los niños contigo.

Belle había discutido con ella hasta que finalmente se había visto forzada a admitir que tenía razón. Por supuesto existía la posibilidad de que Cristo y ella no sacaran adelante su «práctico» matrimonio, pero tendría que hacer que su relación fuera un éxito antes de arriesgarse a alterar la vida de sus hermanos y llevarlos a Londres a vivir de manera permanente. Sin embargo eso era mucho pedir cuando había accedido a casarse con un completo desconocido.

Pensándolo así Belle decidió que debía de estar loca para haberlo hecho sin meditarlo más. Y no es que no hubiera reflexionado nada al respecto, simplemente había evitado plantearse los aspectos negativos. Acostarse con Cristo tenía que ser uno de los aspectos negativos más amedrentadores, pero el mero hecho de vivir con él, o con cualquier hombre en realidad, sí que sería el mayor de los retos.

Con unos glaciales ojos oscuros salpicados por el dorado del sol que atravesaba la vidriera, Cristo observó a la novia mientras esta recorría el pasillo. Estaba absolutamente increíble vestida de blanco, con esos rizos pelirrojos cayendo alrededor de sus estrechos hombros y su brillante cabeza coronada por una sencilla diadema de aljófar. La lujuria lo devoró y reaccionó apretando con fuerza su sensual boca. *Maledizione!* Estaba convencido de que nunca antes había deseado tanto a una mujer, y aun así estaba igualmente convencido de que al final terminaría resultando tan decepcionante como sus predecesoras. Por supuesto que lo haría, pensó con impaciencia y reacio al optimismo y a los cuentos de hadas, aunque al menos ya conocía lo peor de esa mujer: que era prácticamente una chantajista y una

cazafortunas. «Más vale malo conocido que bueno por conocer», se dijo con ironía porque estaba bien versado en los hábitos y necesidades de las mujeres mercenarias como ella.

La mano de Belle temblaba dentro de la suya cuando le puso la alianza. «Buena representación», pensó cínicamente aunque podía ahorrarse esa imagen de novia nerviosa con él, que era el único hombre que no se dejaba impresionar ni conmover por semejantes farsas. Pero por otro lado se estaba ganando una mujer muy bella y deseable, se recordó obstinadamente, y con ello además estaba evitando que se cumpliera la amenaza de un escándalo. Ni siquiera sus hermanos sabían lo que estaba haciendo, ya que lo último que habría querido era llevarlos hasta el escenario de las imprudentes correrías de Gaetano en esa pequeña aldea irlandesa.

Prácticamente ignoró a Belle durante el breve trayecto hasta la casa, donde se sirvió un pequeño bufet para la familia y los pocos amigos invitados. A Belle no se le había escapado el hecho de que Cristo no hubiera invitado a una sola persona y eso le molestó, la hizo plantearse si se sentía avergonzado de ella y de sus humildes orígenes y su falta de elegancia.

Estando en el vestíbulo, Bruno se acercó a Cristo.

—¿Podemos hablar? —le preguntó pálido y con gesto tenso.

Bruno era la viva imagen de Zarif de adolescente y ese parecido ya había inquietado a Cristo en su primer encuentro la noche antes. Parecía que Gaetano había estampado los genes Ravelli firmemente en toda su prole.

—¿Hay algún problema? —le preguntó enarcando una fina ceja de color ébano.

El adolescente avanzó hasta el pequeño hueco a los pies de la escalera y respondió bruscamente:

—Si le haces daño a mi hermana como tu padre le hizo a mi madre, juro que te mato.

Cristo casi se rio aunque una esquirla de compasión se clavó en su diversión al recordar sus turbulentos años de adolescencia. En cualquier caso esas palabras tenían todas las características de un discurso preparado y, tras haberlo pronunciado, Bruno se echó atrás rápidamente y lo miró con inquietud como si se estuviera esperando un ataque físico. Antes de que el chico pudiera marcharse, Cristo se dirigió a él.

—Ahora somos familia y yo no me parezco a mi padre en nada —le respondió en voz muy baja—. No tengo intención de hacerle daño a ninguna mujer.

Desde una discreta distancia, Belle los observaba. Aunque no había oído la conversación, sospechaba que Bruno habría sido muy grosero en su intento de protegerla y tuvo que reconocer con una calidez nada

familiar que Cristo parecía haber tratado a su hermano con sorprendente compasión. Al hermano de ambos, se corrigió. Aunque Cristo no estuviera preparado para admitir ese lazo de sangre, sí que había contenido su mordaz lengua y su carácter a la hora de tratar con el chico y eso era algo por lo que le estaba muy agradecida.

Una vez Bruno se alejó apresuradamente ya cumplido su objetivo, Cristo se fijó en el delgado hombre cuya mirada estaba clavada en el vibrante rostro de Belle mientras esta hablaba con las amigas de su abuela. Se puso tenso al reconocer al hijo del agente inmobiliario. Mark, el hijo de Petrie, se sentía atraído por su mujer. Su mujer. El impacto que le supuso llamarla así lo atravesó como un rayo. Se concentró en Belle y la vio quedarse paralizada en cuanto lo vio mirándola, permitiéndole así ver claramente la tensión y la inseguridad que la embargaban.

El poder dorado de la mirada de Cristo resultaba casi magnético en su intensidad y Belle no pudo más que beberse de golpe el resto de la copa de vino.

—Come algo —le dijo Isa—. No has desayunado nada.

Belle aceptó el sándwich para contentar a su abuela porque, aunque tenía el estómago vacío, esa sensación no tenía nada que ver con el hambre.

—Iré a cambiarme —dijo con inquietud y acariciando la rizada melena de Franco que estaba a su lado.

Cristo seguía en el vestíbulo apartado de la pequeña multitud.

—No es muy sociable, ¿verdad? —le susurró al oído su hermana Donetta.

Belle forzó una sonrisa maldiciendo la indiferencia de Cristo y su clara renuencia a aprovechar la oportunidad para conocer a sus hermanos pequeños.

—Es que es tímido.

—¿Tímido? —preguntó Donetta sorprendida.

—Muy tímido —mintió Belle queriendo ahorrarle esa preocupación a su hermana—. Será distinto cuando os conozca bien a todos.

Y ahora pesaba sobre sus hombros la presión de asegurarse de que todo cambiara de verdad y el desafío que se había lanzado a sí misma con ello. Cristo había crecido como hijo único y una familia del tamaño de la suya tenía que ser un impacto para su reservada forma de ser. Franco le estaba tirando de la chaqueta y mirándolo con adoración y Cristo simplemente estaba tolerando la actitud del niño; Belle se preguntó si eso era lo máximo que se podría esperar de él en lo que respectaba a los niños. ¿Y en lo que le concernía a ella? ¿También la toleraría sin más? Un escalofrío de desagrado le recorrió la espalda hasta que el cálido recuerdo de cómo había tratado a Bruno la consoló.

—¿Adónde vas? —preguntó Cristo cuando pasó por delante de él en dirección a las escaleras.

—Voy a cambiarme… para el vuelo —respondió incómoda y ocultando con las pestañas su verde mirada de inquietud.

Era su marido, por el amor de Dios, y había ordenado que tomaran un vuelo para salir de Irlanda solo horas después de la ceremonia. Se había planteado discutírselo, pero no le había visto ningún sentido a discutir lo inevitable. Había renunciado a su vida para entrar en la de él, y marcharse de casa era el primer paso del proceso.

—No. Me gusta el vestido. No te lo quites.

Atónita ante esa orden, lo miró.

—No puedo atravesar un aeropuerto así vestida.

—Tengo un avión privado y no tendremos que atravesar ningún aeropuerto. No te quites el vestido, *bellezza mia* —le ordenó posando un dedo bajo su barbilla para alzarla y obligarla a mirarlo—. Quiero ser yo el que te lo quite.

Con el rostro ardiendo y la respiración entrecortada, Belle subió corriendo las escaleras apenas capaz de dar crédito a lo que le había dicho. Había leído algunas cosas sobre las fantasías masculinas y él acababa de confesarle la suya sin ningún tipo de vergüenza. Ya estaba fantaseando con quitarle el vestido de novia y eso le daba una buena idea de cómo funcionaba la arrogante mente de Cristo. Mientras que ella estaba preocupada porque conociera y llegara a querer a sus hermanos pequeños, él solo estaba pensando en el sexo. ¿Era eso lo único que su matrimonio significaba para él? ¿El sexo y eliminar la amenaza de un gran escándalo?

Y si lo era, ¿qué podía hacer para cambiarlo? En ese momento todas las advertencias y predicciones de su abuela asaltaron su mente. ¿Y si resultaba ser un hombre cruel? ¿Infiel? Tragó saliva intentando controlar sus tumultuosas emociones. «Tú solita te has metido en esto y ahora tienes que cargar con las consecuencias», se dijo mientras comprobaba que llevaba en el equipaje lo más esencial para Franco y ella.

Franco lloró pidiendo que le sacara de su silla de camino al aeropuerto. Consciente de la irritación que Cristo no podía ocultar y con el ánimo por los suelos por haber dejado su hogar y todo atrás durante a saber cuánto tiempo, Belle intentó distraer al pequeño.

—¿Por qué tuvo tu madre tantos hijos con mi padre? —le preguntó Cristo de pronto.

—Ella siempre quiso tener una familia grande y creo que los niños eran su compensación por no ver mucho a tu padre —contestó Belle y vacilando añadió—: Aunque Gaetano no quería tener nada que ver

con ellos. Cuando estaba aquí, los niños se quedaban con Isa y a lo mejor solo lo veían en alguna ocasión durante unos diez minutos y todo se hacía muy incómodo. No le interesaban.

—Era igual conmigo y mis hermanos.

—¡Lo odiaba! —admitió Belle—. Y me sentí culpable por ello cuando murió en el accidente.

—Pues no deberías, *cara*. Era un hombre muy egoísta que vivía solo para obtener su propio beneficio y placer. No le importaba nada más.

Belle se acomodó en el opulento asiento del jet después de acostar a su hermano pequeño para que echara la siesta, y fue entonces cuando Cristo la informó de que había contratado a una niñera que los estaría esperando cuando llegaran a su destino.

—¿Y qué destino es ese?

—Italia. Os llevo a mi casa en Italia.

—Venecia… ¿Vamos a Venecia? —le preguntó emocionada.

—No, ahí es donde viven mi padrastro y mi madre. Yo heredé una casa en Umbría que ha pertenecido a la familia de mi madre durante generaciones. Siento que no sea Venecia.

—¿No se va a molestar tu madre por no haber estado en tu boda? —le preguntó con mirada de asombro y curiosidad.

—Lo dudo. Cualquier cosa que a Giulia le recuerde a Gaetano la pone de muy mal humor —admitió apretando los labios—. Nunca ha superado todo por lo que la hizo pasar. No puedes estar con ella más de cinco minutos sin que empiece a contarte cómo le robó los mejores años de su vida y se acostó, entre otras, con su mejor amiga y con su doncella…

—Por Dios bendito… —comentó Belle con la voz entrecortada ante semejante confidencia.

Durante el vuelo, incluso con el portátil sobre su regazo, Cristo comprobó cómo su atención no hacía más que desviarse del informe financiero que estaba consultando. Observaba el delicado perfil de Belle bajo sus espesas pestañas maravillándose ante sus constantes muestras de inocencia y vulnerabilidad. ¿Es que acaso debía impresionarlo eso? ¿Tan estúpido lo consideraba? Después de todo, la hija de Mary Brophy era bastante más lista que su madre porque no había vacilado en utilizar a los hijos de Gaetano como arma para enriquecerse. Pero ese concepto que tenía de ella se desvanecía cada vez que la miraba y apreciaba la intensidad de sus rizos pelirrojos contra su piel de porcelana, la claridad de sus hermosos ojos verdes y la femenina elegancia de los dedos y las uñas sin pintar que adornaban las esbeltas manos que sujetaban una revista. Siempre resultaba increíblemente natural, se dijo mientras meditaba sobre la profundidad de su fascinación y apresuradamente retomaba el informe intentando dar con la imagen de Betsy y fracasando en el intento.

La niñera, Teresa, una mujer de mediana edad con una cálida sonrisa los recibió en el aeropuerto y tomó en brazos a Franco con cariño suficiente para convencer a Belle de que su hermano pequeño recibiría las mejores atenciones. Aunque qué era lo que pretendía Cristo que hiciera mientras alguien más cuidaba de su hermano era algo que desconocía. Después de conducir kilómetros de tierras de cultivo el sol empezaba a caer cuando la limusina comenzó a subir una carreteras de montaña con curvas muy cerradas que los obligaron a aminorar la marcha.

—Parece como si estuviéramos viajando hasta el fin del mundo —comentó Belle.

—Por lo que respecta a mi madre, el Palazzo Maddalena, que recibe su nombre de una de sus antepasados, bien podría serlo. Nunca ha sido de su estilo.

Y mientras el coche recorría lentamente el trayecto hacia el impresionante edificio de piedra que presidía la cima de las colinas, Belle supo que tampoco era del suyo, y su corazón y su coraje se hundieron en lo más hondo. Por primera vez supo con certeza lo que suponía estar casada con Cristo y la pequeña cuyo anterior hogar había sido una casa diminuta estaba lista para resurgir de nuevo porque la mujer adulta había quedado subyugada por el tamaño y la grandiosidad de la propiedad que tenía frente a sí. Unas vetustas piedras revestían el palazzo de tres pisos que tenía elegantes alas extendiéndose a cada lado. Unos elaborados jardines terraplenados se extendían colina abajo frente a ella, y por detrás de la enorme construcción se alzaban las imponentes cumbres nevadas de los Montes Sibilinos.

Pálida como un fantasma, Belle salió del coche con su hermoso rostro paralizado y su vestido de novia reluciendo inquietantemente bajo el crepúsculo. Cristo la miró con una satisfacción que lo desconcertó. Su esposa y su casa, donde era libre para ser él mismo. Sin embargo, la tensión de Belle no era ninguna sorpresa porque Cristo estaba convencido de que sabía muy bien por qué habría preferido Venecia. ¿De qué servía casarse con un multimillonario si no podías disfrutar de las lujosas ventajas que iban con el anillo de boda? En Venecia podría haber ido a fiestas con las ricas y famosas amigas de su madre y de compras por las boutiques y joyerías más caras. Un palazzo ancestral en las montañas no era nada en comparación.

—Es un lugar genial para una luna de miel —la informó Cristo con cierto gesto de diversión en su penetrante mirada.

¿Luna de miel? De acuerdo, sí, se habían casado, pero ¿por qué se estaba riendo de ella? ¿Es que él también veía el ridículo abismo entre un chico criado en un palacio veneciano y la hija de un ama de llaves? ¿Cómo no iba a hacerlo? Un intenso rubor de vergüenza tiñó su tez al

entrar en el enorme *palazzo*. Sabía que el tiempo corría. Habían cenado en el avión, así que ni siquiera la necesidad de comer podía prolongar la espera hasta la noche que tenía por delante. «Espabila», se dijo. Ese era el trato al que habían llegado, era el acuerdo que aseguraría que sus hermanos recibieran todo lo que debería ser suyo por derecho. Crecerían a salvo y protegidos como miembros de la familia Ravelli y nadie podría burlarse ni mofarse de ellos. Recibirían la mejor educación y las mejores oportunidades para enfrentarse a la vida adulta, y ya jamás tendrían que preocuparse por de dónde sacar el siguiente plato de comida. Mientras enumeraba los muchos beneficios de haberse casado con Cristo Ravelli, su respiración se iba calmando.

Franco se agarró a su vestido mientras subían las escaleras y el criado que los había recibido les mostró primero la habitación del niño, donde la niñera intentó tomarlo en brazos. Pero al pequeño no le gustaban los sitios extraños y empezó a sollozar y a agarrarse a su hermana hasta que hizo falta que Cristo los separara.

—Beso —balbuceó Franco medio sollozando y casi a punto de sonreír a Cristo hasta que este se lo entregó a la niñera y el pequeño alargó los brazos hacia Belle con desesperación.

Belle hizo intención de acercarse, pero Cristo la detuvo posando una mano en su brazo.

—Es nuestra noche de bodas —le recordó rotundamente y la sequedad de su tono la desconcertó.

En su opinión solo la gente que se amaba debía tener noche de bodas, pero eso no era a lo que se había comprometido, se recordó mientras Cristo la conducía por el pasillo y abría la puerta de un enorme dormitorio. Al verlo, y a pesar de su nerviosismo, un inmenso deseo comenzó a tomar forma en su interior.

Centró su atención en la gigantesca cama de cuatro postes y allí se quedó inmóvil como si la hubieran sujetado con un candado. De pronto estaba lamentando la timidez y la desconfianza que la habían mantenido alejada de la cama de otros hombres porque un poco de experiencia en el terreno sexual le habría venido muy bien en ese momento en el que la ignorancia era más como una amenaza.

Cristo rodeó su rígida figura por detrás y el aroma de él la devoró. Qué bien olía, una mezcla cítrica y masculina que fue como una bomba para sus sentidos. Se le aceleró el corazón mientras él le apartaba el pelo de los hombros y se agachaba para besarle la nuca. Notaba su torso contra su espalda tan sólido como una roca y un poco más abajo, contra sus nalgas, estaba empezando a captar su excitación. Y aunque estaba cada vez más nerviosa, no pudo evitar sentirse complacida por ejercer tanta influencia sobre un hombre que solía expresar tan poco lo que sentía y que había estado en el altar de

la capilla como si fuera un mero espectador muerto de aburrimiento.

—Me encantas con este vestido, *gattina mia* —susurró contra su piel y hundió la boca en un lugar que ella desconocía que pudiera ser tan sensible. Cada célula de su cuerpo se tensó mientras él bañaba su piel con la punta de su lengua y la acariciaba con el borde de los dientes en un gesto increíblemente sexy que, ni mucho menos, se podía haber esperado de Cristo Ravelli. Ya estaba temblando, notaba un hormigueo en los pezones y una resbaladiza calidez iba en aumento entre sus muslos. Una pizca de aire fresco rozó su espalda y al momento su vestido de boda se deslizó por sus brazos sin previo aviso. Emitió un pequeño grito de sorpresa y diez segundos más tarde el vestido se amontonaba alrededor de sus pies. Él la giró y, rápidamente, le tomó las manos antes de que Belle pudiera hacer cualquier intento de cubrirse la ropa interior de encaje que llevaba debajo. Su oscura mirada salpicada de un ardiente tono dorado recorrió las voluptuosas curvas de sus pechos cubiertos por el sujetador y fue deslizándose hasta su afilada cintura y sus contundentes caderas antes de llegar a esas largas y torneadas piernas.

—Sin duda la espera ha merecido la pena —le dijo Cristo con ardiente convicción en cada una de las sílabas que pronunció—. Eres preciosa, *cara*.

Belle tomó aire y entonces él la besó con un calor y una fuerza que la consumió. Acarició el borde de sus labios, los separó y se hundió entre ellos haciendo que un escalofrío de excitación la recorriera y la impactara. Sí, como había visto antes, Cristo sabía cómo besar, y tener su boca sobre la suya resultaba algo profundamente adictivo y embriagador. La provocó con las caricias de su lengua y ella tuvo que admitir que el estirado banquero al que había detestado la estaba seduciendo de manera más que eficiente. Entrelazó los dedos entre el denso pelo negro de su nuca y a él se le escapó un gemido de placer. Al instante la levantó del suelo y la llevó a la cama.

Belle lo miraba cada vez más nerviosa mientras él se desvestía despojándose de la corbata, la chaqueta y los zapatos con una delicadeza que la halagó. Con esa abrasadora mirada dorada clavada en ella tan intensamente como si fuera la misma Helena de Troya, se dio cuenta de que debía de encontrarla muy atractiva y, cuando Cristo se quitó la camisa y dejó ver unos perfectos abdominales y un torso digno de la portada de una revista, se le secó la boca porque por primera vez estaba ante un cuerpo masculino. A cada movimiento que hacía sus músculos se flexionaban bajo una suave piel dorada. Una fina hilera de vello oscuro corría bajo su ombligo y desaparecía tras la cintura de su pantalón, que al momento empezó a quitarse dejando al descubierto unas prietas nalgas y… un impresionante bulto en la parte delantera de los calzoncillos.

En ese instante todas sus preocupaciones concernientes al tema de la virginidad salieron a la superficie. ¿Tenía que ser tan grande? ¿Era normal?

Cristo se preguntó por qué se habría puesto tan colorada. Nunca había visto nada tan hermoso ni más satisfactorio que la imagen de esa mujer sobre su cama ataviada únicamente con una delicada lencería de encaje. Se quitó los calzoncillos; estaba preparado para el clímax que su cuerpo tanto anhelaba.

Impactada al verlo, Belle retrocedió hacia el cabecero de la cama mientras que él no parecía tener la más mínima inhibición en lo que concernía a su cuerpo. Ella bajó las pestañas para ocultar su expresión mientras un calor y un intenso deseo que no reconoció de inmediato serpentearon hasta los rincones más secretos de su cuerpo.

—Estás muy callada —le dijo Cristo llevándola hacia sus brazos y desabrochándole el sujetador.

—Y tú estás muy… decidido —dijo eligiendo la palabra cuidadosamente porque lo que le parecía era más bien una bala apuntando su objetivo.

—He tenido tres semanas para pensar en este momento —susurró con gravedad—. Tres semanas demasiado largas… Te llevo deseando desde la primera vez que te vi.

—¿Cuando creíste que era mi madre? —comentó con incredulidad.

—Estabas cruzando el césped con el perro y siendo exactamente tú misma —le contestó levantando unas manos casi reverenciales hacia los pálidos pechos que había descubierto y recorriéndolos con unos largos dedos—. Eres absolutamente magnífica, *cara mia*.

Ella respiraba entrecortadamente mientras él jugueteaba con sus tersos pezones, pellizcándolos y haciendo que llamaradas de fuego descendieran hacia su pelvis. Deslizó las manos sobre su tembloroso cuerpo.

—¿Tienes frío? —le preguntó sorprendido.

—Solo estoy un poco nerviosa —respondió con la voz estrangulada cuando él apoyó la mano sobre la cara interna de su muslo y enganchó un dedo bajo el borde de encaje de sus braguitas. Comenzó a acariciarla, haciendo que una corriente de cálido cosquilleo le recorriera las venas.

Le alzó la cara con la otra mano y sus dorados ojos la asaltaron.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—No he hecho esto nunca antes.

—Conmigo.

—¡Con nadie!

Cristo se quedó paralizado a mitad de quitarle la última prenda que la cubría.

—¿Estás intentando decirme que eres virgen?

Un intenso rubor de vergüenza tiñó su clara piel como una llama y, al no poder reunir voz suficiente, se vio obligada a asentir con la cabeza.

—¿Y no es una broma? ¿No será una invención porque creas que así me estarías dando una fantasía de noche de bodas?

Belle lo miró desconcertada intentando imaginar cómo podía llegar a pensar semejante cosa.

Cristo se topó con esos claros ojos verdes y descartó sus planes de un maratón de sexo para su noche de bodas. No, Belle no podría soportarlo. Una virgen. Ahora estaba convencido de que no le estaba mintiendo, además de tremendamente impactado porque no era lo que se había esperado de ella y no sabía si le gustaba o no la idea.

—No, ya veo que no es una broma, *cara* —dijo para sí.

—Estás decepcionado, ¿verdad?

—No, no lo estoy. Eres mi mujer —señaló con una repentina sensación de satisfacción ante el hecho de que ella no pudiera llegar a compararlo nunca con ningún otro hombre en la cama, de que no pudiera saber nunca otra cosa que no le hubiera mostrado él. Saberlo hizo que un sentimiento de posesión que nunca antes había tenido lo recorriera.

—No sé por qué eso cambia las cosas. No soy lo que esperabas —protestó Belle.

Tenso de excitación, Cristo se cansó de hablar. Besó el delicado hueso de su mandíbula y después tomó su carnosa boca con desesperación antes de bajar hasta sus pechos y seguir besándola pasando por su cintura y hasta llegar a su zona más íntima. Hundió un dedo en su interior y ella alzó las caderas. Cristo sonrió y le separó los muslos para seguir con la caricia.

—No… no —empezó a decir ella intentando apartarse.

Tras ver la consternación de su verde mirada, Cristo emitió un reconfortante sonido que estaba seguro que nunca antes había hecho en un dormitorio.

—Confía en mí. Cuidaré de ti.

Belle apoyó la cabeza contra la almohada y cerró los ojos con fuerza temblando con una mezcla de vergüenza, cosquilleo y deseo sexual. Cuando la tocó, ella dejó escapar un fuerte gemido y, cuanto más la mordisqueaba, la lamía y atormentaba, más se excitaba Belle perdiendo el control y moviéndose en un nuevo y frenético ritmo como un instrumento tocado por unas manos expertas. De sus labios salían sonidos y gemidos incomprensibles mientras se retorcía. Ese insoportable anhelo iba in crescendo y todo su ser se desesperaba por alcanzar el clímax.

Y fue entonces cuando Cristo se alzó y se adentró en su resbaladizo y húmedo cuerpo. Ella abrió los ojos de par en par ante esa

impactante sensación que de pronto la llenó.

—Esto puede doler —le dijo con delicadeza.

—Lo sé… —respondió ella entrecortadamente—. No soy una cría.

Por primera vez en su vida Cristo estaba más preocupado por su compañera que por él mismo, lo cual le hizo sentirse raro.

—Estás muy tensa —le dijo flexionando las caderas e inclinándose antes de hundirse más en ella provocándole un punzante y fugaz dolor que la hizo estremecerse.

—No duele demasiado —señaló temblorosa—. Hazlo y ya está.

«¿Hazlo y ya está?». Cristo se rio a carcajadas y sonrió ante su gesto de preocupación. Ella lo miró sacudida por su oscura belleza que ahora lucía una brillante sonrisa que no había visto antes. Y entonces él se apartó y volvió a entrar en ella hasta que una fuerte sensación estalló en el interior de Belle como si fueran fuegos artificiales. La deliciosa fricción mientras sus caderas se rozaban y la velocidad de sus movimientos la consumieron de excitación. Era una sensación eléctricamente intensa y apasionada… tal como lo era él. Eso fue lo que pensó Belle cuando su cuerpo se tensó y se cerró alrededor de Cristo a la vez que una cascada de placer la llevaba hasta un clímax tan poderoso que se sintió completamente vacía después, aunque también llena de una sensación de bienestar.

—Bueno, sin duda merecía la pena casarnos por esto, *bellezza mia* —le susurró Cristo al oído—. Puede que seas una chantajista y una cazafortunas, pero eres fabulosa en la cama.

Belle abrió los ojos de par en par y de pronto estaba apartando de su lado esos musculosos y bronceados hombros sin poder creer lo que acababa de oír.

Salió de la cama y corrió al cuarto de baño en busca de un arma de destrucción masiva, pero allí no había ni pistolas, ni fustas, ni nada con lo que poder atacarlo tanto como le estaba reclamando su orgullo. Desesperada llenó un vaso de agua, volvió al dormitorio y se lo echó encima.

Asombrado, él se incorporó en la cama, pero verlo tan extraordinaria e irresistiblemente guapo con esa piel dorada, esos ojos brillantes y ese pelo negro alborotado no hizo otra cosa que enfurecerla más.

—¿Qué demonios…? —preguntó Cristo secándose el agua de la cara.

—No te atrevas a hablarme así, ¡cerdo! —le gritó su esposa como una arpía en sus peores pesadillas.

—¿Hablarte…? Ah, ¿es que no te ha gustado que sea sincero?

—¡No soy ni una chantajista ni una cazafortunas! —le contestó furiosa—. ¿Cómo te atreves a acusarme de eso?

Cristo le lanzó una mirada burlona.

—Odio a las mujeres teatreras.

—¿Crees que me importa? ¿Crees que voy a volver a meterme en la cama contigo después de lo que me has llamado? —gritó en el dormitorio tan indignada que apenas le salían las palabras.

Cristo se dejó caer contra las almohadas aparentemente nada preocupado por la amenaza.

—Creo que lo harás porque, si no, te pediré el divorcio —le dijo sin vacilar.

—Pues muy bien… ¡Quiero el divorcio! —le gritó antes de volver a entrar en el cuarto de baño y cerrar la puerta echando el pestillo.

«Vaya, ¿qué bien has manejado la situación, eh?», pensó Cristo bastante impactado consigo mismo por haber mostrado sus opiniones. Después de todo no es que fuera así de sincero de manera natural. Es más, era un hombre de pocas palabras que se guardaba sus opiniones, pero de algún modo algo en esa fantástica experiencia sexual había discrepado con la opinión que tenía de ella y al final había terminado lanzando sus juicios en voz alta. ¿De verdad había querido que supiera lo que pensaba?, se preguntó. ¿Había querido que ella le demostrara que se equivocaba o que se esforzara por cambiar hasta resultarle más aceptable? ¿Y por qué se estaba planteando ahora todo eso? Había dicho exactamente lo que había pensado y no iba a retractarse ni a disculparse por decir la verdad tal cual la veía.

# Capítulo 6

Casi dos horas después, Cristo observaba la cama vacía como si por hacerlo fuera a conjurar por arte de magia la presencia de Belle. Estaba apretando tanto sus blancos y perfectos dientes que le dolía la mandíbula. Había ido a ducharse a otra habitación para darle tiempo a calmarse, pero Belle, con lo impulsiva e impetuosa que era, evidentemente había salido del baño y se había marchado. ¿Pero adónde? Eran las once de la noche y el *palazzo* se encontraba a varios kilómetros de la carretera principal.

Cristo exhaló con un audible silbido. Lo había estropeado todo espectacularmente y, para tratarse de un hombre tan reservado y que rara vez calculaba mal con las mujeres, reconocerlo resultaba exasperante. ¿Por qué le había dicho lo que pensaba de ella y en esos términos? No poder responder a la pregunta no hizo otra cosa que enfurecerlo más. Era su noche de bodas y su novia había huido; no es que fuera un comienzo muy prometedor y para Cristo, que era un perfeccionista irremediable, eso era como una bofetada en la cara y un recordatorio nada grato de que no era más que un humano y que los humanos cometían errores.

En el último nivel del jardín escalonado de la colina Belle levantó las piernas sobre el banco de piedra intentando encontrar una postura cómoda en una superficie tan dura. Por desgracia no se le había ocurrido ningún otro sitio al que ir y mucho menos iría a la enorme casa en lo alto de la colina con sus inmensas y recargadas habitaciones, donde se había sentido como una doncella antigua vagando ilícitamente fuera del alojamiento de los sirvientes. «Oh, abuela, ¿por qué no te escuché?», pensó con febril pesar y odiándose a sí misma.

Se había casado con un hombre que claramente la detestaba y lo peor de todo era que se había acostado con él y que esa era la peor manera de traicionarse a sí misma. Las lágrimas le caían por sus temblorosas mejillas porque nunca se había sentido tan sola, al menos no desde su adolescencia, cuando había sido víctima de horrendas burlas. Ahora se sentía atrapada por el matrimonio y por las promesas que les había hecho a sus hermanos sobre la nueva maravillosa vida que los aguardaba. No podía marcharse de allí sin más; no era tan sencillo. Decirle que quería el divorcio había sido una pura

fanfarronería y lo más probable era que él lo hubiera reconocido como tal.

Cristo Ravelli. Ningún otro hombre había calado en ella tan hondo, ninguno le había despertado sensaciones, pensamientos y reacciones que escapaban a su control. Se había embobado con él, física y mentalmente, y como resultado había actuado con él como su madre con Gaetano, incapaz de mantener las distancias y sin tener en cuenta las consecuencias de la relación. ¿Cómo iba a tener una relación seria con Cristo? Estaba a años luz de ella en cuestión de sofisticación. Era un Ravelli, enseñado desde la cuna que era un ser superior. Se abrazó a sus rodillas y meció las caderas contra la piedra en un movimiento inconsciente con el que se calmó mientras juntaba las manos y contenía las lágrimas.

Bueno, ahí terminaba el encaprichamiento. Él lo había aniquilado de raíz. Lo odiaba, lo odiaba por lo que le había dicho después de usar su cuerpo para su propio placer. Aunque sí, de acuerdo, ella también había recibido placer, pensó con culpabilidad. No podía fingir haber sido una compañera reacia o poco dispuesta en lo que había sucedido, pero tampoco es que hubiera estado preparada para ese grado de pasión o placer. Se había imaginado que en el dormitorio los aguardaba algo mucho menos excitante.

Afortunadamente era una noche despejada, pensó Cristo de mala gana y bajando la multitud de escalones de los jardines. Estaba de un humor de perros. Haber tenido que decirle a Umberto que su mujer había desaparecido lo había avergonzado, pero si no podía encontrar a Belle sabía que llamar a la policía sería mucho más embarazoso. Por otro lado, tampoco sabía qué iba a decirle si finalmente la localizaba. ¿Debía mentir y fingir que no había querido acusarla de ese modo? ¿Debía disculparse por haberle dicho la verdad? Que lo maldijeran si tenía que disculparse cuando lo estaba obligando a registrar toda su propiedad en plena noche para encontrarla. *Dio mio!* Estaba claro que le preocupaba. ¿Y si se había tropezado y había caído por la colina? ¿Y si había llegado a la carretera comarcal y se había subido al coche de algún violador o pervertido? Su temperamento podía llegar a obligarla a hacer algo peligroso, pensó adustamente, y de pronto su imaginación lo llevó hacia lugares donde nunca antes había estado. Y entonces oyó un ruido, el sonido de unos pies arrastrándose por la arena.

—¿Belle?

Consternada al oír la voz de Cristo, volvió al banco de piedra apretando los labios con fuerza, pero él seguía llamándola y su silencio comenzó a resultar infantil y egoísta hasta que al final separó

los labios para gritar:

—¡Lárgate!

Una sensación de alivio invadió a Cristo. Estaba a salvo y, sin duda, vivirían muchas otras peleas, pensó con una satisfacción que le extrañó y sacudió su fuerte y alto cuerpo. Siguió la voz hasta el lugar de donde provenía: el cenador situado a los pies del jardín junto a una escarpada cascada construida en el siglo XVII. Al doblar la esquina de uno de los muchos caminos la vio allí sentada en la oscuridad con sus largas piernas extendidas sobre el banco de piedra y con el brillo de la luna reflejado en sus ojos.

—Estaba preocupado por ti —le dijo deteniéndose a unos metros de los escalones del cenador, espantosamente seguro de sí mismo—. No has respondido al móvil.

—No lo llevo encima y seguro que tampoco estabas tan preocupado por mi bienestar —comentó Belle bruscamente al fijarse en lo increíble que estaba con esos vaqueros desteñidos, esa camiseta y unas sandalias de cuero—. No, después de cómo me has hablado.

—Lo he dicho en el momento equivocado y en el lugar equivocado —admitió Cristo subiendo los escalones para descolgar el encendedor de la pared y encender la gruesa vela situada en el centro de la mesa de piedra.

Nada reconfortada por su regreso, Belle alzó la barbilla cuando la vela iluminó los hermosos y oscuros rasgos de Cristo, que la miraba desde el otro lado de la mesa.

—Pero claramente era lo que pensabas… ¿Chantaje?

—Ya te he dicho que a otras personas les resultaría terriblemente embarazoso que llevaras una historia así a los tribunales por el bien de tus hermanos —le recordó Cristo con terquedad—. Me dijiste que no te importaba.

«Tus hermanos», había dicho sin incluirse, y para Belle resultó exasperante porque estaba claro que seguía negando los vínculos.

—¿Por qué iba a importarme? Ni a tus hermanos ni a ti os importan ellos.

—Nik y Zarif ni siquiera saben de la existencia de tus hermanos —señaló—. A Nik no le gustan los niños de todos modos y para Zarif la noticia de que durante todo el matrimonio de sus padres Gaetano estuvo acostándose con otra mujer y teniendo un montón de hijos con ella sería destructora y muy dañina. Es el nuevo rey de Vashir.

Belle volteó la mirada nada impresionada o, al menos, intentando no mostrarlo.

—Lo sé.

—Vashir tiene una sociedad muy conservadora y el comportamiento de Gaetano provocaría un enorme escándalo allí que acabaría con su imagen por considerar que podía ser como su padre. Todo gobernante

tiene sus opositores y eso lo utilizarían contra él para recordarle a la gente que su padre era un extranjero con un estilo de vida sórdido e impío. Y no se lo merece. Al igual que todos nosotros ha pagado el precio de tener a Gaetano como padre cuando era niño —la informó con gesto adusto—. Me ofrecí a casarme contigo y adoptar a esos niños para evitar todo esto precisamente.

—Pero eso no me lo dijiste, así que ahora no puedes esperar que sea compasiva —le contestó rotundamente—. No solo está fuera de lugar que me llames chantajista, sino que además ¡es muy injusto cuando eso no me lo contaste en un primer momento!

Ante tan enérgica respuesta, Cristo apretó los dientes de nuevo y se mantuvo en silencio.

—¡Y no te he chantajeado! —exclamó Belle levantándose para bajar los escalones antes de darse la vuelta y pillarlo mirándola, fijándose en sus esbeltas proporciones ataviada con esos vaqueros cortos y la camisola que llevaba—. Está claro que mis planes de ir a los tribunales te pusieron entre la espada y la pared, pero ¡fuiste tú el que tomó la decisión de proponerme matrimonio!

Con sus fuertes rasgos bajo la luz de la vela, Cristo la miraba con gesto amenazador.

—Sí, lo hice, pero incluso ahora sé que tus planes de ir a juicio les habrían hecho a esos niños más daño del que podrías imaginar.

—¡No sabes de qué hablas!

—Sé muy bien de qué hablo, es más ¡nadie lo sabe mejor! —contestó con inesperada crudeza y los ojos brillando como estrellas—. Gaetano arrastró a mi madre hasta los tribunales en un supuesto intento de quedarse con mi custodia cuando era pequeño aunque, por supuesto, lo que quería era sacar más beneficio del divorcio. No me quería a mí, nunca me quiso. Todos los sucios secretos del matrimonio de mis padres salieron a la luz durante el juicio y llenaron portadas por toda Europa. De hecho, aún puedes encontrar titulares por Internet. ¿De verdad crees que esos niños te darían las gracias ahora o de aquí a unos años por ver la vida privada de sus padres expuesta en todos los periódicos y páginas de Internet?

Belle no había pensado en ello y tragó saliva con dificultad.

—Está claro que no quería tu caridad cuando los niños tienen derecho legal a su parte.

—No habría sido caridad.

—¡No, pero tú habrías estado comprando mi silencio y el suyo! —le respondió furiosa—. He visto lo que hiciste en el pueblo. Todos subidos al carro de los Ravelli para callarles la boca y que no dijeran nada ni sobre Gaetano, ni sobre Mary ni sobre los niños.

—¿No te subiste tú al mismo carro con una alianza de boda? —le preguntó Cristo con abrasadora mofa.

—No, ¡claro que no lo hice! —le contestó encendida de ira—. Porque independientemente de lo que pienses, ¡no soy ni una cazafortunas ni una arribista! ¡Me he casado contigo por el bien de mis hermanos para que nunca tengan que pasar por lo que pasamos Bruno y yo!

—¿Y por qué pasasteis? —le preguntó Cristo con impaciencia.

—Cuando mi madre comenzó su aventura con Gaetano y después dio a luz a Bruno, creo que la gente hizo la vista gorda porque todos sabían lo mucho que había sufrido con mi padre hasta que murió —respiró hondo a la vez que el dolor y la vergüenza recorrían su esbelto cuerpo—. Por aquel entonces, los del pueblo sentían lástima por ella porque mi padre fue un borracho maltratador.

—¿Y después? —Cristo tenía la atención fija en su hermoso rostro y en el brillo de sus enormes ojos verdes.

—Y después la cosa se puso fea porque mi madre siguió su aventura con Gaetano y siguió teniendo hijos. Todo el mundo sabía que Gaetano tenía una esposa y decidieron que mamá era una desvergonzada y una fresca y dejaron de hablarle y de atenderla en algunas tiendas del pueblo —recordó con tristeza—. Como vivía en la casa del guarda fuera de la aldea y compraba en otros sitios, esa hostilidad no llegó a alcanzarla del todo… pero yo iba al colegio local con los hijos de todos esos padres tan críticos…

Su voz se apagó momentáneamente, pero la recuperó al momento para compartir con él un recuerdo; tenía la mirada perdida mientras hablaba, como si se hubiera alejado kilómetros y en cierto modo así era porque se sentía como si estuviera allí, entrando en una clase como una adolescente vulnerable y soportando cómo un puñado de chicas la llamaban «zorra» solo porque todo el mundo sabía que su madre acababa de dar a luz a dos niños más de su amante casado con otra. Nadie había intervenido cuando la acosaban porque era de sobra conocido y aceptado que Mary Brophy era una mujer perversa que criaba a sus hijos en un hogar degenerado, donde las reglas básicas de la moral y la decencia se quebrantaban de manera habitual.

—Quitando a Mark, nunca he tenido amigos —admitió brevemente —. Las demás madres no dejaban que sus hijas se juntaran conmigo ni vinieran a mi casa. La cosa empeoró según fui creciendo porque entonces además de insultarme, los chicos intentaban acercarse a mí… bueno, ya sabes con qué propósito…

Cristo, criado desde muy pequeño en una ciudad donde se vivía en el anonimato, se quedó verdaderamente impactado por lo que estaba contándole. No había llegado a sospechar la extrema rectitud moral de una pequeña comunidad rural en la que esos que desafiaban la opinión pública y rompían las reglas podían verse castigados con la exclusión.

—No quería que mis hermanos pasaran por lo mismo.

—Está claro que no, *cara* —murmuró Cristo con pesar y de pronto entendió una muy buena razón por la que su mujer era tan inexperta: obviamente se había negado a sí misma cualquier relación porque dar rienda suelta al deseo podía haberla etiquetado como la sucesora de su madre—. ¿Y Bruno?

—Ya te lo contaré en otro momento, pero a él también lo acosaron. Por eso los mandamos a Donetta y a él a un internado.

—¿Vas a volver a la casa? —le preguntó Cristo en el silencio que había caído sobre los dos—. Son las dos de la mañana.

Belle rezó por no perder la calma mientras se alejaba del cenador.

—Has sido muy ofensivo e insultante… y también me has faltado al respeto.

—*Sì, bellezza mia*, pero es posible que la sinceridad absoluta sea el mejor modo de afrontar un matrimonio como el nuestro —le respondió Cristo pensativo.

Belle le dio vueltas a esas palabras mientras subía otro tramo interminable de escalones. Toda la emoción y actividad del día le estaban pasando factura y el agotamiento pudo con ella.

—Pero no te he perdonado —se apresuró a decirle, no fuera a ser que él se pensara que todo estaba olvidado cuando no era así.

Tras verla agitar ligeramente la bandera de la paz, Cristo rodeó su esbelta espalda para guiarla por la empinada cuesta.

—De acuerdo.

Se sintió sorprendentemente optimista mientras la conducía de vuelta a su dormitorio. Bajo la luz, podía ver las marcas de sus lágrimas sobre su rostro y se le removió la conciencia. Ella era mucho más sensible que él y eso le inquietaba. Jamás olvidaría la expresión de dolor cuando le había contado lo del acoso escolar. A su parecer, su madre había sido tan egoísta como su padre, aunque sabía muy bien que ese pensamiento no debía compartirlo con ella.

Al mismo tiempo, no podía dejar de impresionarle lo protectora que era con sus hermanos. Nunca había conocido la unión familiar, nunca había visto que el amor pudiera unir tanto a una familia, y no podía evitar preguntarse lo distinto que sería él de haber vivido una experiencia similar. A pesar del dolor que Gaetano les había causado a los hijos de Mary Brophy, todos permanecían muy unidos.

—No pienso meterme en la misma cama —dijo Belle tras dar un paso dentro del dormitorio.

—No soy tan insensible. No pensaba acercarme a ti.

A Belle le escocían los ojos por el calor de las lágrimas que se esforzaba por contener.

—Lo sé, pero necesito mi propio espacio durante un tiempo —respondió con tirantez.

Cristo vio su palidez y la tristeza de su hermoso rostro y apretó los labios sabiendo que no quería que estuviera lejos de él y, peor aún, que tenía la inquietante necesidad de tenerla muy cerca.

—Preferiría que te quedaras conmigo.

Escasos minutos después, y tras haber ganado la última batalla, Belle se dejó caer pesadamente en la cómoda cama de la habitación contigua y bajó las pestañas sobre sus húmedos ojos. Había querido estar con él, pero se había negado esa opción porque el sentido común le había dicho que estaría mal. Que estaría mal dejar que Cristo pensara que podía hacer y decir lo que quisiera sin tener consecuencias, que estaría mal dejar que le hiciera daño y después actuar como si no hubiera pasado nada dándole pie a pensar que podía volver a hacerlo sin más. ¿Chantajista, cazafortunas? ¿Podía refutar esas sospechas? ¿Y debería querer hacerlo? ¿De verdad importaba? Después de todo, el suyo era un matrimonio de conveniencia y simplemente tenía que aprender a controlar mejor sus emociones y dejar de buscar respuestas que probablemente no recibiría. No podía permitirse empezar a preocuparse por un hombre al que no le importaba, pero, independientemente de cualquier otro factor, estaba totalmente decidida a que, como poco, Cristo la respetara.

Cristo no podía dormir y emitió un gruñido. Sabía que Belle estaba tratándolo como ella trataba a Franco, con ese enfoque de «no es no» y la retirada de privilegios hasta que se portara mejor. En la oscuridad, de pronto se sorprendió cuando se le escapó una carcajada. Le había lanzado un desafío. Ninguna mujer le había hecho eso nunca y le molestaba admitir que verdaderamente admiraba su valor.

A la mañana siguiente, Cristo se despertó cuando algo rebotó con fuerza en la cama y abrió los ojos con la luz del alba atravesando las cortinas.

—¡Beso! —canturreó Franco mirándolo expectante bajo su mata de rizos negros—. ¿Belle?

—Belle está dormida —respondió Cristo sujetando con más fuerza la sábana alrededor de su cuerpo desnudo mientras el pequeño se echaba sobre él.

—*¿Detayuno?* —le preguntó el pequeño esperanzado y recostándose sobre él con los ojos como platos.

Preguntándose dónde estaba la niñera, Cristo le prometió que desayunarían y Franco sonrió. Se quedó asombrado cuando el pequeño lo rodeó por el cuello y le plantó un pegajoso beso en la cara. El niño lo acompañó hasta el cuarto de baño parloteando sin parar y usando muy pocas palabras reconocibles. Cristo se duchó y se afeitó

mientras el niño jugaba con el contenido de los cajones y los armarios armando un buen revuelo. Mientras se vestía, Franco jugaba debajo de la cama sin dejar de repetir «*Detayuno*, beso».

El pequeño le dio la mano al salir del dormitorio y en ese mismo momento la alterada niñera apareció varias puertas más al fondo del pasillo.

—Lo siento mucho, señor Ravelli. He estado buscándolo por todas partes. Ha desaparecido mientras yo estaba en el baño —le dijo Teresa.

—Relájate. Me aseguraré de que desayune.

—*Detayuno* —repetía Franco sin cesar sin soltarlo de la mano y dando saltas de alegría. Al verlo, Cristo no tuvo más remedio que reconocer que el afecto y la vivacidad del niño tenían su encanto.

En el comedor, Umberto preparó una antigua trona de madera para Franco y Cristo le pidió que se asegurara de comprar una nueva con arnés porque el niño era muy revoltoso y se había salido varias veces de la cuna. Todo lo que Cristo comió lo quiso comer también Franco armando un buen desastre en la mesa. Cuando tiró un pedazo de tomate, Cristo le regañó y Franco se echó a llorar justo en el instante en que Belle entró en la sala.

—Oh, Dios mío, ¡no sabía que estaba contigo! —dijo consternada.

—Es un pequeñajo muy testarudo —comentó Cristo por encima del estruendo que estaba organizando—. Le he regañado por tirar la comida.

—Pues entonces no hay abrazo —le dijo Belle cuando el niño estiró los brazos hacia ella para que lo reconfortara—. Sabes que no puedes tirar la comida.

Franco se enfurruñó al ver que sus quejas eran ignoradas y al final acabó comiendo.

Belle sonrió a Cristo.

—Gracias por cuidar de él.

El esplendor natural de su sonrisa le arrebató el aliento y él estrechó su oscura mirada como agradecimiento a sus palabras. Era primera hora de la mañana y, por lo que podía ver, a pesar de no llevar nada de maquillaje, Belle estaba impresionante, con una piel de porcelana y translúcida sonrojada y salpicada de pecas, unos brillantes ojos verdes y una melena que se enroscaba alrededor de sus esbeltos hombros como si cada rizo caoba tuviera vida propia.

—También es mi hermano —murmuró con ironía—. Y menuda pieza está hecho.

—Sí, es verdad… demasiado para Isa —complacida de que, por fin, hubiera admitido que Franco también era hermano suyo, lo miró intentando no hacerlo, pero incapaz de resistirse a la tentación. Recorrió la línea de sus altos pómulos, su nariz perfectamente recta y

su ancha boca. Eran los rasgos perfectos de un ángel caído que la cautivaban siempre. Una ráfaga de calor tensó sus pezones y descendió hasta su pelvis en un gesto de traición que no pudo detener. Tuvo que admitir muy a su pesar que seguía encontrándolo irresistiblemente atractivo.

El estrépito de las hélices de un helicóptero cerca de la casa hizo que Cristo se extrañara y se levantara de inmediato para ir hacia la ventana. Aún masticando su tostada, Belle lo siguió.

—¿Qué pasa?

—Creo que ha llegado el momento de presentarte a uno de mis hermanos —murmuró con voz tensa—. Nik. No se lo tengas en cuenta si es brusco contigo. Está pasando por un divorcio muy duro y está muy alterado.

—No os molestaré mientras os ponéis al día —dijo ella sacando a Franco de la vieja trona.

—No, ahora que está aquí, debería conocerte, *gioia mia* —le dijo sin vacilar—. Eres mi esposa. No me avergüenzo de ti y tampoco voy a ocultarte.

# Capítulo 7

Cristo fue a recibir a su hermano Nik y los dos hombres se detuvieron en la terraza para hablar. Belle estaba en el salón escuchando cómo charlaban en otro idioma. No parecía italiano y se preguntó si podría ser griego. Al oír al otro hombre discutir en voz alta en varias ocasiones supuso que Cristo estaba contándole lo de su madre y los niños y se estremeció sintiéndose avergonzada.

Nik Christakis era un hombre grande, más alto incluso que su marido, pero se parecía mucho a Cristo. Miró hacia el fondo de la sala donde estaba ella y su mirada se oscureció aún más al ver al niño que tenía al lado.

—Mi mujer, Belle, y nuestro hermano pequeño, Franco —dijo Cristo calmadamente en respuesta a la mirada inquisidora de su hermano—. Mi hermano, Nik.

—¿Nuestro? —le corrigió Nik—. El niño no tiene nada que ver conmigo. ¿Y cinco? ¡Debes de estar loco para haberte hecho cargo de todo eso, Cristo! Gaetano está muerto y enterrado. ¿Qué más da lo que se cuente de él ahora?

—A Zarif le importaría mucho —le contestó con franqueza.

—¡Como que eso me importa a mí! —le contestó Nik metiendo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacando un documento que le pasó a su hermano—. Léelo y llora. Mira lo que pasa cuando te casas sin un contrato prenupcial.

—No tenemos ningún contrato —dijo Belle incómoda con la tensión que fluía entre ellos y ante la reticencia de Nik a dirigirse a ella ni siquiera por cortesía o educación.

Cristo levantó su oscura mirada lentamente del documento para decir:

—Debo admitir que estoy sorprendido.

—¿Lo estás? ¿Aún eres tan ingenuo? ¡Está claro que Betsy se casó conmigo por mi dinero y ahora está intentando robarme la mitad de todo lo que tengo! —declaró sin ocultar su amargura.

—No se casó contigo por tu dinero —le contradijo Cristo con mucha seguridad—. Se enamoró de ti.

—No seas inocente. ¡Os doy a ti, a tu mujer y a su pequeña tropa de Ravellis ilegítimos dos años como mucho antes de que se largue e intente dejarte sin blanca! —dijo con burla.

Belle se sonrojó y alzó la barbilla.

—Yo no haría eso. Mirad, os dejaré hablar en privado —espetó agarrando a Franco de la mano.

Al marcharse oyó a Nik Christakis decir algo que podía reconocerse instantáneamente en muchos idiomas y se dio cuenta de que tenía mucha suerte de no haberse casado con un hombre como él. El rostro duro y la fría mirada de Nik, sin hablar de esa amargura que se escapaba de su boca cada vez que mencionaba a su mujer, Betsy, la dejaron helada. Nik era claramente un hombre obstinado, furiosamente hostil y difícil, y sospechaba que era también la clase de hombre que sería un implacable enemigo, uno que solo veía lo peor en cualquiera que se cruzara con él.

Cristo era más razonable, más civilizado, ¿o no? Y lo respetaba por haber hablado en defensa de su cuñada. Además, la noche anterior la había sorprendido e impresionado, muy a pesar de ella, cuando le había dicho que la completa sinceridad podía ser el camino para que su matrimonio funcionara. Y debía admitir que esa era una actitud racional y madura. Le gustaba y respetaba la sinceridad, odiaba las mentiras y a la gente que fingía cosas para persuadir a los demás, tal como había hecho Gaetano para tener a su madre contenta y vivir tranquilamente.

Dos horas más tarde, después de que Nik por fin se marchara y un segundo helicóptero hubiera llegado y depositado su cargamento, Cristo fue a buscar a Belle y la encontró sentada bajo la sombra de un árbol con un libro entre las manos.

—Tienes una biblioteca gigante —dijo al oírlo acercarse y levantar la cabeza con su cabello caoba resplandeciendo bajo la ensombrecida luz—, pero solo he podido encontrar un par escritos en inglés.

Cristo le quitó el libro y miró el lomo. Era un tomo sobre la historia de la familia de su madre escrito por uno de sus antepasados y traducido por otro más reciente.

—Te pediré algunos libros en inglés. Te sugeriría que empezaras a estudiar italiano, pero no creo que valga la pena invertir tu tiempo en eso.

Ella se tensó al captar el recordatorio de que su relación tenía una naturaleza estrictamente temporal y de pronto la asaltaron imágenes de cómo habían hecho el amor la noche anterior y aniquilaron cualquier pensamiento razonable haciendo imposible que se concentrara mientras una oleada de calor viajaba por su esbelto cuerpo. Con el rostro enrojecido miró el libro fijamente mientras él se lo devolvía con esas elegantes manos. Las mismas que la noche anterior la habían acariciado con una pericia erótica sobrecogedora y habían extraído de su débil cuerpo más placer del que ella se creía capaz de experimentar. Sin embargo, no podía olvidar lo sucedido

durante la acalorada discusión que habían tenido después. Estaba claro que él parecía pensar que todo estaba solucionado y olvidado, pero Belle se sentía como si sus reacciones, emociones y pensamientos estuvieran dando vueltas en un descontrolado torbellino.

—¿Me estabas buscando? —le preguntó con curiosidad.

—Sí, *cara*. Ya es hora de que disfrutes de tu regalo de bodas.

—¿Regalo de bodas? —repitió levantándose con desconcierto—. ¿De qué demonios estás hablando?

—Los regalos de boda son obligados cuando te casas —le respondió con suavidad y con una mano posada en la parte baja de su espalda para guiarla hacia la villa.

—Pero no entre nosotros, no en nuestra clase de matrimonio —le contestó con arrestos.

—Prometí tratarte como mi mujer y eso es lo que intento hacer.

—Y… —murmuró con tirantez—. ¿Ese regalo…?

—Te está esperando en el salón de baile —la informó asintiendo hacia Umberto para que abriera las puertas dobles.

Belle cruzó el vestíbulo lentamente y se asomó a la enorme habitación asombrada al ver la pasarela que la dividía en dos.

—Dios mío, ¿pero qué…? —comenzó a decir confundida.

—Toda mujer quiere renovar su vestuario. He solicitado que nos enviaran una selección junto con las modelos para presentarte los diseños. Lo único que tienes que hacer es elegir lo que quieras.

¿Toda mujer quiere renovar su vestuario? Probablemente eso lo querrían la mayoría de las chantajistas y cazafortunas, pensó Belle con un inevitable gesto de disgusto por el hecho de que él hubiera dado por sentado que era de esa clase de mujeres. Pero tampoco le había dado elección. Eso era lo que Cristo creía que quería y parecía que le agradaba concedérselo y que de nada serviría buscar una confrontación con él y negarle la oportunidad.

En cuanto entró en el salón le presentaron a Olivia que, con sorprendente velocidad, comenzó a medirla y a decirle que cualquier modelo que eligiera le sería enviado confeccionado a su medida para el día siguiente.

Una enérgica música comenzó a sonar de fondo cuando Olivia tomó uno de los tres asientos que los aguardaban y la animó a definirle «su estilo personal». Belle tuvo que controlarse para no quedarse boquiabierta con la pregunta porque no tenía ni idea de cómo contestar. Aunque dio igual porque, de todos modos, Olivia ya se había puesto a comentar el primer diseño que lucía una modelo con el pelo caoba y ataviada con una cosa morada y con forma de una pantalla de lámpara. Mientras una rubia muy alta y con el pelo cortísimo desfilaba en bañador, Olivia intentó determinar cuáles eran las preferencias de moda de Belle, pero ella nunca había tenido

presupuesto para desarrollar ningún gusto por el lujo. Mientras estudiaba había llevado vaqueros en invierno y pantalones cortos en verano además de alguna que otra falda o vestido baratos por si salía alguna noche. En su vida el dinero siempre había escaseado y la ropa la había adquirido con el sueldo de sus trabajos a tiempo parcial como camarera y siempre en cadenas de ropa económicas.

—¿No te gusta ninguno? —le preguntó Cristo a su mujer mirándola fijamente al ver que permanecía en silencio.

Cuando Belle se topó con su impresionante mirada el corazón le dio un vuelco.

—Es un poco abrumador… todo esto… —admitió con la voz entrecortada.

—Pues entonces yo elegiré por ti.

Y Belle no pudo más que reírse a carcajadas porque, cómo no, todas las faldas cortas, los vestidos con la espalda al aire y escote pronunciado recibían un entusiasta voto de aprobación por parte de Cristo. En ese sentido era muy predecible, muy hombre y alentadoramente humano. Divertida por las características masculinas básicas que estaba dejando ver bajo su fachada de sofisticación, Belle empezó a ganar confianza y a dar su opinión, alejándose de los atuendos más espectaculares a favor de los más sencillos e insistiendo en que a su pelo no le iba bien el rosa.

—A mí me gusta el rosa —dijo Cristo sin vacilar. Aunque en cuanto Olivia se metió en la conversación enseguida recordó lo horrorizado que se había quedado ante tantas tonalidades de rosa esparcidas por su pequeña casa en Irlanda. Pero su mujer de rosa… eso era distinto.

—Solo hay ciertos tonos de rosa que deberías evitar —le aseguró Olivia, experta vendedora.

Justo en ese momento apareció la rubia de antes con un cautivador conjunto de lencería turquesa y Cristo se acercó a la pasarela.

—Lo quiero —dijo con rotundidad y seguridad.

Belle se sonrojó mientras se fijaba en cómo la rubia de piernas largas estaba posando para Cristo como una bailarina de striptease, encantada con la atención que estaba despertando mientras sus pechos se contoneaban bajo el sujetador al ritmo de la música y se giraba para mostrar su casi desnudo trasero en unas braguitas que eran poco más que un tanga. Él parecía hechizado por el espectáculo con su oscura mirada velada y sus pecaminosamente seductores rasgos bronceados tensos como si se estuviera esforzando mucho por ocultar lo que se le estaba pasando por la cabeza.

Se sentía atraído por la rubia, pensó Belle con desánimo, y no podía ocultarlo.

—Gracias, Sofia —dijo en voz alta la comercial al levantarse justo cuando la música se apagó y dejó tras de sí un incómodo silencio.

Olivia se despidió y se marchó por la puerta trasera del salón.

—Bueno, ha sido muy instructivo, ¿verdad? —comentó Belle con frialdad cuando Cristo volvió a su lado.

Él frunció sus cejas de ébano en un gesto de extrañeza.

—¿Y eso?

—Te ha gustado la rubia —le respondió secamente.

Cristo frunció el ceño.

—Oh, no te molestes en negarlo. Te he visto. ¡No podías quitarle los ojos de encima!

Cristo se acercó con un lento y sigiloso movimiento que resultó ridículamente sensual. Belle lo miró con decisión y clavó la mirada en esos ojos dorados tan intensos que la hicieron bambolearse un poco hacia atrás. Fue como si todo el oxígeno se hubiera esfumado y tuvo que separar los labios para tomar algo de aire.

—Solo tengo una cosa que decir. No era ella a quien veía… te veía a ti —dijo con una voz ronca y mirándola con una cautivadora fuerza—. Eras tú a quien me imaginaba vestida así.

Incrédula, le lanzó una dura mirada de desdén.

—¡Como que me lo voy a creer cuando has tenido tonteando delante de ti a una belleza medio desnuda!

—Créeme… —insistió con un tono que vibró con seguridad en mitad del silencio—. Tengo una mujer de verdad como tú, ¿para qué iba a querer una con menos curvas que un perchero?

Se quedó con la boca abierta ante esa descripción nada halagadora de la modelo.

—¿No es tu tipo?

—Tú eres mi tipo —le confió—. La erótica imagen tuya llenando generosamente esos pequeños trozos de tela azul me ha excitado muchísimo.

¿Una mujer de verdad? Bella casi soltó una carcajada al oírlo. Después de todo, la rigurosa dieta que había probado en la adolescencia no le había servido nada para afinar la sólida estructura ósea que la dotaba de unas caderas atrevidamente redondeadas y unos pechos voluptuosos. Por aquel entonces habría dado su brazo derecho por ser una de las más delgadas del instituto, pero ya no era tan tonta como para no saber que algunos hombres preferían las curvas antes que unas proporciones más finas y delgadas. Pero hasta ese momento ni se le había pasado por la cabeza que Cristo fuera uno de ellos.

Le apartó un mechón de la mejilla y se lo colocó detrás de la oreja con un gesto tan íntimo y cercano que la desconcertó y con el que decía que tenía derecho a tocarla, un derecho que ella ya le había negado. Una estridente alarma saltó en su cerebro advirtiéndole que retrocediera y volviera a establecer los límites, pero él estaba cerca, tan tentadoramente cerca, que podía oler su evocador aroma a colonia

y a masculinidad. Olía tan increíblemente bien que se sintió casi mareada. Le temblaban las rodillas mientras una cálida sensación serpenteaba desde sus senos hasta su zona más íntima, dejándola sumida en un intenso ardor e insatisfecha. Solo el hecho de mantenerse en pie bajo esas condiciones fue todo un desafío.

Él le tocó la cara con un largo dedo bronceado que trazó la línea de su mandíbula hasta el arco de Cupido sobre su labio superior mientras con el pulgar acariciaba la carnosidad del inferior. Belle temblaba, apenas capaz de respirar por esa excitación que había surgido como de la nada. Su cuerpo reaccionó con una subida de temperatura acompañada de un martilleante pulso. Entrecerró los ojos mientras lo miraba en silencio, ya que no tenía palabras para describir lo que le estaba provocando. Qué guapo era, tan devastadoramente guapo que no podía culpar a las modelos por haber centrado la atención en él. No solo era el comprador, sino también un hombre tan guapo que hacía que las mujeres lo miraran mientras intentaban comprender qué tenían esos esbeltos y oscuros rasgos que ejercían semejante poder y magnetismo sobre ellas. Belle no lo sabía, solo sabía que, en cuanto dejaba de mirarlo, necesitaba mirarlo otra vez. Era un impulso que no podía controlar.

—Puedes ponerte ese conjunto azul para mí —murmuró Cristo mientras se le iluminaban los ojos con la idea.

—Ni lo sueñes —le dijo sin vacilar pensando que tendría que esperar mucho tiempo si esperaba verla en ropa interior provocativa para su propio disfrute. No le iba lo de jugar a ser una mujer fatal y, en su opinión, él tampoco necesitaba que lo animaran mucho.

—No me digas que no tienes el mismo sueño —le contestó Cristo colocándose delante de ella para apoyar las manos sobre sus caderas con gesto posesivo.

Belle estuvo a punto de golpearlo, de apartarlo de un empujón, de pisarle un pie y protestar que no quería contacto físico de ningún tipo. De verdad que estaba dispuesta a hacer cualquiera de esas cosas, pero entonces la boca de Cristo cayó sobre la suya y no pudo más que posar las manos sobre los duros y cálidos contornos de su torso y cerrar el puño alrededor de la tela de su camisa mientras luchaba consigo misma y con el deseo que él le provocaba.

En ese segundo que pasó entre pensar y actuar, él coló la lengua en su boca para saborearla y ella quedó perdida cuando comenzó a mordisquearle los labios. La ardiente y palpitante sensación entre sus piernas aumentó en intensidad hasta que empezó a balancear las caderas contra las de él, queriendo más, necesitando más, con una urgencia que la inquietó. Sentía su larga y tersa excitación contra su vientre y no podía soportar la intromisión de la ropa mientras un abrumador deseo invadía su tembloroso cuerpo con una fuerza

insoportable.

Cristo levantó su hermoso rostro; tenía los ojos brillantes e inyectados en un intenso calor sexual, el pelo alborotado por los dedos que ella había hundido en sus exquisitos mechones y un rubor que acentuaba sus afilados pómulos.

—¿Seguimos con esto arriba? —le susurró.

En los labios de Belle había un «no», pero en su corazón había un «sí» porque su cuerpo anhelaba el suyo. Tomó aire lentamente y se esforzó por despejarse la cabeza luchando contra el deseo con todas sus fuerzas.

—Te deseo… me deseas, *cara* —dijo Cristo secamente—. ¿Qué problema hay? ¿Sigues desconfiando por lo de esa modelo? ¿De verdad crees que sería tan tonto?

—No —respondió Belle con reticencia porque eso lo habría empleado como excusa si hubiera tenido que hacerlo. Por desgracia su cerebro seguía en caída libre. Él le había dicho la verdad: la atracción entre ellos era explosiva y, además, de no haberse sentido fuertemente atraído por ella en un principio probablemente no le habría ofrecido matrimonio. Aun así, el vínculo que se estaba creando entre ellos únicamente a nivel físico era demasiado superficial como para que ella lo aceptara. Quería más.

Cristo enarcó una fina ceja negra.

—¿Entonces? ¿Sigues juzgándome como si fuera mi difunto padre? —le preguntó con impaciencia—. ¿O hay algo en tu pasado que te hace desconfiar de los hombres?

Belle se puso tensa.

—No sé de qué estás hablando…

—Creo que sí lo sabes. Viste lo que Gaetano hizo con tu madre y lo odiabas por eso, pero yo no soy él.

Belle se indignó y apretó los dientes.

—Lo sé y no he dicho que lo seas.

—¿Y por qué, si no, ibas a acusarme de insinuarme a esa modelo delante de ti? —le contestó; la tensión era visible en la dura línea de sus pómulos y en el ángulo de su fuerte mandíbula—. ¿Qué clase de hombre se comportaría así?

—He reaccionado exageradamente. Lo siento —Belle giró la cabeza sintiéndose culpable y avergonzada; su crítica tenía parte de verdad. Era cierto que desconfiaba de los hombres, pero no de todos. Durante sus años de universidad le habían hecho daño novios ofendidos por su negativa a meterse en la cama con ellos antes siquiera de poder llegar a conocerlos. Los mismos chicos la habían engañado con otras chicas y la habían abandonado, pero no más que a cualquiera de sus amigas, que habían sufrido decepciones semejantes por parte de jóvenes que lo único que querían de una mujer era aliviarse físicamente.

—Si quieres que este matrimonio funcione, este no es el camino —le dijo Cristo midiendo mucho su tono.

—Dijiste que la sinceridad era la mejor opción —le recordó Belle apartándose unos pasos y después girándose hacia él con su precioso rostro sonrojado y tenso—. Entonces seré sincera. Para que esto funcione quiero algo más que solo sexo contigo. Quiero que lleguemos a conocernos. No se puede construir una relación basándonos únicamente en el sexo.

—Nunca he conocido otra cosa.

—¿Tienes alguna amiga?

Cuando él asintió frunciendo el ceño, Belle sonrió.

—Pues entonces sí que has conocido otra cosa.

—¿Por qué no me pediste esto antes de casarnos?

—No lo había pensado hasta ahora —le respondió con sinceridad—. Estaba desesperada por buscar la seguridad de los niños y casarme contigo era el precio que tenía que pagar. No pensé más allá de eso. No pensé en cómo me sentiría…

«Casarme contigo era el precio que tenía que pagar». No era una frase que se habría esperado escuchar de boca de Belle, ni tampoco una que estuviera seguro de creer, pensó Cristo adustamente agachando su oscura mirada. Ella quería más. ¿Por qué las mujeres siempre querían más de lo que se les ofrecía? ¿Estaban programadas de nacimiento para querer más? Todo eso y además cinco niños, pensó con agobio… ¿De verdad se había parado a pensar en lo que estaba haciendo?

La severa mirada que tensaba sus oscuros rasgos removió la conciencia de Belle.

—Entiendo que tienes derecho a estar irritado por esto.

—No es la palabra que yo habría elegido —le respondió Cristo secamente.

Belle se preparó para ser más sincera de lo que quería ser de verdad.

—Sí que pensé cosas que no debería haber pensado cuando accedí a casarme contigo —admitió bruscamente y con su pálida piel de pronto encendida de vergüenza—. Pero ninguna de esas cosas estuvo relacionada ni con el enriquecimiento personal ni con el hecho de prosperar socialmente —sintiéndose más incómoda que nunca, vaciló y añadió—: Aunque no iría tan lejos como para decir que pensé en vengarme de Gaetano por lo que le había hecho pasar a mi familia todos estos años, sí que sentí una inapropiada satisfacción cuando me ofreciste casarnos y me puse el vestido de mi madre deliberadamente. Ahora me avergüenzo de todo eso. Después de todo, fue muy injusto que tuvieras que pagar por los errores de tu padre, pero ahora los dos estamos haciendo eso —terminó con pesar.

Cristo se sintió fuertemente desconcertado por su completa

sinceridad. No se había esperado eso, no había estado preparado para que ella admitiera sus motivaciones a la hora de casarse con él. Llevar al altar a un rico y poderoso Ravelli la había satisfecho brevemente, pero lo había admitido y eso le había impresionado a un hombre que no solía impresionarse con las mujeres que conocía.

—*La via dell'inferno è lastricata di buone intenzione*… el camino al infierno está lleno de buenas intenciones —le tradujo—. ¿Alguna vez haces algo porque sí, sin más?

—No —admitió Belle más tensa—. Y esto no tiene por qué ser un infierno, podemos sacar lo mejor de la situación. Dijiste que querías tratarme como a tu esposa de verdad, que querías mostrarme respeto…

El recordatorio se quedó ahí pendiendo como una oscura nube entre ellos y Cristo terminó reconociendo que su inclinación hacia ese conjunto de lencería evidentemente la había ofendido. La noche anterior se había convertido en su primer amante y ella había estado increíble, recordó aún excitado. Estaba esperando demasiado de ella y demasiado pronto. Apretando sus perfectos dientes dijo:

—Lo intentaré, me esforzaré más.

—Yo también lo intentaré —respondió Belle con una tentadora sonrisa.

Pero era demasiado tarde porque Cristo ya se había dado la vuelta y no pudo ver su sonrisa; una sonrisa que había combinado tanto su pesar por la incapacidad de ser el objeto puramente sexual que él había deseado tan claramente como la esperanza de que en el futuro llegaran a un mejor entendimiento. Con el ánimo por los suelos, subió las escaleras para ir a buscar a su hermano pequeño y darle un respiro a Teresa. El cálido cariño de Franco y su confianza en que ella le devolvería el mismo afecto fueron un maravilloso bálsamo para su atribulado estado mental. Jugó al escondite con el pequeño y juntos llenaron esa planta de la casa de risas.

Umberto se detuvo en la puerta del despacho de Cristo para decirle:

—Es una alegría volver a oír a un niño jugar por aquí.

—Pues hay cuatro más, un niño y una niña de ocho y un par de adolescentes —le confió Cristo, ya que conocía al amable sirviente desde que era un niño.

—¿Los hijos de su difunto padre? —preguntó Umberto.

Cristo puso gesto de extrañeza.

—¿Cómo lo ha sabido?

—He oído rumores a lo largo de los años. Mi primo pilotaba el helicóptero del señor Gaetano hasta su lugar de retiro —le recordó con delicadeza el hombre.

—Esperemos que esos rumores hayan quedado enterrados — comentó irónicamente.

—Nadie de mi familia chismorreará sobre el tema —le aseguró el hombre con orgullo—. Pero el señor Gaetano tenía otros empleados que puede que no sean tan discretos.

Una corriente de inquietud asaltó a Cristo, que se había asegurado de que los empleados de su padre recibieran una buena compensación por sus años de servicio. ¿Era posible que se hubiera casado al final para nada? E inexplicablemente en ese momento pensó en Franco, que demostraba tanta necesidad de atención masculina. No había duda de que necesitaba una figura paterna, pensó mientras el severo gesto de su boca se suavizaba según oía las risas del pequeño resonando desde arriba.

—¡No, no, no, Franco! —gritó Belle, consternada al encontrarlo de pronto toqueteando todo lo que Cristo tenía sobre la mesita de su dormitorio—. No toques nada de eso.

Sacudiendo las llaves del coche en la mano, Franco tiró la cartera que había estado investigando. Cuando cayó al suelo, Belle se arrodilló para recoger los billetes que el niño había arrugado y los estiró antes de volver a meterlos en la cartera junto con las tarjetas de crédito, un par de tarjetas de visita y… una diminuta fotografía. Levantó la foto y la miró sorprendida al reconocer a la ex mujer de Nik, Betsy. Era una belleza menuda y rubia de rasgos delicados y grandes ojos azules. ¿Se había caído la foto de la cartera o estaba tirada y olvidada en el suelo? Sin embargo se notaba que la alfombra estaba recién aspirada, así que no podía tratarse de lo último y, suponiendo que la foto hubiera estado dentro de la cartera de Cristo, ¿qué hacía su marido llevando encima una foto de la mujer de su hermano?

¿Y le preguntaría el porqué? La cubrió un sudor frío ante la idea de una conversación tan embarazosa. Después de haber juzgado mal su actitud con la modelo, él no se creería que se hubiera encontrado la foto por casualidad y se pensaría que había estado fisgoneando. Daría por hecho que era una de esas mujeres celosas y desconfiadas que siempre se andan con tretas para poder leer los mensajes de los móviles de sus maridos y sus bolsillos en busca de pruebas de una infidelidad. Estremeciéndose ante esa posibilidad, volvió a guardar la foto y dejó la cartera en la mesa. No, no pensaba hacerle más preguntas incómodas.

Las cosas ya estaban bastante tensas entre los dos y había muchas cosas importantes que dependían del éxito de su matrimonio porque, si no lograban sacarlo adelante, ¿qué les pasaría a sus hermanos? Había hecho promesas, por no hablar de las que había hecho en la capilla y que, al menos, tenía que intentar cumplir. A menos que estuviera preparada para dejar marchar a Cristo, tenía que hacer más que un esfuerzo.

Pero, por favor, no… Que el único camino al éxito de su matrimonio no dependiera de conjuntos de lencería descarados.

# Capítulo 8

Belle, sola en la terraza y sentada a la mesa del desayuno con vistas a los maravillosos jardines y, tras ellos, al precioso e idílico pasaje de Umbría, decidió que nadie podría imaginarse jamás lo hundida e insegura que se sentía. Ahí estaba, en un paraje delicioso y casada con un hombre más delicioso todavía ¡y ya lo había estropeado todo! Aunque, para ser justos, esperar que se pusiera lencería provocativa para su agrado no es que fuera a apaciguar exactamente sus recelos.

«¿Alguna vez haces algo porque sí, sin más?», le había preguntado Cristo. Y la verdadera respuesta habría sido: «no, nunca». Así que, ¿cómo demonios se había metido en ese matrimonio sin pensar del todo lo que estaba haciendo? Aún no había encontrado una respuesta satisfactoria a esa pregunta. ¿Es que la traicionera atracción que sentía por él había destruido todas sus neuronas? ¿Por qué no había escuchado las advertencias de su abuela? Después de todo, nadie sabía mejor que ella que las relaciones entre los hombres y las mujeres solían ser complicadas y con tendencia a la desdicha.

El precipitado matrimonio de su madre con su padre borracho seguido por la larga aventura con Gaetano Ravelli le habían enseñado a Belle a ser muy cauta y sensata y a razonar cada paso que cada cuando se trataba de los hombres. Sin embargo, cuando se trataba de casarse con Cristo, se había lanzado de cabeza y seguía sin poder entenderlo. Y ahora, en cambio, su cauta actitud a la hora de intimar estaba creándole roces con su marido. ¿Podía culparlo?

Al fin y al cabo, ¿qué había ganado él con su matrimonio? Su silencio, ninguna demanda y cinco preciosos y necesitados niños a los que había prometido incorporar a la familia Ravelli. Arrugó la boca mientras sospechaba que había sacrificado mucho más que ella y que pocas personas sentirían lástima porque ella hubiera renunciado a su libertad para, a cambio, vivir entre lujos y con un armario lleno de ropa de diseño. Esa idea hizo que se le saltaran las lágrimas porque tenía muy poco interés en el lujo y en la amplia selección de ropa nueva que había llegado a su dormitorio incluso antes de que le diera tiempo a levantarse. Es más, si se había puesto ese conjunto de blusa y falda de seda, había sido únicamente para que Cristo no pensara que era una desagradecida.

Pero, por desgracia, Cristo ni siquiera estaba por allí para poder

fijarse en su atuendo. Ese era el problema de dormir en dormitorios separados en una casa tan enorme y tratándose de dos personas que no conocían bien los hábitos del otro. Cristo no se había presentado a cenar la noche anterior y ahora volvía a ausentarse. ¿Estaba evitándola? ¿Estaba harto de su inmadura actitud? Ella veía muy claro que estaba equivocándose y que le estuviera sucediendo tan pronto indicaba que se había formado unas expectativas absurdas sobre lo que sería estar casada con él. Cristo la había considerado una cazafortunas y, tras haberle dado vueltas a esa acusación, ahora Belle no estaba segura de poder culparlo por su desconfianza. Después de todo, no la conocía y era posible que la conexión a un nivel físico fuera el único modo que Cristo tenía para llegar hasta una mujer. Por eso, que ella se pusiera en plan mojigato porque había herido sus sentimientos no estaba ayudando en nada…

Y lo peor de todo era que Belle sabía que no podía llamar a su abuela. Los sabios consejos de Isa Kelly habrían sido muy bien recibidos incluso aunque no hubiera podido mencionarle a la anciana los asuntos de alcoba. En realidad, simplemente el sonido de su voz y el de sus hermanos habría bastado para reconfortarla. Echaba terriblemente de menos su casa y a su perro, Tag, pero sabía que si llamaba tan pocos días después de la boda su abuela sospecharía que las cosas no estaban marchando bien y sería muy, muy, egoísta por su parte darle una preocupación más a la mujer.

Asqueada por su forma de autocompadecerse y por su falta de actividad, de pronto apartó la silla y se levantó. Quedarse ahí sentada lamentándose por los posibles errores que había cometido no iba a solucionar nada, ¿no? Había llegado el momento de ir a buscar a Cristo.

Cuando le preguntó, Umberto sonrió y señaló una puerta al comienzo de un pequeño pasillo que salía del vestíbulo principal.

—El señor Cristo lleva trabajando en su despacho desde que ha llegado la noticia de la crisis bancaria…

¿Qué crisis bancaria? Belle llevaba desde la mañana de su boda sin ver ni un periódico ni una televisión; se había fijado en que la niñera tenía una tele en su cuarto, pero había buscado una para ella y no la había encontrado. Nerviosa, llamó a la puerta del despacho y abrió.

Tras levantar su oscura mirada de la pantalla del portátil, Cristo se giró en su silla. Ver allí a Belle lo impactó a dos niveles. *Dio mio*, tenía una esposa y se había olvidado de ella; eso fue lo primero que pensó, y lo segundo fue que olvidarse de ella debería haber sido imposible cuando era una auténtica belleza: una figura esbelta de piernas maravillosas ataviada con un conjunto color melocotón que contrastaba con el torrente de vibrantes ondas pelirrojas de su melena. Unos enormes ojos verdes lo asaltaron cuando la miró.

—Me preguntaba dónde estabas —dijo ella paralizada, tal como se quedaba siempre cuando contemplaba su pelo moreno alborotado, su perfecto y bronceado perfil y sus impactantes ojos. El hecho de que no se hubiera afeitado no hacía más que sumarle masculinidad a su carismático atractivo, y podía sentir cómo se le encendía la cara, cómo el estómago le daba vueltas y cómo el corazón se le aceleraba; todas ellas típicas reacciones ante Cristo—, y entonces Umberto me ha contado que ha surgido una especie de crisis. Me temo que no he leído el periódico desde que he llegado y no me había enterado. ¿Necesitas ayuda?

—¿Ayuda? —preguntó Cristo enarcando las cejas con sorpresa—. ¿Cómo podrías ayudarme?

—Soy licenciada en Empresariales y he trabajado de prácticas durante un año en un banco de Dublín —le dijo vacilante.

Cristo se ruborizó al pensar que debería haber conocido unos datos tan básicos sobre la mujer con la que se había casado y se vio atravesado por una intensa turbación.

—No tenía ni idea.

A ella se le iluminaron los ojos con un brillo de diversión y una involuntaria sonrisa se extendió por su carnosa boca.

—¿Así que dabas por hecho que te habías casado con una campesina irlandesa inculta?

—Si quieres ayudarme, te lo agradecería mucho, *bella mia* —admitió Cristo con delicadeza y queriendo ignorar el tema—. Estoy intentando trabajar desde aquí con mi plantilla de Londres y es complicado, pero se supone que estamos en nuestra luna de miel.

—No tengo nada más que hacer —le respondió amablemente y convencida de que de una pareja como la suya no se podía esperar el comportamiento de un matrimonio normal de luna de miel.

Cristo vio en esa respuesta una acusación más de su comportamiento como flamante marido y se apresuró a eludirla ofreciéndole a Belle el portátil y a pedirle a Umberto que les llevara otra silla. Su conciencia reaccionó como si alguien le hubiera dado un puñetazo. Estaba aprendiendo a pasos lentos y dolorosos que el matrimonio le exigiría mucho más de lo que había imaginado y que implicaría tener en cuenta las necesidades de Belle además de las suyas.

Por primera vez entendía que no había tenido ningún derecho a juzgar a su hermano Nik por el desastre en el que había convertido su matrimonio con Betsy. Después de todo, solo conocía un lado de esa historia y los llantos de la frágil y diminuta Betsy sobre su hombro lo habían obligado a guiarse por las apariencias. Apretó los labios mientras observaba el hermoso y sereno rostro de Belle y casi sonrió aliviado. Ella no era ninguna mujer indefensa y, al menos, no estaba

llorando como una histérica, quejándose, criticando.

—Sí, es increíble —dijo Cristo en italiano al hablar con el director de finanzas de la sucursal londinense de su banco de inversiones—. Si no estuviera casada con ella, ¡la contrataría!

Miró a su mujer con una involuntaria sensación de orgullo. Belle estaba sentada en un sillón con el portátil encima, con sus increíblemente largas piernas a la vista y su melena cayendo en espiral alrededor de sus hombros y resaltando una piel de porcelana moteada de pecas mientras sus dedos revoloteaban sobre el teclado. Fue el momento crucial en el que se dio cuenta de que tenía una joya al lado que había subestimado cuando se casaron. Que una mujer de su belleza fuera tan modesta y natural resultaba extraordinario. Además era inteligente, ingeniosa y muy trabajadora. En los últimos tres días, no se había quejado ni una sola vez de las largas horas que habían estado trabajando y se había mantenido a su ritmo en todo momento. Ahora se estremecía de vergüenza al recordar el episodio de la lencería en el desfile de moda.

Belle se levantó para estirarse y soltó el portátil. La crisis bancaria había pasado ya y casi se sentía decepcionada de que así fuera porque les había servido como antídoto contra la tensión que había entre los dos. Ahora podían trabajar juntos y hablar. Él había dejado de tratarla como a una especie de muñeca sexual de la que esperaba recibir entretenimiento y Belle, para satisfacción propia, había descubierto que Cristo era inteligentísimo y además tan testarudo e impaciente como ella.

Lo observó detenidamente mientras él estaba sentado en el borde del escritorio con sus poderosos muslos enfundados en tela vaquera y su fuerte y bronceado cuello cubierto por el cuello de una camisa de color limón. Miró sus sensuales labios y se sintió algo mareada al recordar su apasionado beso. Se le secó la boca, hambrienta de deseo tal como le había pasado a menudo en los últimos días cada vez que su cuerpo reaccionaba ante su presencia. Se inclinó ligeramente hacia delante como animándolo a que la agarrara, la tocara, la besara… ¡lo que fuera!

—Ponte algo bonito. Te voy a llevar a cenar, *bella mia* —le dijo Cristo atravesándola con sus espectaculares ojos dorados oscuros enmarcados por unas espesas pestañas negras.

Belle se sonrojó, avergonzada por lo que había estado pensando y sorprendida por la inesperada invitación.

—Solo si tú quieres.

—*Dio mio!* Claro que quiero —le contestó él algo extrañado.

—No tienes que darme las gracias por haberte ayudado —le dijo

Belle con terquedad.

Cristo resopló lentamente.

—¿Tanto te cuesta aceptar que quiera llevar a cenar a mi preciosa mujer para poder presumir de ella?

Belle se rio ante la idea.

—No cuando lo expresas así, ¡zalamero! —bromeó.

Cristo esbozó una mueca de disgusto.

—No me llames eso… me recuerda a Gaetano.

Belle arrugó la nariz.

—Pues a mí no me recuerdas a él en nada.

—*Grazie a Dio*… gracias a Dios —le contestó visiblemente aliviado.

Al salir, Belle se chocó con Franco, que se dirigía al despacho, y su pequeño hermano la apartó a un lado para abalanzarse sobre Cristo con un grito de alegría. Aunque habían estado increíblemente ocupados en los últimos días, Cristo nunca había desatendido a Franco, y estaba agradecida por ese gesto. Al echar la vista atrás, lo vio haciéndole cosquillas al pequeño y jugando como al niño le gustaba mientras contestaba una llamada de teléfono.

Enseguida notó que había pasado algo y volvió a entrar en el despacho al ver el rostro de Cristo adoptar un gesto tenso y sus ojos oscurecerse cuando terminó la llamada contestada en italiano. Soltó a Franco y el pequeño salió corriendo al pasillo en busca de nuevas diversiones.

Cristo posó su oscura mirada, ahora acusatoria, en ella y le preguntó con brusquedad:

—¿Has estado hablando con la prensa?

—¡No, por supuesto que no! —respondió atónita—. ¿De qué demonios estás hablando? —añadió rápidamente a la defensiva.

—¡Un amigo periodista que vive en Londres acaba de llamarme para advertirme de que la historia de Gaetano, tu madre y los niños aparecerá pronto publicada en un tabloide británico! —gritó furioso.

Belle palideció ante la noticia, aunque se recompuso de inmediato porque tenía la conciencia muy tranquila.

—Vaya, pues es muy inoportuno.

Cristo se puso de pie; más de metro noventa de poderosa masculinidad.

—¿Inoportuno? ¿Crees que es lo único que es?

Furiosa por su actitud y herida por la velocidad con la que había pasado a desconfiar de ella, Belle se puso recta contra la pared, con su hermoso rostro sonrojado y muy tenso.

—No saques las cosas de quicio, Cristo, e intenta ser razonable.

—¿Razonable? —bramó como si no reconociera la palabra—. ¡Me casé contigo para mantener esa sórdida historia lejos de los periódicos!

Pero a Belle no le hacía ninguna falta que se lo recordara.

—Siempre pensé que no sería muy probable que pudieras evitarlo para siempre —admitió ella—. Mi madre estuvo con tu padre casi veinte años y todo el mundo a cientos de kilómetros a la redonda que disfrutaba con los cotilleos sabía lo de su relación y lo de los niños. ¡Con que una sola persona hablara con la persona equivocada y que esta viera alguna oportunidad de sacarle beneficio a la información, el secreto habría salido a la luz!

Con sus bronceados puños apretados a ambos lados, Cristo sacudió su arrogante cabeza para asentir a regañadientes porque sabía que lo que decía Belle tenía sentido.

Ella se lanzó hacia delante como una tigresa y le agarró de la camisa con furia.

—¿Pero cómo te has atrevido a pensar que podía haber filtrado la historia a la prensa? —le gritó con sus ojos verdes brillando de indignación—. Yo no les haría eso a mis hermanos. ¡Ya han pagado un precio muy alto por los pecados de sus padres y lo último que querría sería hacerles sufrir más!

—No te he acusado.

—Me has preguntado si había estado hablando con la prensa. ¿Cómo le puedes preguntar algo así a tu mujer? ¿Qué razones tendría yo para exponernos a todos a esa desagradable atención pública?

—¿Venganza? Puede que Gaetano esté muerto, pero lo odiaste a rabiar y nunca tuviste oportunidad de decírselo. ¡Es más, sospecho que desconfías y detestas a cualquiera que se llame Ravelli! —le contestó con brusquedad.

—He cambiado —pero Belle deseaba tanto abofetearlo que la mano le picaba. Solo saber que antes de conocerlo había tenido esa actitud la llenaba de vergüenza porque desde entonces había aprendido que el hedonista estilo de vida de Gaetano había dañado a casi todas las vidas que había rozado, incluidas las de todos los hijos que había tenido y de los que no se había ocupado—. Vaya, pues entonces voy a tener un grave problema conmigo misma, ¿no? —le contestó con desdén—. Porque ahora yo también soy Ravelli.

—Sì, y también mi mujer, *cara mia* —le contestó saboreando de pronto esa realidad y contemplándola mientras la furia se iba transformando en otra reacción condicionada también por la testosterona. Pasó de observar su hermoso rostro desafiante a sus palpitantes pechos bajo la fina blusa que llevaba y que lo estaban excitando y haciéndolo rugir como un motor revolucionado.

—¡Aunque ahora mismo no es que me haga mucha ilusión ser tu mujer! —exclamó Belle justo un segundo antes de que Cristo la acorralara contra la pared, cerrando la mano alrededor de sus mechones y acallando con el calor de su boca cualquier objeción que

pudiera lanzar.

Belle posó las manos en su torso para apartarlo, aunque fue una protesta algo desganada porque por muy furiosa que estaba no podía luchar contra la abrumadora ráfaga de deseo sexual que la asaltó en cuanto Cristo la tocó. Sus besos eran voraces mientras la sujetaba del pelo con las dos manos y su poderoso cuerpo la acorralaba contra la pared mientras su lengua exploraba su boca con una fuerza embriagadora. A Belle se le escapó un gemido cuando él apretó un tierno pezón a través de su ropa y la sensación corrió como la dinamita hasta su rincón más sensible. Se sentía más desesperada, poseída y necesitada que nunca en su vida.

Lo agarró de la camisa intentando desabrocharle los botones hasta finalmente tirar de ellos con frustración provocando que salieran volando, la camisa se abriera, y él retrocediera un instante. Se quedó impactada por lo que había hecho y se ruborizó, pero a pesar de ello sucumbió al irrefrenable deseo de posar las manos sobre su duro torso cubierto de vello y sentir el salvaje calor y la fuerza de su tan masculino cuerpo.

—Jamás he deseado a ninguna mujer como te deseo a ti —dijo Cristo apartándose para cerrar la puerta, echar el cerrojo y volver hacia ella con arrolladora determinación en su devoradora mirada.

Y Belle nunca había sabido lo que era el deseo hasta que lo había conocido y, aunque la desconcertaban sus primitivos instintos, su apasionado deseo era más intenso por la visible erección oculta bajo sus pantalones chinos.

—Quítate la camisa —le dijo.

—¿Es que ahora te vas a poner mandona conmigo? —le preguntó al tirar la camisa al suelo.

—Ni te lo imaginas —murmuró deleitándose con la imagen de su musculoso torso y sus impresionantes abdominales e impaciente mientras enganchaba los dedos en su cinturón y tiraba de él hacia sí.

En ese momento Cristo echó atrás su hermosa cabeza y se rio antes de agacharse para besarla de nuevo mientras le levantaba la blusa de seda hasta sacársela por la cabeza con cierta torpeza, por cierto, para tratarse de un hombre tan sofisticado como él. No llevaba sujetador y él cubrió sus firmes pechos con reverentes manos a la vez que sus dedos acariciaban sus inflamadas cúspides.

—Adoro tus curvas —le dijo con énfasis deslizando las manos con admiración sobre la suavidad vertiginosa de sus caderas antes de colar una mano bajo su falda y posarla sobre la ardiente piel de su muslo. Perdida en el deseo, Belle se acercó más a él, anhelándolo, invitándolo, necesitando sus caricias.

Él cerró los ojos mientras jugueteaba con su inflamada, ardiente y ya húmeda piel y, con un pequeño sonido de impaciencia, se arrodilló

para bajarle la ropa interior y mimar esa zona tan delicada con su lengua y su habilidosa boca.

—¡Cristo! —le dijo con la voz entrecortada.

—Las tres últimas noches que has estado en tu cama y yo en la mía he estado soñando con hacer esto —le confesó con descaro y con un apasionado susurro que descendió vibrando por la espalda de Belle.

La saboreó como si fuera el vino más exquisito y unas embriagadoras oleadas de sensación la devoraron hasta que estuvo temblando y solo la pared y el brazo de Cristo en sus caderas la mantenían en pie frente a esa seductora acometida. Solo cuando ya no pudo resistir más ese delirante placer que él no dejó progresar hasta su natural conclusión, Cristo la alzó en sus brazos y la sentó en el borde del escritorio.

Una vez ella estuvo en posición, se colocó entre sus muslos y la besó de nuevo con una insistencia que la consumió como una inyección de adrenalina directa a las venas.

—No imaginaba que fuéramos a terminar haciendo esto… aquí —murmuró Belle temblorosa.

—No sé cómo he podido estar los últimos días sin tocarte, *bellezza mia* —le confió Cristo jadeante y apretando su mejilla contra su largo y esbelto cuello—. Pero no quería molestarte.

—¡Pues moléstame! —lo alentó Belle sin respiración mientras él se hundía en su interior que en un principio protestó ante su decidida y resuelta entrada, pero que, después, lentamente fue rodeándolo con una deliciosa sensación de plenitud que la hizo gemir encantada.

Con las manos apoyadas firmemente en sus caderas, Cristo la echó hacia atrás y volvió a adentrarse en su cuerpo con un poder y una impaciencia que resultaron de lo más apasionante para su tan excitado cuerpo. Se retiró y volvió a entrar sacudiéndola con una excitación que la recorrió como un río de fuego llegando a todas las zonas erógenas que poseía. Belle tenía el corazón acelerado y todo su cuerpo suplicaba llegar al clímax mientras él aumentaba la velocidad de sus movimientos y se adentraba más y más hondo, subiéndolos a los dos a una montaña rusa de infinito goce. El cuerpo de Belle se tensó antes de temblar y retorcerse de placer como si en su interior estuvieran estallando fuegos artificiales extendiendo un sobrecogedor éxtasis por todo su cuerpo.

Cristo no estaba seguro de poder mantenerse en pie mientras el clímax también lo envolvía a él y se agarró con fuerza a Belle, gimiendo al verter su esencia en su interior hasta que la sensación lo hizo reaccionar y alertarse.

—*Che diavolo!* —exclamó consternado e imaginando de inmediato el peor escenario posible—. ¡No he usado preservativo!

Perpleja, Belle lo miró mientras él la rodeaba con sus dos brazos.

—Oh… —exclamó contra su torso, sintiendo el golpeteo de su corazón contra su mejilla y captando el masculino aroma de su piel perfumada que ya le era tan maravillosamente familiar y extraordinariamente reconfortante.

—Jamás se me había olvidado ponerme uno —le aseguró Cristo—. Me tenías tan excitado…

—No pasa nada —murmuró ella ocultando una sonrisa de satisfacción al saber que había sido capaz de excitarlo hasta el punto de hacerle olvidarse de su habitual autodisciplina—. Empecé a tomar la píldora antes de la boda, así que no debería haber consecuencias.

Cristo visualizó a Franco como ejemplo de lo que podían ser esas consecuencias y se quedó asombrado al darse cuenta de que había sentido cierta decepción después de que ella le hubiera asegurado que no había riesgo de que eso pudiera suceder. Sacudió su hermosa cabeza como para aclararse las ideas por semejante locura y seriamente preocupado por averiguar de dónde habría salido. No quería un hijo, jamás lo había querido, pero había algo en Franco…

—Eres increíble, *bellezza mia* —susurró intentando bloquear esas reflexiones tan inquietantes y prefiriendo besarla en la frente, en la punta de la nariz y finalmente en su seductora boca—. Tienes la pasión y la habilidad de excitar que la mayoría de los hombres sueñan con encontrar en una mujer.

Lenta y cuidadosamente, la bajó al suelo antes de ponerle la blusa. Aturdida, ella volvió a recostarse contra el escritorio con las mejillas ardiendo e intentando asimilar esa última frase con placer, aunque también desconcertada por el momento tan salvaje e íntimo que acababan de compartir.

Dos horas más tarde, y una vez apaciguadas esas tumultuosas sensaciones y emociones, Belle estudiaba su reflejo en el espejo con una crítica mirada. Era un vestido precioso y su hermana pequeña le habría dicho que parecía una princesa porque Lucia, al igual que su difunta madre, adoraba los atuendos muy femeninos. De color rosa pálido y largo hasta los pies, dejaba los hombros al aire y se amoldaba a su figura en el pecho y en las caderas. ¿La hacía demasiado pechugona? Tiró de la tela del cuerpo y casi se rio totalmente convencida de que a Cristo le encantaría.

Betsy telefoneó a Cristo justo cuando este salía de la ducha en su dormitorio. La escuchó como siempre, pero esta vez se sintió extrañamente alejado de su cuñada y de sus problemas. Entendió que nunca había deseado a la mujer de su hermano tanto como deseaba

ahora a la suya y se maravilló ante esa nueva realidad preguntándose si alguna especie de botón censor se habría activado en su interior o si de verdad Betsy no lo atraía tanto.

Seguía escuchándola mientras le contaba los últimos y hostiles movimientos de su hermano en la batalla del divorcio cuando Belle apareció y, al verla, su cabeza se quedó en blanco. Terminó la llamada disculpándose entre susurros.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó Belle fijándose en esa inusual expresión distraída.

—Con Betsy.

—¿La mujer de Nik?

Cristo se esforzó por no ponerse a la defensiva.

—Somos amigos.

—Debe de ser algo extraño. ¿Erais amigos antes de que se casaran?

Cristo se tensó.

—No. Sucedió por cómo rompieron.

Como un sabueso siguiendo una pista, Belle se negaba a conformarse con menos de lo que quería saber.

—¿Y por qué rompieron?

—Por motivos muy íntimos. Pero algo que se me escapó cuando debería haberme quedado callado y haberme metido en mis propios asuntos contribuyó —admitió con tono de culpabilidad—. Siento no poder contarte más, pero causé muchos problemas por revelar un secreto que Nik había compartido conmigo y… no he dejado de lamentarlo desde entonces.

Belle quería sonsacarle toda la verdad ahí mismo y en ese mismo momento. ¿Qué implicaba exactamente su «amistad» con Betsy?

Fuera la limusina los esperaba.

—¿Adónde vamos? —preguntó para llenar el tenso silencio que le confirmó que tenía que haber una muy buena razón por la que Cristo fuera tan cauto y discreto y se sintiera tan incómodo cuando salía el tema de la exmujer de su hermano. ¿Sus sospechas serían solo una imaginación? ¿La reacción de Cristo era simplemente el resultado de su sentimiento de culpa, que le hacía estar seguro de que había contribuido a la ruptura de la pareja? Pero de ser cierto, ¿por qué llevaba una foto de Betsy en la cartera? Ese gesto dotaba a la relación de algo demasiado íntimo que solo podía hacerle sentir inquietud.

—Vamos a Asís. Allí hay un restaurante muy especial —respondió Cristo aliviado de que ella hubiera dejado el peliagudo tema de la ruptura del matrimonio de Nik.

—Asís… ¿como el lugar donde nació San Francisco?

Cristo le lanzó una simpática mirada.

—Solo hay uno.

—Ir allí se me hace raro. El sueño de mi madre siempre fue visitar Asís. Creía mucho en el poder de San Francisco —explicó Belle algo avergonzada al confesar el sencillo sueño de su madre y a la vez triste por su recuerdo.

—¿Y Gaetano nunca trajo a Mary a Italia? —le preguntó Cristo sorprendido.

—¿Estás de broma? Nunca llevó a mamá a ninguna parte —contestó ella apretando los labios ante la tristeza del recuerdo—. Su relación solo existía detrás de una puerta cerrada.

—¿Y tu madre no ponía ninguna objeción a eso?

—No, y lo peor es que seguía viéndolo como si fuera un dios. Gaetano no le robaba dinero, no le pegaba y no se emborrachaba, así que para ella era el hombre perfecto. No es que fuera muy inteligente y tampoco tenía estudios —dijo con culpabilidad porque se sentía desleal al hacer esos comentarios sobre su amada madre—, pero fue una persona muy cariñosa, leal y buena.

—También debió de ser muy tolerante y compasiva. Probablemente por eso su relación duró tanto tiempo —comentó Cristo con gesto irónico.

A Belle se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva con dificultad.

—A veces la echo tanto de menos que me duele —admitió en voz baja.

Cristo se tensó cuando apreció el brillo de las lágrimas en sus mejillas. Respiró hondo, relajó su poderoso cuerpo con dificultad y se obligó a posar la mano sobre los dedos que tenía apoyados en su regazo.

—No puedo decirte que me lo puedo imaginar porque no puedo. No es que esté especialmente unido a mi madre y no tuve suficiente relación con Gaetano como para poder llorarlo cuando murió. Tienes suerte de formar parte de una familia tan unida.

En silencio, Belle contrajo los dedos bajo la calidez de los suyos y se maravilló ante ese inesperadamente considerado gesto de consuelo.

Cenaron en una mesa para dos en un impresionante balcón rodeado de asombrosas vistas del pintoresco pueblo en la ladera. Las calles por las que habían conducido eran una explosión de flores y color y había podido ver callejones medievales y *piazzas* adornadas con antiguas fuentes.

—¿Dónde están los demás clientes? —preguntó Belle mirando las mesas vacías que los rodeaban.

—Esta noche somos los únicos clientes y uno de los más famosos chefs italianos cocinará solo para nosotros, *bella mia*.

—¿Y todo eso lo has preparado tú? —le preguntó asombrada.

—Es la primera vez que te llevo a alguna parte y llevamos casados una semana, así que te debo una noche como Dios manda. Y también te debo algo a cambio de todo lo que has trabajado para mí sin protestar.

—Me gusta trabajar. Me gusta ser útil —le dijo sinceramente con un brillo en su verde mirada y su carnosa boca tocada por una cálida sonrisa, porque estar ahí sentada con ese precioso vestido y con su guapísimo marido la hacía sentirse ridículamente mimada y feliz.

Invadido por un deseo voraz que ardía de nuevo en su entrepierna, Cristo observó a su mujer maravillándose ante el efecto explosivo que tenía sobre su libido. Aunque no se consideraba un hombre sentimental, la natural calidez y viveza de Belle le resultaban inmensamente atractivas.

El camarero les llevó la carta y el chef salió a saludarlos y a ofrecerles sus recomendaciones. Para entonces ya estaba anocheciendo y las velas estaban encendidas. Belle dio un trago de vino regocijándose en el hecho de por fin poder relajarse en compañía de Cristo.

—Aún no me has explicado por qué mandasteis a Bruno y a Donetta a un internado.

Ella tensó los dedos alrededor de su copa.

—Bruno nunca fue un chico atlético y al final le confesó a Gaetano que lo único que le interesaba era el arte. Tu padre le preguntó si era gay… y en ese momento solo tenía trece años —terminó con tono de disgusto.

Cristo maldijo.

—Y entonces Gaetano decidió acuñarlo como broma —añadió Belle—, y cada vez que lo veía después de aquello lo llamaba «mariquita». Al final alguien acabó oyéndolo y lo contó y a Bruno empezaron a acosarlo en el colegio, aunque no nos contó lo que estaba pasando —explicó Belle con pesar y teniendo que detenerse para respirar hondo antes de poder continuar contando la angustiosa verdad—. Bruno intentó suicidarse, pero por suerte para nosotros y para él, lo encontramos a tiempo y se recuperó.

Cristo se quedó verdaderamente afectado por la confesión mientras recordaba a aquel chico delgado que lo había acorralado el día de la boda.

—Pues parece que yo tuve mucha suerte de librarme de lo que Gaetano consideraba ejercer de buen padre.

—Después de aquello, Donetta por fin reunió el valor para contarnos lo que había estado pasando en el colegio y por eso los mandamos al internado. La experiencia de Bruno con Gaetano es la razón principal por la que odié a tu padre. Y, por cierto, mi hermano no es gay.

—Si lo fuera, me habría dado lo mismo —respondió justo cuando les sirvieron el primer plato con gran deferencia—. Pobre chico.

—Es un artista con gran talento y ese cambio de aires era lo que necesitaba por mucho que implique que los dos tengan que estar separados de la familia.

—Cuando se muden a Londres, ya no estarán separados nunca más —le recordó Cristo—. Pueden ir a un colegio allí o también a un internado y volver a casa los fines de semana, lo que prefieran… ellos deciden.

—Lo sé. Quería que todos volviéramos a estar juntos, pero puede que te parezca que somos demasiados en casa y que tengas la sensación de que vamos a estar apretujados.

Cristo le lanzó una pícara sonrisa con toda la pasión que bullía hacia la superficie de su aparentemente controlado exterior.

—Creo que disfrutaré mucho estando apretujado a ti.

# Capítulo 9

Sobrecogida, Belle observó las fotos de las últimas propiedades en Londres que les había enviado el consultor contratado por Cristo, que le había dicho que eligiera una casa ya que su ático era demasiado pequeño para toda la familia. Él tenía muy poco interés en cómo sería la nueva casa con tal de que tuviera una habitación para instalar su despacho y espacios amplios para recibir a gente. Belle estaba anonadada, no solo por los exorbitantes precios y calidades de las casas, sino también por la responsabilidad que Cristo la había confiado.

Al mismo tiempo debería haber sido la primera en admitir que durante las últimas semanas en Italia su relación había cambiado mucho. La mayoría de las mañanas ayudaba a Cristo con el trabajo de oficina y después pasaban el resto del día visitando sitios, saliendo a comer, a nadar, y generalmente relajándose sin más y a menudo acompañados de Franco. Y con la misma frecuencia se quedaban hasta tarde charlando en el balcón a la luz de las velas donde solían cenar. Un gesto de ensoñación le nubló los ojos promovido por el sentido de seguridad que estaba sintiendo en su nueva vida. Ya nada parecía desalentador junto a Cristo. No, ni siquiera su madre, la princesa Giulia, que había llegado con su padrastro, Henri Montaldo, el día antes y prácticamente sin previo aviso. La suegra de Belle había gritado horrorizada cuando había averiguado la identidad de la mujer que se había casado con su único hijo.

—¿Qué tienen que ver contigo los hijos de esa irlandesa sin escrúpulos? —le había preguntado enfurecida la princesa, una altiva y menuda morena vestida a la última moda.

—Son mi familia —le había respondió él con tono calmado y a Belle se le había hinchado el pecho de orgullo porque sabía el gran logro que era que ahora él viera a los niños como sus hermanos.

Y la batalla entre madre e hijo había pasado a unas descargas de incomprensibles palabras en italiano mientras Belle le ofrecía a Henri, un hombre muy apacible, un café e intentaba fingir que no era consciente de que su esposa estaba atacando a su difunta madre por las imprudentes elecciones que había hecho en la vida.

—Gaetano es el punto débil de Giulia —había comentado Henri con pesar por debajo de la discusión entre madre e hijo—. Fue el amor de

su vida.

—¿Y a pesar de eso lleváis juntos desde…? —había empezado a preguntarle Belle.

—Desde que Cristo era pequeño —le había confirmado Henri—. No te preocupes por esto. Cristo lo arreglará. Sabe cómo ocuparse de su madre.

Para cuando estaban sirviendo el café, la discusión se había vuelto mucho menos tensa gracias a los comentarios apaciguadores de Henri, y Belle pudo ver inmediatamente que Cristo apreciaba y respetaba a su padrastro. Y, de hecho, para cuando la temperamental princesa se marchó ya se le había pasado el enfado hasta el punto de que al despedirse había despeinado cariñosamente a Franco mientras comentaba lo guapo que era y había besado a Belle en las mejillas dándole la bienvenida a la familia. Y así, la amenaza de los sentimientos de rencor y pesar que Belle había temido que quedaran tras la visita se habían esquivado con éxito.

—Como habrás visto esta tarde, a todos nos avergüenzan cosas de nuestras familias —le había comentado Cristo en la cama por la noche mientras ella yacía agotada, débil y satisfecha en sus brazos—. Mi madre salta a la mínima y monta numeritos.

—Pero se calma enseguida y no guarda rencor —señaló Belle—. Eso es muy positivo.

—No quería que te molestara, *bellezza mia*. Hace más de un cuarto de siglo que se divorció de Gaetano y, admitámoslo, lo que hiciera después y con quién no era asunto suyo.

—Pero está claro que hubo un tiempo en el que tu padre le importó mucho —dijo Belle, apoyando la cabeza en su suave y bronceado hombro y respirando su aroma en un estado de absoluta relajación—. Y sus infidelidades y sus mentiras debieron de hacerle mucho daño. Una mujer tendría que ser tan dura como una roca o estar ciega como mi madre para estar con alguien como Gaetano sin derrumbarse y acabar hecha añicos.

—Yo siempre seré sincero contigo —le dijo Cristo apartándole de la frente unos mechones con sus largos dedos bronceados mientras la observaba con esa atractiva mirada dorada bajo unas pestañas impresionantemente negras—. Eso te lo prometo.

Esa sí que era una gran promesa y una tentación mayor todavía, pensó Belle adormilada. Sabía que debía preguntarle por la foto que llevaba en la cartera, pero, justo ahora, cuando se sentía tan feliz y cómoda, le parecía el momento menos apropiado y apartó la idea con alivio. Ningún hombre la había hecho sentirse tan segura, admitió con alegría. Pronto se lo preguntaría y entonces descubriría que había estado mortificándose sin motivo; tal vez había llevado la foto encima por algún motivo y después simplemente había olvidado que aún la

tenía…

Recordando eso y ya de vuelta al presente, en la piscina y tumbada a la sombra con un libro, encontró a Cristo mirándola con gesto de diversión.

—Parecía que estabas a miles de kilómetros.

—Es que a veces sueño despierta —respondió sin poder evitar mirarlo con admiración: era un dios bronceado por el sol, esbelto, poderoso e imponente con sus vaqueros negros y su camiseta blanca. Su arrebatadora presencia aún la cautivaba, pero, bueno, no era ella la única que miraba, comprobó complacida mientras Cristo recorría sus curvas.

—¿Me buscabas por algo?

—Sì —respondió Cristo vacilante—. Esta tarde voy a traer aquí a tu familia.

Sorprendida, Belle se incorporó en la tumbona.

—¿De qué estás hablando?

—Me han avisado de que mañana saldrá a la luz la historia de Gaetano y los hijos que tuvo con tu madre, así que voy a traerme aquí a tu abuela y a tus hermanos para que nadie pueda molestarlos.

Desconcertada por la explicación, Belle exclamó:

—¿Y eso cuándo lo has decidido? ¿También mi abuela? No querrán venir con tan poco tiempo de aviso.

—Bruno está aburridísimo en casa y deseando venir. He hablado con él por Skype y cree que le gustará el paisaje de Umbría —le respondió con decisión.

—¿Que has hablado con él por Skype? —preguntó ella completamente desconcertada.

—La semana pasada alerté a tu abuela sobre la situación y ahora solo está esperando tu llamada para que le confirmes que no nos molestarán.

—Pero no me dijo nada cuando hablé con ella… —dijo, aunque fue callando porque apenas podía recordar de qué habían hablado durante la última llamada; últimamente su concentración no era tan buena como antes y cada vez más todo su mundo parecía definido por el pequeño mundo que habitaba con Cristo y en el que no parecía importar nada más.

—No quería preocuparte, así que ¿la llamarás para asegurarle que serán bienvenidos y que tenemos espacio de sobra para ellos? La experiencia de tener a los paparazis en la puerta de casa sería traumática para los niños.

Pálida y consternada ante la amenaza de que su familia se viera expuesta a semejante humillación, Belle se levantó de la tumbona de un brinco y entró en la casa.

Cuando llamó a su abuela, Isa se mostró tan serena y sensata como

siempre.

—Pase lo que pase, lo superaremos como lo hemos superado todo. No tienes que llevarnos a Italia —le dijo con firmeza.

—Me muero de ganas de veros a todos. Sé que solo han pasado unas semanas, pero me parece como si fueran meses y Franco no deja de preguntar por vosotros.

—Las parejas recién casadas necesitan intimidad y cinco niños y una abuela harán mella en vuestra relación.

—Sois mi familia, es diferente —protestó Belle—. Y os he echado mucho de menos.

Y era cierto, por muy contenta que estuviera con Cristo últimamente. Es más, el tiempo que llevaba alejada de su familia le había enseñado que no había valorado su presencia lo suficiente antes de casarse y lo mucho que desde entonces echaba de menos el alboroto de su casa y el reconfortante apoyo de la abuela.

Una vez confirmada la visita de su familia, fue a consultar con Umberto dónde iban a dormir todos y se enteró de que Cristo ya había hablado del tema con él la semana anterior. Isa tenía artritis en las rodillas y a veces le resultaba todo un desafío subir escaleras; Belle se quedó desconcertada al descubrir que ya le habían preparado una habitación en la planta baja.

—¿Cuándo has preparado lo de la habitación para Isa? —le preguntó a Cristo con curiosidad al detenerse en la puerta de su despacho.

—En cuanto me enteré de que vendría, *bellezza mia*. Mi abuela también prefería instalarse abajo.

Belle se topó con su espectacular mirada y el corazón comenzó a martillearle.

—¿Aún vive?

—No. Murió el verano siguiente a que me graduara, pero cuando fui pequeño ocupó un gran lugar en mi vida —admitió Cristo.

—¿Y qué opina tu hermano Zarif sobre que se vaya a publicar ese artículo? —le preguntó preocupada—. Sé que temías cómo pudiera afectarle.

—Zafir nunca se pone nervioso y dice que siempre supo que una historia tan jugosa acabaría haciéndose de dominio público. Dice que capeará el temporal.

Al oírlo, Belle se sintió un poco menos tensa. Quería preguntarle a Cristo si ahora sentía que se había casado inútilmente ya que, después de todo, se había casado para enterrar esa historia y al final no había servido de nada.

—Me alegro.

Cristo clavó la mirada en el melancólico gesto de Belle, en el brillo de sus ojos y la curva de su boca.

—Estás feliz de que tu familia vaya a venir, ¿verdad?

Belle se deshizo de sus inseguridades y una sonrisa logró relajar su boca.

—Sí. Los he echado mucho de menos.

—No me había dado cuenta de lo unidos que estáis. Crecí siendo básicamente hijo único porque conocí a mis hermanos cuando ya era adolescente y solo porque mi padrastro promovió el encuentro.

Pasadas unas horas Cristo recibía por correo electrónico una copia del artículo que se publicaría en un tabloide al día siguiente.

—¡Te han inmortalizado en la portada! —bramó Cristo desde la puerta del dormitorio donde Belle estaba colocando una pila de revistas de moda para su hermana Lucia. Tenía las mejillas encendidas y los ojos cargados de furia.

Belle se giró hacia él y fue cuando vio los papeles que sujetaba furioso.

—¿Cómo dices?

Con el corazón en la boca, miró la hoja impresa extendida sobre la mesa. El titular decía «La familia secreta irlandesa de Ravelli» e iba acompañado de varias fotos, en muchas de las cuales aparecía con su vestido de novia y que parecían tomadas con la cámara de un teléfono en la capilla. Sin embargo, la foto principal era la de su madre embarazada y sus hermanos durante una feria local poco antes del nacimiento de Franco. Y hasta había una pequeña imagen de su abuela.

—Entonces sí que lo van a publicar… lo siento mucho. Sé cómo te sientes por todo esto —le dijo con la respiración entrecortada.

—¿Pero cómo se atreven a publicar una foto tuya? —preguntó Cristo con rabia y señalando la ofensiva publicación con un dedo acusador—. ¡Relacionándote con la sordidez de Gaetano como si tú tuvieras algo que ver con las elecciones de tu madre!

Desconcertada por su ira, Belle le preguntó:

—¿Quién ha hablado con la prensa?

—El antiguo chófer de Gaetano.

Belle leyó el artículo apresuradamente y quedó algo aliviada al ver que se referían a su abuela como una mujer «muy respetada» y que a ella solo la mencionaban como la «hija recién casada de Mary».

—Por suerte parece que nadie ha establecido la conexión de que me he casado con un Ravelli —apuntó asombrada—. Es más, no se hace referencia a ti…

—¿No? —preguntó sorprendido ante la noticia y agachándose para ver el papel impreso—. Bueno, al menos es algo.

—Y tampoco dice nada que no sea verdad. Quiero decir, Gaetano estuvo casado durante gran parte de la aventura que tuvo con mi madre y mi madre no fue la única mujer de su vida en aquel momento

—respiró hondo mientras lo miraba fijamente y sentía como su estómago daba brincos en respuesta—. Lo que quiero decir es que creo que el artículo podría haberse escrito con un tono mucho más desagradable.

—Pero es que no me gusta que te relacionen con la sórdida vida de Gaetano —admitió Cristo mientras deslizaba un dedo con adoración sobre su carnosa boca—. Pero supongo que tienes razón y que, si Zarif puede con esto, nosotros también.

Casi por propia voluntad los labios de Belle se separaron y ella le acarició el dedo con la punta de la lengua. Cristo bajó la mirada y sus ojos semiocultos brillaron con un intenso y oscuro tono dorado contra su piel bronceada mientras la tomaba en sus brazos y la besaba vorazmente. La excitación recorrió el esbelto cuerpo de Belle como una tormenta que arrastró una ráfaga entre sus muslos.

—Te deseo —le dijo Cristo contra sus inflamados labios y llevándola hacia su cuerpo con una mano sobre la cadera para asegurarse de que tomara nota de su excitación.

Belle levantó una temblorosa mano hasta su rostro y le acarició las mejillas.

—Bueno, no tengo nada que hacer… —susurró ardiendo de deseo por dentro.

Él lo interpretó como una invitación y, levantándola en brazos, la llevó al dormitorio. La encendida piel de Belle disfrutó de la fresca sensación de las sábanas cuando él las apartó. La excitaba sentir el aplastante peso de su amante sobre ella y su fuerza mientras le estiraba los brazos por encima de la cabeza, le sujetaba las muñecas con una fuerte mano y le devoraba la boca eróticamente. Entre las sábanas Cristo era dominante y ella disfrutaba. Pudo oír el palpitar de su propio corazón mientras la acariciaba entre los muslos aprovechando la dulce humedad de su piel.

Cuando Cristo la tendió boca abajo, ella emitió un sonido de sorpresa y, antes de que pudiera decir o hacer nada, él ya estaba adentrándose en su cuerpo, con intensidad y rapidez, llenándola y retirándose de forma perfectamente acompasada para darle el mayor placer posible. La devoró una excitación intensa como el fuego que consumió cualquier posibilidad de pensamiento. Estaba fuera de control, perdida en las sensaciones, una esclava del deseo. Su cuerpo corría hacia el clímax y gritó de puro éxtasis al oír el gemido de respuesta de Cristo. Después cayó sobre la cama con los músculos temblando como la gelatina y el aliento aún entrecortado según intentaba recuperar la razón y el habla.

—¿Te he dicho alguna vez lo fantástica que eres en la cama, *bella mia*? —le susurró llevándola contra su duro y húmedo cuerpo mientras su amplio torso aún palpitaba con fuerza tras el apasionado

encuentro.

—A lo mejor me lo has mencionado una o dos veces —una sonrisa curvó la enrojecida boca de Belle porque la hacía sentirse bien que él pudiera pensar eso a pesar de que era mucho más experto en cuestiones sexuales.

Con su pelo negro alborotado, Cristo deslizó su barbilla cubierta de una fina barba contra su suave y fino hombro mientras le susurraba:

—No puedo apartar las manos de ti… Me estás matando.

Belle soltó una suave carcajada y lo abrazó con posesivo deseo. Estaba feliz, muy feliz de que ese horrible artículo no hubiera destrozado su relación tal como se había temido, pero todavía cierta sensación de inquietud pesaba sobre su cabeza porque la duda que albergaba sobre la relación entre Cristo y Betsy se negaba a permanecer enterrada más tiempo. Quería, o mejor dicho, necesitaba saber la verdad, que seguramente al final no resultaría nada amenazante.

—¿Por qué llevas una foto de la esposa de tu hermano en la cartera? —le lanzó la pregunta, tan atrevida e instintiva en sus labios como lo había sido en su mente.

# Capítulo 10

El grande y poderoso cuerpo de Cristo se paralizó y en ese mismo instante Belle supo que había cometido un grave error al dar por hecho que no tenía nada de qué preocuparse.

Un intenso rubor cubrió las mejillas de Cristo de manera muy reveladora. Su espectacular estructura ósea se había tensado mostrando la rigidez de un fiero autocontrol mientras mantenía la mirada agachada.

—¿De qué estás hablando?

Al no sentirse ya relajada y reconfortada en sus brazos, Belle se apartó y se incorporó contra las almohadas tirando de la sábana para cubrir sus pechos con unas torpes manos.

—Franco estaba jugando con tu cartera un día y la foto se cayó de ella. No estaba fisgoneando, te juro que no, pero es normal que me pregunte por qué la tenías.

—Franco —bramó Cristo pasándose unos largos y bronceados dedos por el pelo y sentándose en la cama mientras intentaba hacer tiempo y considerar sus opciones. ¡Había olvidado que conservaba esa maldita foto! Podía mentirle, por supuesto, pero el recuerdo de las frecuentes mentiras y engaños de Gaetano lo había dejado con un imborrable deseo de no seguir los pasos de ese hombre. Además, mentir era una debilidad y su mujer se merecía la verdad, por mucho que fuera una verdad que no tuviera muchas ganas de compartir. Pero donde había sinceridad, no debía haber ni malentendidos ni zonas turbias.

Respiró honda y lentamente y expulsó el aire con un impaciente silbido.

—Betsy acudió a mí buscando apoyo después de que se rompiera su matrimonio con Nik… y durante un tiempo pensé que me había enamorado de ella…

Belle ya se sentía inquieta porque su visible reacción a la pregunta había demostrado de inmediato que se trataba de un tema delicado. Le dolía la cabeza por la intensidad de la tensión, y los pensamientos encontrados y el incipiente pánico hicieron que escuchara solo lo que quería. «Me había enamorado de ella» fue todo lo que captó del discurso y su confesión generó en ella el mismo impacto que una muerte repentina. «Me había enamorado». La boca se le quedó seca, se le aceleró el pulso y se le revolvió el estómago. «Me había

enamorado». Sintió su propio rubor y el dolor de sus nudillos por la fuerza con la que se estaba aferrando a la sábana. Durante un aterrador momento temió ponerse a vomitar allí mismo, pero después por suerte la náusea pasó mientras su cerebro se ponía en acción frenéticamente.

Cristo se había enamorado de la menuda Betsy, que era tan exquisita que Belle estaba segura de que a su lado ella parecería el personaje de un cómic. Era más alta, más curvilínea y físicamente más grande en todos los sentidos, y su cabello de un rojo estridente, en comparación con su sutil y elegante rubio. No podían haber sido más distintas. ¿Acaso Cristo fantasearía con que estaba con Betsy en la cama mientras estaba con ella? Esa cruel sospecha la atravesó como un puñal mientras su mente seguía buscando más conexiones ofensivas e impactantes. ¡Cristo se había atrevido a casarse con ella cuando todavía estaba enamorado de otra mujer! Espantada por esa idea que le estaba arrebatando toda la alegría y satisfacción que había sentido hasta ahora, salió de la cama y se envolvió con la sábana torpemente porque sus miembros aún parecían no formar parte de su cuerpo.

—¿Por qué demonios te has casado conmigo? —la rabia la recorría como una gigantesca marea que ahogaba todo pensamiento racional y controlaba cada una de sus reacciones—. Quiero decir… si estabas enamorado de otra mujer, ¿por qué demonios me pediste que me casara contigo?

Atónito ante su comportamiento, y cada vez entendiendo menos su exagerada reacción ante lo que ahora él entendía como una confusión y un error por su parte que no había llegado a hacerle daño a nadie, la miró desconcertado.

—¿Y por qué debería molestarte eso?

—No me molesta. ¡No me molesta ni un poco! —proclamó orgullosa y con vehemencia—. Pero está claro que no me gusta lo que eso dice de ti. ¿Qué clase de hombre tiene una relación con la mujer de su hermano?

Una inconfundible expresión de desagrado cruzó el rostro de Cristo.

—No he tenido ninguna relación sexual con Betsy. No di un solo paso más allá de los límites de la amistad.

—¿Estás intentando decirme que no has tenido una aventura con ella? —le preguntó incrédula—. ¿Crees que soy estúpida?

Por primera vez Cristo pensó que la sinceridad podía convertirse en un cáliz envenenado. La sinceridad que le había ofrecido con su mejor intención no había hecho más que remover graves sospechas. Salió de la cama y se puso los vaqueros rápidamente mientras se enfrentaba impávidamente a la mirada acusatoria de Belle.

—En ningún momento ha habido un atisbo de aventura. En primer

lugar, jamás le conté a Betsy lo que sentí y está claro que no intimamos físicamente. *Dio mio*, es la mujer de mi hermano. Yo jamás cruzaría esa línea.

—¡Pero se están divorciando! —lo interrumpió furiosa.

—Nik siempre será mi hermano y desde el principio tuve claro que mis sentimientos por ella no tendrían ningún futuro.

—¡Pero aun así te has casado conmigo amándola a ella! —le recordó con dolor y apenas capaz de pronunciar las palabras entre sus dientes apretados. Sentía frío y tenía ganas de vomitar. Nunca se había sentido tan dolida y rechazada en toda su vida, era como si un enorme pozo de aflicción estuviera amenazando con tragársela viva. De pronto el mundo parecía muy oscuro y su futuro vacío y lleno de amenazas.

—¿Por qué no debería haberme casado contigo? Lo que pensaba que sentía por Betsy ahora es irrelevante. Bajo ningún concepto tendría nada con ella que no fuera amistad y no olvidemos que los dos accedimos a casarnos por motivos puramente prácticos.

Ese recordatorio resultó brutalmente desagradable. Belle cerró los puños y notó cómo las uñas se le iban clavando en la piel. Un matrimonio práctico. ¿Cómo había podido llegar a olvidarlo? ¿Cuándo había tenido esperanzas de algo más emocionalmente satisfactorio que un matrimonio de conveniencia? E independientemente de cuál fuera la respuesta a esas preguntas, ahora no importaba, cuando sentía tanto dolor que apenas podía mirarlo. Estaba demasiado alterada para discutir con él y desesperada por salir de allí, no fuera a ser que terminara poniéndose en evidencia diciendo algo que no debía.

—Discúlpame —dijo entrecortadamente y esquivando a Cristo para entrar en el baño.

La puerta se cerró y el pestillo giró con un audible clic.

Cristo maldijo con frustración. ¿Por qué estaba tan enfadada? ¿Por qué demonios estaba tan furiosa con él? «Malditas relaciones», se dijo con pesar. Nunca se le habían dado bien. Siempre se había conformado con el sexo y se había alejado antes de que pudieran exigirle algo más complejo. Pero no podía alejarse de Belle, del mismo modo que no podía escapar de las consecuencias de lo que parecía ser un error desastroso por su parte. Recordó el rostro de Belle cuando había respondido a su pregunta con sinceridad. Se había quedado blanca como la nieve, con la mirada perdida y el rostro tenso. La había tenido en sus brazos, sonriente, feliz y cariñosa, y al segundo se había mostrado furiosa, distante y… dolida. Su sensual boca se frunció al darse cuenta de ello mientras se decía que debería haber mentido y haberse inventado una excusa para la foto de su cartera. Pero, aunque le había hablado de Betsy, no había sido el momento adecuado para contarle el resto de la historia porque tal como estaba de furiosa jamás

lo habría creído.

Temblando, Belle se echó agua fría en la cara. Las lágrimas le brotaban y las iba lavando con más agua fría hasta que finalmente hundió el rostro en una suave y cálida toalla. Cristo estaba enamorado de Betsy y ese descubrimiento le había dolido más que ninguna otra cosa en su vida. ¿Por qué sería?, se preguntó desconsolada. ¿Por qué se estaba tomando tan mal la noticia? ¿Por qué se lo estaba tomando como algo personal?

Se habían casado por conveniencia y su principal motivación antes de la boda había sido el bienestar de sus hermanos y ese objetivo se había logrado con éxito porque Cristo ya estaba aceptando que sus hermanos también eran familia suya. No iba a darles la espalda a los niños porque sabía que era demasiado honrado para eso, y hasta la fecha también había cumplido todas las promesas que le había hecho y la trataba con afecto y respeto.

¿Es que había esperado que él sintiera algo más que eso? Se mordisqueó el labio inferior, temerosa de ver su propia mirada en el espejo porque para ella la relación sí que se había vuelto intensamente personal tanto dentro como fuera de la cama. Ella había sobrepasado y olvidado los límites de la conveniencia a los pocos días de la boda. Había aprendido a apreciar a Cristo, a disfrutar de su compañía, de su sentido del humor, de su cariño hacia Franco, de lo considerado que era y de cómo intentaba hacerla feliz. En resumen, había pasado de una admiración inicial a enamorarse perdidamente de su marido, razón por la que oír que amaba a otra le había causado semejante dolor. Estúpido, estúpido… ¿pero por qué se lo había dicho? Y, peor aún, ¿por qué la había mirado como si estuviera loca por reaccionar con esa furia? ¿Es que no entendía a las mujeres? ¿A ella? Tal vez debería haberle planteado sus sentimientos en términos que él pudiera entender…

—¡Cristo! —gritó al salir del baño mientras la puerta aún temblaba por su agresiva salida.

Cristo salió del vestidor abrochándose una camisa y la miró fijamente y con exagerada educación.

—¿Me has llamado, *bella mia*?

Belle se sonrojó ferozmente.

—Sí, vale, he gritado. Lo siento. Pero es que, como no entiendes cómo me siento, se me ha ocurrido ponerte un ejemplo.

Él enarcó una ceja.

—¿Un ejemplo?

—Intenta imaginar cómo te sentirías si ahora mismo te dijera que estoy enamorada de Mark Petrie.

Ante sus propios ojos, Cristo se quedó paralizado, como una estatua de hielo.

—¿Lo estás?

—¿Ahora lo entiendes? No, por supuesto que no estoy enamorada de Mark, pero ¿a que no te ha gustado la idea?

—Por supuesto que no… eres mi mujer —a pesar de que su expresión mostró que ahora lo comprendía todo, permaneció en silencio con terquedad por miedo a volver a ponerla furiosa.

—A ninguna mujer le gustaría oír que su marido ama o ha amado a otra mujer —señaló Belle con dignidad—. No es nada personal, simplemente se trata de… de lo que es o no… aceptable. Eres mi marido y soy posesiva contigo. No lo puedo evitar.

—Ambos somos posesivos por naturaleza, *bella mia* —le dijo con voz ronca y aliviado, al verla más calmada, de que la tormenta hubiera pasado.

Pero Belle solo estaba aparentando porque tenía su orgullo; no quería que supiera lo que sentía por él. Decidida a actuar con normalidad, esbozó una brillante sonrisa antes de volver a su dormitorio donde aún tenía toda su ropa. Mientras se vestía para almorzar, decidió pensar en que su familia llegaría al cabo de unas horas. La familia, eso era lo que importaba de verdad. No servía de nada hundirse por lo que fuera que pasaba por la compleja cabeza de Cristo porque eso no cambiaría las cosas.

Sin embargo, no tenía duda de que tenía a Betsy en un pedestal. Betsy siempre sería la mujer perfecta e inalcanzable mientras que ella tendría que conformarse con ser la que más le convenía, la más accesible y mundana, la esposa que lo ayudaría diligentemente a criar a sus hermanos huérfanos. Bueno, pero ella podía vivir con esa realidad tan poco romántica, ¿no? «¡Claro que sí!», se dijo desesperadamente mientras su mente se negaba en redondo. Ser el segundo plato era una etiqueta degradante y se volvería loca si empezaba a verse a sí misma como una especie de mártir. «No le des más vueltas», se dijo severamente.

Amaba a su marido. ¿Cómo había podido pasar? Antes de conocerlo había temido enamorarse y que le hicieran daño, pero después, como por arte de magia, esas preocupaciones habían quedado eclipsadas por las poderosas emociones que Cristo despertaba en ella. Era muy generoso, muy atento y absolutamente fascinante en la cama. ¿Cómo no le iba a gustar?, se preguntó con tono acusatorio. Querer o esperar más de lo que ya estaba recibiendo era avaricioso. Él no podía evitar lo que sentía. Debería respetar su intimidad, se dijo, y no deberían preocuparle sus emociones. Además, decirle que no podía volver a ver a Betsy ni hablar con ella no sería lo más apropiado, ¿verdad?

Cristo observaba a Belle sentada al otro lado de la mesa sin fiarse en

absoluto de su expresión sosegada mientras daba de comer de su plato a Franco, rompiendo así sus propias reglas y utilizando al niño como distracción cada vez que él hablaba. Franco, por supuesto, estaba encantado con el plus de atención y ahora la próxima vez que le negaran comida del plato de otro se pillaría un buen berrinche. Estaba dividido entre el fuerte deseo de zarandear a Belle para que reaccionara y el deseo más fuerte todavía de llevarla hasta la cama y hacerla suya de nuevo. Sospechando que eso debía dejarlo de lado, decidió tirar la toalla. Ya se le pasaría el mal humor, aunque lo estaba exasperando por cómo se estaba comportando y por la brecha que estaba abriendo entre los dos. Arrastró la silla sobre las baldosas del balcón al levantarse.

—Tengo que hacer un par de llamadas. Hasta luego —le dijo secamente.

Bajo una oscura y astuta mirada, Belle se sonrojó y separó los labios para decir:

—Esta noche tenía pensado dormir en mi dormitorio. Si mañana se publica el artículo, quiero estar muy descansada para poder estar con mi familia —murmuró incómoda.

Cristo apretó los dientes. ¡Ni que la mantuviera las noches enteras despierta! ¿Acaso era demasiado exigente en la cama? ¿Y de ser así, no se habría quejado ella antes? Además, tampoco podía decirse que Belle no pusiera nada de su parte, porque tenía todo un repertorio de delicias calculadas para despertarlo al amanecer. Eso ahora era un triste recuerdo cuando sus instintos más básicos le pedían la reanudación de esa conexión física que compartían. Con su bonita boca apretada en una terca línea, Cristo se marchó.

—Ahora Cristo está enfadado conmigo —le susurró a Franco mientras le acariciaba el pelo sobre su regazo—. Nunca dice nada, solo me mira con desdén y eso me enfada mucho y me pone triste, aunque por la razón que sea eso me hace querer correr detrás de él y pedirle perdón.

—Beso —dijo Franco con énfasis antes de moverse nervioso para bajar al suelo.

Belle lo vio correr detrás de Cristo y se desanimó. La tarde prometía ser muy larga y solitaria.

En el vestíbulo del *palazzo*, Tag salió de su caja de transporte y se lanzó hacia Belle con su lengua rosa colgando y moviendo el rabo. Pero en cuanto la había saludado y había recibido unos cuantos abrazos más, el animal miró a Cristo y le gruñó.

—¡No, Tag! —dijo Bruno con severidad y, mirando a su hermana con reproche, tomó al perro en brazos y lo llevó hasta la puerta para

que saliera a jugar. Pietro y Lucia, los mellizos de ocho años, demasiado inquietos como para no moverse después de horas de reclusión durante el viaje, corrieron detrás del perro—. Hay que ser muy firme con él, Belle. No entiende otra cosa.

—Es igual con Franco —comentó Cristo con ironía—. Siempre le deja salirse con la suya.

—Vaya, gracias a los dos por ese voto de confianza —respondió mientras su abuela se reía y le daba un cálido abrazo—. ¿Qué tal estás, abuela?

—Te he echado de menos —le confió Isa mirando extrañada la palidez y las ojeras de su nieta—. Y también he echado de menos a ese pequeño diablillo de Franco. Todos lo hemos hecho.

—Bruno dice que no hay tiendas por aquí —dijo Donetta suspirando y con desazón—. Y no tengo nada que ponerme con este calor.

—Iremos de compras —le prometió Cristo.

—Pues no esperéis que vaya, y menos si también va Lucia —dijo Bruno que, mirando a Cristo, añadió—: Solo le gusta el color rosa y no se pone otra cosa. Ponerla un uniforme de colegio será una pesadilla.

—No es más que una fase. Lo superará —le dijo Belle.

—Pues mamá nunca lo superó —le recordó Bruno con ironía y una expresión sombría y pesarosa que no pudo ocultar y que lo obligó a ponerse a mirar al suelo con especial atención.

Belle se tensó e intentó sin lograrlo pensar en algo que decir. Isa le agarró la mano para llamar su atención.

—Puedes empezar a enseñárnoslo todo llevándome a mi habitación. Y me vendría genial una taza de té.

Isa se mostró infatigable mientras hacía preguntas sobre el Palazzo Maddalena y asombrada cuando le dijeron que a la madre de Cristo no le gustaba su anterior casa familiar.

—La princesa creció aquí y prefiere la vida en la ciudad —les explicó Belle—. Cristo solo viene alguna que otra vez de vacaciones, así que este sitio necesita una buena reforma, pero no he querido entrometerme ni empezar a hablarle de reformas cuando acabamos de casarnos.

—Parecías muy feliz cuando me llamaste —comentó Isa al sentarse con un suspiro en un comodísimo sillón de la terraza y agarrar el té que le había servido Umberto—. ¿Qué ha pasado desde entonces?

Belle forzó una sonrisa.

—Nada —respondió con determinación—. Soy muy feliz con Cristo.

—Para un hombre y una mujer la vida en común puede suponer todo un reto al principio —comentó Isa con delicadeza—. Formar parte de una pareja supone un compromiso, un acuerdo mutuo.

—Cristo es muy, muy, bueno conmigo —murmuró apresuradamente con la intención de disipar cualquier preocupación que pudiera tener

su abuela—. No tengo nada de lo que quejarme.

—¿Pues entonces por qué no estás contenta? Veo que algo no va bien.

—Pero no es algo de lo que pueda hablar… es algo que tengo que hablar con Cristo —declaró reconociendo en ese momento que así debía ser. Por mucho que le gustaría, no podía evitar el tema de Betsy y era algo que tenían que hablar para poder superarlo y asumirlo, admitió con pesar. Lo peor que podía hacer era guardarle rencor a Cristo por lo que sentía y envenenar toda su relación con esa amargura, aunque también era muy duro contener el resentimiento, los celos y el dolor que bullían en su interior cada vez que lo miraba.

—Me parece muy sensato por tu parte —le dijo su abuela con aprobación antes de cambiar de tema para poner a su nieta al día de lo que había estado pasando en la familia desde su boda.

La cena se sirvió en la terraza en una gran mesa que Umberto había sacado del desván. La cena fue muy escandalosa con todos los niños hablando a la vez, insultándose y poniendo caras raras ante los modales de Franco en la mesa, y Belle pudo ver que Cristo estaba desconcertado por la viveza de sus inquietos hermanos. Pietro y Lucia apenas comieron antes de marcharse con Tag a explorar los jardines de nuevo con Franco intentando desesperadamente seguirlos y echándose a llorar cuando se quedó atrás. Cristo fue a levantar al niño, que no dejaba de llorar en las escaleras.

—Creo que es hora de irse a la cama —murmuró en silencio—. Llamaré a Teresa.

—No, yo lo subo —intervino Belle extendiendo los brazos para tomar a su hermano pequeño—. Un baño lo calmará.

—Ya lo llevo yo —dijo Cristo con rotundidad y desafiándola con la mirada—. Vuelvo ahora…

—No os preocupéis por nosotros —lo interrumpió Isa mirando a Bruno y a Donetta—. Los tres tenemos una cita con la tele que Umberto nos ha instalado tan amablemente.

Belle subió las escaleras tras Cristo, preguntándose qué le pasaba y aún colorada por esa mirada tan dura e impaciente que le había lanzado.

Teresa los saludó en el rellano y levantó a Franco de los brazos de su jefe.

—Pobrecito… está agotado. Lo meteré directamente en la bañera.

Belle se dio la vuelta, pero una fuerte mano bronceada la agarró del brazo para evitar que se marchara corriendo por las escaleras.

—Me gustaría hablar contigo en privado.

Molesta, Belle le lanzó una fiera mirada de advertencia.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—Llevas evitándome e ignorándome desde esta mañana.

El rostro de Belle se encendió de rabia.

—Solo intento ser educada por el bien de la familia.

—Pues entonces es que no tienes ni idea de actuar —le dijo sucintamente deslizando la mano sobre su brazo para agarrarle los dedos y llevarla hacia sí—. Y tenemos que aclarar las cosas.

—No quiero hablar… Aún no estoy preparada —exclamó con más sinceridad de la que había pretendido porque aún no había llegado a la fase en la que podría tolerar lo que él sentía por Betsy sin dejar que el resentimiento se colara en todos sus pensamientos y reacciones.

—Pues es una pena porque yo ya estoy listo —concluyó abriendo la puerta de su dormitorio e instándola a pasar delante de él.

—¿Por eso de pronto estás comportándote como un troglodita? —le preguntó furiosa.

—No, eso es todo culpa tuya —le contestó sin vacilar—. Si quieres discutir conmigo, discute conmigo, no vayas por ahí en plan agresivo, pero escondiéndote detrás de una falsa sonrisa.

—¡Yo no he estado haciendo eso! —protestó muy enfadada.

—Es exactamente lo que has estado haciendo y ya me he cansado. Cometí el error de admitir que en un momento de mi vida pensé que me había enamorado de Betsy…

—No, ¡dijiste que te habías enamorado de ella! —lo contradijo.

—No debías de estar escuchando —le contestó Cristo con brusquedad—. Durante un tiempo antes de conocerte creí que me había enamorado de ella, pero una vez te conocí me di cuenta enseguida de que había malinterpretado lo que sentía.

Belle dejó de caminar de un lado para otro y se quedó quieta.

—¿Malinterpretado? —preguntó girándose para mirar su hermoso rostro.

Cristo resopló con pesar.

—Tienes que entender cómo me sentí cuando se rompió el matrimonio de Nik y Betsy. Me sentía culpable y responsable porque…

—Le contaste algún secreto de Nik a Zarif y él lo contó cuando no debía haberlo hecho —intervino con impaciencia—. Ya, lo recuerdo…

—Y Betsy se quedó hundida y se refugió en mí como hermano de Nik creyendo que yo podría saber o entender por qué Nik había hecho lo que había hecho. Por eso acudió a mí. Por desgracia yo ni sabía ni entendía nada y no pude ayudarla, pero sí que lo sentí mucho por ella. Por la razón que fuera, Nik la había tratado muy mal. Yo sentía que quería protegerla y me enfadé mucho con Nik y, sinceramente, di por sentado que esos sentimientos eran amor.

Mientras escuchaba lo que Cristo tenía que decir, Belle empezó a notar un sudor frío de alivio porque por fin ella estaba reconociendo que había sacado conclusiones precipitadas. Cristo también había

malinterpretado sus sentimientos por Betsy y después había reconocido su error. Belle podía entender lo confuso que debió de sentirse, dividido entre la culpabilidad y la responsabilidad por la ruptura del matrimonio de Nik mientras que a la vez se sentía desleal hacia su hermano y compasivo con Betsy.

—Lo puedo entender. Te sentías responsable e intentaste ayudar y darle tu apoyo.

—Seguía pensando que la amaba cuando te pedí que te casaras conmigo a pesar de que jamás me había sentido tan atraído por Betsy como me sentí por ti —admitió—. Suena ridículamente ingenuo, ¿verdad?

Belle frunció el ceño sorprendida.

—¿No te sentías atraído por ella?

—No. Di por hecho que se debía a que la seguía viendo como la esposa de mi hermano, pero creo que se debía más a que no era mi tipo y no me atraía a ese nivel.

—Pero… he visto fotos suyas ¡y es increíblemente guapa! —le contestó.

—Pero he descubierto que las pelirrojas altas y curvilíneas son mucho más de mi estilo, *amata mia*. En particular las que son fuertes y con carácter y me pueden retar intelectualmente.

Con la voz entrecortada, Belle preguntó:

—¿Estás hablando de mí?

—¿De quién si no? —esos ojos dorados se clavaron en su rostro—. Después de todo, fue al enamorarme de ti cuando me di cuenta de que nunca había estado enamorado de Betsy.

Con la boca seca y los ojos como platos, Belle de pronto se sintió sin aliento e incluso algo mareada, como si el suelo se estuviera sacudiendo bajo sus pies. Parecía que se había equivocado con todas sus pesimistas suposiciones. —¿Te has enamorado de mí?

—Y fue casi amor a primera vista —le respondió él con una carismática sonrisa—. Antes de que decidieras intentar convencerme de que eras tu madre y una mujer de cuarenta y tantos años, te vi cruzando el jardín con unos pantalones cortos… y es que tienes unas curvas y unas piernas de muerte —le dijo con una pícara sonrisa.

—¡Qué superficial eres! —le contestó con tono divertido. «Muy superficial, pero mío», estaba pensando encantada.

—En absoluto. Me encantan tus piernas, pero me encanta tu cerebro y más aún tu labia —le confesó sin vacilar—. En realidad hay un montón de cosas que me gustan de ti que no tienen nada que ver con tu atractivo aspecto.

—¿Como por ejemplo…? —le preguntó con descaro.

—Tu lealtad y tu amor por tu familia, tu amabilidad, tu falta de avaricia —fue enumerando según se acercaba a ella mientras

continuaba contemplándola maravillado.

La amaba a ella, no a Betsy, y estaba intentando asimilarlo. No era un segundo plato; era su primera elección y la quería de verdad. Una embriagadora sensación de felicidad la recorrió como una droga rejuvenecedora.

—A mí también me gustan muchas cosas de ti, pero me enamoré de ti sin saberlo. Me he dado cuenta de lo que siento por ti cuando pensé que querías a Betsy.

—Las grandes mentes piensan de forma parecida —murmuró Cristo acariciándole la cara con delicadeza—. Me quieres y te quiero. Hacemos la pareja perfecta.

—No, somos imperfectos, pero no pasa nada… solo somos humanos —musitó con voz temblorosa y con el corazón acelerado cuando Cristo la rodeó con sus brazos y la llevó contra su reconfortante, maravilloso y poderoso cuerpo—. Oh, no me lo puedo creer. ¡Con lo mal que lo he pasado hoy!

—Si no te hubieras enfadado tanto, te lo habría contado, pero temía que no fueras a creerme. Admitámoslo, ninguno de los dos estaba buscando ni esperando encontrar el amor en este matrimonio, pero has resultado ser lo mejor que me ha pasado y creo que la familia que ya tenemos será la guinda del pastel.

Belle lo miró nerviosa temiendo que estuviera siendo demasiado optimista.

—Pero la familia puede traer también muchos problemillas.

—Y juntos los superaremos —le aseguró con voz ronca mientras deslizaba su boca con mucha delicadeza sobre la suya y la miraba con una ternura y un amor que suavizaron su impactante mirada—. Eres mía, mi amor, mi mujer, mi futuro…

—Me gusta mucho cómo suena eso —admitió Belle acurrucándose contra su amplio torso con un suspiro de felicidad—. Pero cuando me dijiste que no valdría la pena que aprendiera italiano pensé que veías nuestra relación solo a corto plazo.

—*Ma no*… claro que no. Lo único que quería decir era que últimamente no paso mucho tiempo en Italia.

—Pero me gustaría aprender de todos modos.

—Te amo —le dijo en italiano y ella repitió las palabras con una risita mientras Cristo la llevaba hacia la cama con unas intenciones muy claras.

A la mañana siguiente, Belle saludó a su familia con una resplandeciente sonrisa. Isa le sonrió y no dijo nada. A Franco lo regañaron por intentar quitar comida del plato de Cristo y a Tag por mordisquearle los tobillos. Pietro y Lucia discutían como siempre.

Donetta quería saber cuándo iban a ir de compras y Bruno no dejaba de hacer comentarios sobre la maravillosa calidad de la luz.

Por debajo de la mesa, Cristo agarró la mano de Belle y dijo:

—Así son las familias, *amata mia*. Cuántas cosas se perdió mi padre.

# Epílogo

Cuatro años después, Belle se encontraba frente a un espejo estirándose el vestido sobre la pequeña barriga que lucía.

—Estás embarazada. Esa es la forma que tienes que tener —le dijo su abuela en tono reprobador.

—Pero es que estoy engordando mucho —se quejó observando la generosa curva de su busto y sus caderas.

—No es para tanto. Eres muy activa y necesitas comer. Al menos no tienes tantas náuseas como tu madre cuando estaba embarazada de ti.

—Eso es verdad —admitió Belle a regañadientes—. Bueno, ¿estás segura de que estaréis bien mientras estamos fuera?

—Belle, Cristo y tú solo estaréis fuera cinco días, por supuesto que estaremos bien —le dijo alegremente—. Deja de preocuparte tanto.

Cristo y Belle iban a celebrar su cuarto aniversario de boda en Venecia, donde visitarían a la princesa y a Henri en su *palazzo* del Gran Canal, pero se alojarían en un pequeño e íntimo hotel que Cristo había elegido especialmente para ellos. Belle apenas podía creerse que hubiera pasado tanto tiempo desde su boda y que fuera a convertirse en madre de verdad.

Cristo les había comprado una casa fabulosa en Holland Park. Ahora, Bruno estaba estudiando Bellas Artes en la universidad y Donetta tenía pensado estudiar diseño de moda. Pietro y Lucia estaban en secundaria y discutían un poco menos ahora que eran casi adolescentes. Franco era un robusto niño de seis años que insistía en que le cortaran los rizos en cuanto los veía crecer y que imitaba en todo a Cristo, al que tanto él como los mellizos llamaban «papá».

Aunque habían empezado su vida juntos con una familia ya formada a la que ambos habían adoptado oficialmente a pocos meses de su primera boda, Cristo había querido darle más importancia a su relación y había insistido en volver a celebrar otra ceremonia en una iglesia italiana poco antes de las primeras Navidades que habían compartido; ambos habían sentido la necesidad de intercambiar sus votos con mayor sinceridad y emoción que la primera vez. Además, disfrutaban de pequeños viajes de fin de semana y vacaciones como pareja.

Había sido durante su última escapada romántica cuando Cristo había admitido que le encantaría tener su propio hijo y al final había

terminado sucediendo antes de lo que habían esperado porque Belle se había quedado embarazada a solo un mes de la decisión.

Sonreía con la mano posada sobre su vientre mientras pensaba en la pequeña que venía en camino para unirse a la familia Ravelli. Tanto sus hermanos como ella estaban deseando que llegara el nuevo miembro de la familia.

En realidad, Belle estaba más feliz de lo que había podido imaginar estar con Cristo y su familia. Y también más ocupada. Habían reformado el *palazzo*, donde solían pasar el verano y el círculo familiar se había unido más. Nik Christakis, el hermano de Cristo, aún la intimidaba un poco, pero su vida había dado un sorprendente vuelco desde la primera vez que se habían visto y por fin había dejado un poco de lado a ese adicto al trabajo que había sido una vez.

También le encantaba visitar a Zarif en Vashir con su colorida y vibrante cultura y su fabulosa historia. El hermano pequeño de Cristo había capeado el temporal del escándalo del secreto de la doble vida de su padre porque los rumores sobre la mala conducta de Gaetano habían llegado a ser tan escandalosos durante un tiempo que al final la verdad no le resultó tan impactante al pueblo, que no podía más que estar maravillado de que Zarif hubiera resultado ser un hombre tan conservador.

Belle subió a la limusina que la llevaría al aeropuerto para reunirse con Cristo y sonrió deseando que se cumpliera la promesa de tener toda la atención de su marido para ella sola durante unos días. Hora y media más tarde, subía a bordo del jet privado y veía la alta y musculosa figura de su marido apartando el portátil y levantándose para saludarla en el pasillo.

—Estás preciosa, *amata mia* —le dijo con un susurro.

Belle se pasó las manos sobre su busto y sus caderas como mofándose de su tamaño y dijo:

—Cada mes que pasa estoy más gorda…

—Y me encanta —contestó Cristo agachándose para besar con gran deseo su boca pintada de melocotón—. Creo que estás increíblemente sexy.

—Dime más —le pidió cuando él la ayudó a tomar asiento a su lado y le abrochó el cinturón.

—Luego. Ahora es el momento de esto… —dijo poniéndole lentamente un anillo con una esmeralda—. Es del mismo color que tus ojos y simboliza mi gratitud y amor por cuatro años tan felices de matrimonio.

—Gracias, es absolutamente precioso. Pero por desgracia no puedo enseñarte mi regalo ahora, así que tendrás que esperar.

—¿Qué es? —le preguntó él con curiosidad.

—Puede que sea de color turquesa y del tipo de cosas que te gustan,

pero tendrás que esperar para verlo —le advirtió con una sonrisa—. Tiene que ser amor, Cristo. Tiene que ser amor lo que siento por ti.

—Te adoro, *amata mia* —murmuró Cristo dándole la mano—. Y si estás hablando sobre lo que creo, me muero de ganas de verlo.

Belle volteó sus ojos con gesto divertido y se sonrojó.

—No tienes que esperar. Lo llevo puesto. ¿Alguna vez has practicado sexo en un avión?

* * *

Podrás conocer la historia de Nik en el segundo libro de la miniserie **Hombres de poder** del próximo mes titulado: *Una esposa rebelde*